



SERGIO BIZZIO
Realidad

Lectulandia

Una célula de radicales asalta a sangre y fuego la sede de la Televisión Argentina en cuyos estudios se está desarrollando el programa de *Gran Hermano*. Pronto la violencia exterior empieza a introducirse en el interior de los participantes y a hacerse notar en el ánimo de los rehenes. Los medios de comunicación rodean la sede asaltada y ruedan la historia, con lo que toda la acción adquiere un aire de *reality show*. Una realidad que irrumpe en medio de una ficción que juega a ser real.

Lectulandia

Sergio Bizzio

Realidad

ePub r1.0

lenny 04.03.2019

Título original: *Realidad*
Sergio Bizzio, 2009
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Si lo que sigue va a leerse como una novela, entonces conviene decir ya mismo que los terroristas entraron al canal con un lugar común: a sangre y fuego.

Eran las once de la noche del último domingo de febrero. Hacía calor y los policías de guardia, un hombre y una mujer, fumaban en el *hall* de entrada, del lado de afuera. La mujer tenía la mano izquierda apoyada en una de las pesadas hojas de vidrio de la puerta; la mano derecha del hombre, enganchada con el pulgar al cinturón, rascaba la inglete sin disimulo. Más que hablar, buscaban qué decir, pero lo hacían en voz alta, así que ningún silencio los incomodaba. La calle estaba desierta; muy raramente salía o llegaba alguien a esa hora: el canal —líder de la televisión argentina— se mantenía con vida en base a una dieta de programas en lata. El tono de la conversación de los guardias combinaba con las obligaciones comerciales de la emisora que custodiaban: era pausado, familiar y de relleno. Finalmente el hombre y la mujer arrojaron las colillas a la vereda con un tinkle simétrico y giraron para entrar. El hombre empujó la hoja de la puerta, cediéndole el paso. La mujer dijo gracias, y se desplomó con la espalda agujereada. Ninguno de los dos alcanzó a entender qué era lo que pasaba, pero el hombre tuvo un segundo más para extrañarse por no haber oído la ráfaga que la había matado. La oyó después, como con delay: se dio vuelta y recibió un disparo en el estómago, tres en el pecho y dos en el cuello y cayó de espaldas sobre la espalda de la mujer. Inmediatamente nueve hombres saltaron sobre sus cuerpos. Uno de ellos agarró los cadáveres por las piernas, los arrastró hacia adentro y cerró la puerta mientras los ocho restantes, abriéndose en abanico, avanzaban corriendo por los pasillos del canal.

Durante esa carrera murieron dos personas más: un empleado de limpieza (que vio venir hacia él a alguien armado con una ametralladora e hizo un movimiento confuso con un balde) y uno de los guardias de seguridad de la puerta opuesta a la que habían usado los terroristas para entrar, al otro lado de la manzana. Cada uno de ellos tuvo a su asesino. Al empleado de limpieza lo mató el más joven. Al guardia de seguridad el que mejor conocía el canal, un argentino de origen sirio que en los últimos meses había participado de todos los programas con público en vivo, para lo cual había hecho colas larguísimas e indignantes, más que nada por lo que tuvo que oír. La primera vez que entró se limitó a permanecer sentado en la tribuna, aplaudió herejías inconmensurables y al final se retiró con los demás. La segunda vez se deslizó fuera del estudio, en dirección a los baños. Enseguida notó lo fácil que era andar por ahí sin que nadie le preguntara nada. Entró al bar, salió, caminó por los pasillos, subió una escalera, bajó por otra, recorrió los alrededores de los estudios de grabación y, ya con un primer boceto mental del lugar, reapareció en la tribuna del programa. Sus excursiones por el canal se hicieron cada vez más largas y atentas. En cierta ocasión encontró, abandonada sobre un mueble junto a un libreto enrollado como un tubo, una réplica ligera de una de las armas de *Star Wars* —el aniquilador de androide de batalla— con telémetro, lanzadardos y gatillo de disparo continuo. La agarró y se paseó un buen rato allá y aquí llevándola en una mano sin despertar ni la

más mínima inquietud, quizá porque imitaba a la perfección el paso arrastrado y harto de los utileros del canal. Nunca había visto tanta televisión. Fue una vez con barba, otra afeitado, otra con el pelo largo, otra con el pelo corto teñido de rubio, cuidando no llamar la atención del guardia al que acababa de matar. Al final de cada día iba a su casa, agarraba un lápiz y un papel y, con pulso fotográfico, dibujaba las instalaciones del canal. Fue él quien determinó que el mejor lugar para mantener a los rehenes era el bar: un pozo de cemento pintado de verde, con una única puerta, sin ventanas, al que se accedía por un angosto pasillo de seis metros de largo. Ahí adentro los teléfonos celulares no tenían señal. Lo había comprobado en dos ocasiones, con tres celulares distintos. El bar ofrecía la ventaja extra de que al tener una única salida los rehenes podían ser vigilados sin necesidad de «anular» a ninguno de los militantes, metiéndolo con ellos; quien fuera designado para esa tarea podía apostarse al final del pasillo, que daba a un *hall* de distribución, y hacer dos cosas a la vez: custodiar a los rehenes y dominar el paso por el *hall*. Él mismo se ofreció para esa tarea. Alguien le dijo que no, o que eso era algo que verían después. En principio necesitaban que se mantuviera codo a codo con el líder, no tanto por su preparación, que era más bien escasa, como por su idioma: era uno de los únicos dos integrantes del comando que hablaba español. Se llamaba Sufjan Zenith. Tenía veintinueve años.

El otro se llamaba Saymaz Ommar y tenía treinta y ocho. Las edades de los demás integrantes del comando oscilaban entre los treinta y los cuarenta, excepto el líder, que daba la impresión de ser bastante mayor. Ommar, como los otros, conocía el Corán al dedillo, y se iba recitando ciertos versículos en su avance por el subsuelo, pero pateaba las puertas de las oficinas de producción con la furia de un fanático al que imprevistamente se le esfuman pasajes sustanciales. La voz del líder le llegaba con claridad desde la planta alta, o así le parecía a Ommar. Estaba en lo cierto: el líder se desplazaba a toda velocidad por los pasillos y sus órdenes y amenazas (incomprensibles pero indudables) eran prácticamente lo único que se oía.

Los trabajadores nocturnos del canal que todavía no habían visto a los terroristas se paralizaron al captar el contrapunto de los gritos del líder con las patadas de Ommar. Enderezaron las espaldas, giraron lentamente las cabezas y nadie tuvo la sensación de que «algo raro pasaba» sino más bien su confirmación. Los silencios, las pausas entre ruidos mínimos (una silla que cae, un llanto ahogado), imperceptibles en condiciones de trabajo normales, dio un rápido e inconfundible sentido al panorama: eso era, sin duda, el terror, su puesta en escena sonora. Nadie levantaba la silla, nadie intentaba calmar al que lloraba. Algunos, unos pocos, creyeron que se trataba de un incendio y se lanzaron escaleras abajo o escaleras arriba, según donde estuvieran, en busca de la salida, donde fueron inmediatamente capturados. En los primeros diez minutos desde el comienzo del asalto los terroristas habían tomado quince rehenes. Media hora después el número ascendía a veintidós. A las doce de la noche ya eran cuarenta.

Los terroristas abandonaron el subsuelo y un sector del primer piso para fortalecer sus posiciones en el resto del canal. La policía ya había rodeado el edificio y mientras el líder y Zenith, que oficiaría de traductor, se preparaban para establecer un primer contacto con el exterior, Ommar, en la planta baja, hizo un descubrimiento que excedía la consideración de imprevistos del grupo. Había un reality en el aire.

—¡Ommar! —oyó que lo llamaban.

En ese preciso momento Ommar estaba a punto de abrir la puerta de entrada a la casa de Gran Hermano. Él y otros dos terroristas «barrían» la planta baja asegurándose de que no hubiera nadie más escondido por allí (minutos antes habían encontrado a un productor que temblaba escandalosamente detrás de una máquina expendedora de café y a una maquilladora desvanecida en un camarín) cuando oyó que lo llamaban. Se detuvo, prestó atención, giró y les hizo una seña a los otros indicándoles que lo siguieran. Volvieron sobre sus pasos, atravesaron el decorado donde los participantes que eran expulsados de la casa y un grupo de panelistas debatían cada noche los pormenores del juego y llegaron a un control de grabación. Allí estaba Sailab, el que había llamado a Ommar.

Sailab apuntaba con su ametralladora a dos hombres sentados en sillas giratorias frente a una consola. Los hombres estaban pálidos y mantenían los brazos en alto, un poco exageradamente. Junto a ellos había una chica vestida de negro, que permanecía inmóvil, de pie, con una hoja de papel en una mano y una lapicera en la otra; apretaba los labios, pero daba la impresión de tener la boca muy abierta.

Ommar le echó un vistazo a los monitores. En uno de ellos vio a un chico y una chica en una cama, semidesnudos, besándose en blanco y negro; en otro había tres chicos más —dos mujeres y un varón— sentados a una mesa: comían algo que agarraban de una fuente con los dedos y parecían desganados o agotados, todo a color. Los otros monitores mostraban un jardín con pileta de natación, una ducha, un pasillo, un gimnasio, un sector del *living*... Ommar cruzó unas palabras en dialecto pashtur con Sailab, que se encogió de hombros. Después, en español, les preguntó a los hombres de las sillas giratorias qué era eso, señalando los monitores. Los hombres estaban tan asustados que se atropellaron con balbuceos y tartamudeos sin conseguir ni la mitad de una frase clara. La pregunta de Ommar, de todos modos, era retórica: sabía qué era un reality —había vivido en Los Angeles y en Madrid— y aunque nunca había visto uno entendió enseguida que eso era exactamente lo que estaba presenciando. Pero el caso de Sailab era distinto. Sailab había nacido en Afganistán, en la ciudad de Shawar, en una casa de adobe. Desde muy pequeño había ido a una madrassah, escuela donde los mullahs enseñan a memorizar el Corán, pero no a leer ni a escribir. Así que Sailab no sabía ni leer ni escribir. Durante la ocupación rusa había completado su formación en los campos de refugiados de Pakistán. Había reingresado a Afganistán para unirse a los talibanes y con ellos había tomado el poder. Cuando los echaron manejó un taxi en Kabul. La vida, hecha para él de religión y de polvo, lo encontraba ahora en un canal de televisión de la República

Argentina, donde tenía por fin la oportunidad de apoyarle una ametralladora a un judío en la nariz. Odiaba a los judíos, pero nunca hasta el momento había visto uno. Ahora miraba a los ojos a Marcos Roswaig, el más regordete de los hombres en las sillas giratorias, lo miraba fijo mientras Ommar traducía al pashtur lo que explicaba Roswaig sobre el reality (algo le decía que era mejor no añadir la palabra «*show*»). El caso es que Sailab no entendía nada de nada sobre el asunto y eso parecía inquietarlo todavía más. Roswaig lo miraba como a un ser irreal. El choque de culturas y de mundos (o de dioses y planetas) entre un grupo y otro fue total. Fue un choque entre el Rating y el Corán. Para los talibanes lo que dice el Corán es bueno, y lo que no dice el Corán es malo. Para los productores el asunto funciona de la misma manera: lo que tiene *rating* es bueno, lo que no tiene *rating* es malo.

En la Casa quedaban cinco chicos, tres mujeres y dos varones. Hacía cien días que estaban encerrados. Faltaba menos de un mes para que terminara el programa —un programa al que sus conductores, panelistas y oficina de prensa se empeñaban en llamar «juego»— y, en el tiempo transcurrido desde su inicio hasta el día del asalto terrorista, habían sucedido un millón de cosas irrelevantes, todas ligadas al deseo y la traición.

Pero algo, sin ser especial, había capturado la atención de la gente: uno de los participantes, Robin, había seducido y enamorado a los demás, a Paula (Pau), a Romina (Romi), a Gabriela (Gaby) y a Néstor (un formoseño al que llamaban Chaco, sin resistencia de su parte, aunque ahora vivía en Capital). No se hablaba más que de él, adentro y afuera de la casa. Tenía veinticinco años y, como los demás, ninguna habilidad. No sabía nada y no sabía hacer nada. Incluso le costaba expresarse. No era de la clase de gente que piensa antes de hablar; al revés: hablaba en busca de una idea, con fragmentos de oraciones, con palabras sueltas que en el mejor de los casos giraban como insectos alrededor de una bombita de luz. En el peor, desistía con un gesto de la mano. Era serio y parecía triste. Pero no había sido siempre así. Al principio, cuando entró a la Casa, con los otros diecisiete participantes, sobresalía por su vitalidad, lo que no es poco decir teniendo en cuenta que la vitalidad era lo que uniformaba al grupo. Después, cuando se produjeron las primeras expulsiones, empezó a apagarse. Al comienzo del segundo mes se distinguía de los demás por su silencio y por su ausencia. No participaba de las duchas colectivas ni de los festejos, no cocinaba, no limpiaba, no hablaba bien ni mal de nadie y pasaba más tiempo que ninguno en la cama. Entonces, un día, resultó nominado. Romi, que desde el comienzo se había sentido atraída por él, le preguntó qué le pasaba y por toda respuesta Robin hundió la cara entre las manos y se puso a llorar. Fue un llanto largo y agudo. El director de cámaras del programa lo siguió en planos cortos hasta la última gota. Unos minutos después Romi lo dejó a solas en la habitación, se reunió con los otros en el *living* y les contó qué era lo que le pasaba a Robin:

—Tiene un hijo.

A los quince años Robin había dejado embarazada a una chica de su misma edad, hija única de un pediatra adinerado, adicto al golf. El golf fue la excusa perfecta para que los padres de Sandy (así se llamaba la chica) se mudaran a otra ciudad, en otra provincia. En el pueblo donde habían vivido hasta entonces no había canchas y el padre de Sandy, que era un muy buen jugador, viajaba casi a diario a una ciudad vecina, sólo para mantenerse en forma, a lo que hay que sumar su participación en distintos torneos allá y aquí, por lo cual solía pasar largos períodos fuera de casa. Basta. Su hija estaba embarazada. Era hora de mudarse a un lugar con cancha. Los padres de Robin no estuvieron de acuerdo con la decisión, pero ¿qué podían hacer? Seis meses después Sandy dio a luz a un niño. Lo llamó Ignacio. Ahora Ignacio tenía siete años y Robin lo había visto sólo una vez, cuando aprovechó el viaje de fin de curso del colegio para hacerse una escapada hasta la nueva casa de Sandy. En ese

momento Ignacio tenía tres años. Robin le contó a Romi que lloró al verlo, que lloró al alzarlo y abrazarlo y al despedirse y que desde entonces, aunque no le gustara decirlo, no había dejado nunca de llorar. Romi también lloró. Lloraron sus compañeros y un millón de espectadores. Ruth, la chica que había sido nominada junto a Robin, y que tenía muchas más chances que él de seguir en la Casa, fue expulsada al otro día.

La historia de Robin tenía todos los condimentos del drama sentimental. O mejor: de la telenovela. Un adolescente de clase baja embaraza a una adolescente de clase alta. Se quieren, o podrían quererse, pero todo lo demás es imposible: ni abortar ni casarse. El padre de Sandy es médico y juega al golf; el padre de Robin es electricista y todas las tardes juega al truco por dinero en el Club Social; la madre de Sandy es una de las accionistas mayoritarias de una empresa de aceite comestible y los fines de semana va al teatro; la madre de Robin es empleada doméstica y aprovecha los fines de semana para limpiar su propia casa. Los padres separan a los nuevos padres. Algunos años después Sandy se casa. Robin hace un comentario conmovedor: dice que «ve crecer a su hijo en su cabeza». Dice que lo quiere cada vez más aunque no lo ve y que mantiene a diario largas conversaciones imaginarias con él. Alguien pregunta por qué no va a verlo. Robin, que está sentado en la cama, baja la vista y dice, con cierto fastidio, que no tiene dinero para viajar de una punta a la otra del país, y agrega un dato estremecedor: aquella vez, cuando fue a conocerlo, en determinado momento salió un hombre de la casa, y su hijo, que él tenía en brazos, lo llamó papá.

—Estaba en mis brazos y le decía papá a otro —dice Robin, y llora.

Después agarra un bolso, lo abre, busca algo con una mano, con la otra; finalmente vuelca su contenido sobre la cama. Hay doce chicos a su alrededor, todos callados, emocionados y a la expectativa. Robin encuentra una foto y la extiende hacia ellos. Los chicos juntan como pueden sus cabezas sobre la foto. Hay incluso algunos empujones con el codo. En la foto, una foto demasiado pequeña para tanto amor, Robin sostiene a un niño en brazos. Robin sonrío, el niño no. Robin mira a cámara, el niño lo mira a él.

—Por eso estoy acá —dice Robin—. Yo no estoy acá por la plata ni por la fama ni por nada de todo eso. Yo estoy acá para que él me vea.

A partir de ese momento Robin vivió una situación de privilegio. Era el más querido y se lo excusaba de todo. Sus silencios ya no resultaban antipáticos, al contrario: podía apartarse del grupo sin parecer soberbio y sin que a nadie se le cruzara por la cabeza la posibilidad de que su dolor fuera una estrategia, una carta en juego. Los espectadores eran de la misma opinión. Una pequeña avanzada de producción sobre la casa de sus padres dio resultados positivos. El padre dijo que no quería meterse en la vida privada de su hijo —fastidiando a dos millones de personas que lo observaban justamente desde allí—, pero la madre, que tenía su misma cara, confirmó la historia sin pestañear. Corte al canal. Era una gala. La gala era un

programa adentro del programa, en el que un presentador y un grupo de panelistas comentaban los sucesos de la semana, además de expulsar a alguien. Era evidente que el drama de Robin se había despegado de la banalidad general de las historias de los otros participantes, un amasijo de naderías que los agotaba, forzándolos a hacer elucubraciones de paranoico alrededor de una torta de crema o de un beso. Robin era el más genuino, el más real. La producción del programa, sin embargo, empezó a preocuparse.

Robin se mantenía tan al margen, siempre tan callado y solitario que algunos pensaron que el encierro lo había afectado. Una psicóloga pasó dos días y dos noches observándolo en los monitores del control y determinó que el chico estaba loco o a punto de volverse loco. Casi no dormía. Cuando dormían los demás, él deambulaba a paso lento por los distintos ambientes de la Casa. A veces se quedaba sentado durante horas en el borde de la pileta de natación, inmóvil, semidesnudo, agarrado fuertemente del borde con las manos, como si temiera salir disparado de pronto hacia arriba. A veces se acuclillaba en el suelo, con la cara en alto, y pasaba largo rato mirando fijo hacia alguna de las numerosas cámaras robóticas de la Casa. La tercera vez que hizo esto fue llamado al Confesionario. El Confesionario era un cuarto pequeño en el que los participantes nominaban a sus compañeros y entraban en contacto con la voz de Gran Hermano. La voz de Gran Hermano era la voz de Mario Lago, un locutor que sería capturado un mes después junto a Marcos Roswaig, ambos sentados en sillas giratorias frente a los monitores del control.

—¿Estás bien, Robin? —fue lo primero que le preguntó.

—Sí.

Gran Hermano hizo una pausa. Mucha gente creía que esas pausas eran las de un hombre sereno y reflexivo, pero en realidad se producían cada vez que Mario Lago se apartaba del micrófono para escuchar lo que un guionista le decía al oído.

—Estuviste toda la tarde mirando fijo una cámara, y no es la primera vez que lo hacés...

—Miro a mi hijo.

Pausa.

—Robin, quiero aclararte que esta conversación no va a salir al aire, que no va a ser emitida, así que podés hablar tranquilo. Estamos un poco preocupados por tu comportamiento.

Pausa larga.

—¿Entonces? —dijo Robin.

Pausa.

—Notamos que no te integrás a los demás, que estás siempre apartado —pausa—. Y mudo. ¿Realmente te sentís bien?

—Sí.

Pausa.

—¿Por qué no te integrás, qué es lo que te pasa?

—No sé, yo siento que soy amigo de todos acá adentro. No me siento desintegrado.

—¿Desintegrado?

—Lo contrario de integrado... Estoy bien, la paso bien. Soy así. Ésta es una gran oportunidad para mí.

—¿Una gran oportunidad?

—Sí.

Pausa.

—¿Una gran oportunidad para qué?

—¿Cómo para qué?

—¿Para qué es una gran oportunidad?

—Para recuperar a mi hijo.

—Ajá...

Pausa.

—Bien, Robin. Eso es todo. Quería saber cómo estabas, nada más. Te podés ir.

Robin saludó con la mano y salió a paso rápido, todavía con la mano en alto. Odiaba ese lugar. Era el lugar de la traición, de la queja, de la debilidad, un lugar obscuro, rojo y acolchado.

A partir de entonces el productor general decidió seguirlo de cerca, psicóloga incluida. El chico era carismático, sin duda, y tan magnético que dejaron de lado el temor a la locura para apostar a una serie de eufemismos tranquilizadores, al menos por el momento, al menos mientras no diera muestras de un desequilibrio evidente: raro, especial, único, singular. Y no se equivocaron. Robin no incendió el canal ni asesinó a sus compañeros: se convirtió en el oráculo del grupo.

Para muchos, adentro y afuera de la Casa, era el ganador. Aunque faltaban casi dos meses para que terminara el programa, el aroma de sus laureles ya se captaba en el aire. Pero Robin era tan ajeno a esas proyecciones que podía darse el lujo de no ser neutro ni calculador: decía abiertamente lo que pensaba o lo que sentía, como si no le importara nada. Hacía rato ya que sus compañeros de encierro se habían dejado caracterizar por los guionistas y editores del programa, en roles que iban desde «el buenazo» y «la ingenua» a «el ladino» y «la infiel». La figura predominante era el triángulo, el triángulo amoroso, pero sus puntas variaban de una semana a otra y esas rupturas y reordenamientos despertaban odios, celos, incertidumbres y angustia. Robin era el encargado de resolverlos. Todo el mundo iba a hablar con él. En cierta medida había suplantado al Confesionario. Eso era algo totalmente nuevo para el programa.

Se recluyó en un ángulo de la habitación, debajo de una de las cámaras, y convirtió (involuntariamente, hay que decirlo) su cama en una Meca. Hacia allí peregrinaban en busca de consuelo los que habían sido nominados, allí se demoraban en un largo abrazo los que eran expulsados. Los que seguían en carrera iban a confiarle sus padecimientos amorosos. Estaban todos sexualmente muy excitados,

pero hasta el momento no se había producido ninguna penetración, si es que puede decirse así. Las parejas se disolvían y rearmaban de día en día, sin que por eso variasen sus preferencias: A se trezaba en un apasionado juego de besos y caricias con B, pero seguía enamorada de C, con quien después engañaría a B, y no era una estrategia para darle celos a nadie, no era parte de un plan o una venganza sino simple excitación y promiscuidad, de la que muy rara vez alguien volvía herido.

El padecimiento era físico, no moral, porque se trataba de un grupo de chicos más bien pacatos, que eran conscientes de estar siendo observados por sus familias a pleno y, por lo tanto, se entregaban sin culpa a la contradicción de una orgía imperfecta, en la que el sexo brillaba por su ausencia, aún erecto. No tenían siquiera el alivio de masturbarse (aunque hubo casos). La masturbación los cohibía más que la penetración, naturalmente: ninguna de las chicas quería que su padre la viera masturbarse, ninguno de los varones quería que lo viera su madre. Era una imagen intolerable; preferían ser vistos manteniendo sexo que masturbándose. Pero entonces los avergonzaba otra mirada: la de los familiares secundarios. ¡Cuánto más pesaba una tía que una madre, un primo que un hermano, en el plano sexual! Y a pesar de todo apenas si podían contenerse. El fuego que los quemaba, que los quemaba fríamente, se aplacaba en compañía de Robin; algo en él —algo que podía ser tanto su decisión de no jugar, su belleza, su mente siempre en blanco o la rosada serenidad de su voz, del tono de su voz— los impulsaba a confiarle los episodios más jugosos de una existencia básicamente árida.

Robin hacía maravillas en ese muro que los psicólogos llaman «escucha»: a veces los escuchaba, a veces no los escuchaba, a veces ni siquiera los oía, a veces fingía oírlos y también escucharlos, a veces los interrumpía para preguntarles qué decían, a veces escuchaba la voz de otro, a veces oía romper una ola muy retrasada en su memoria, a veces un ladrido, a veces un rumor, a veces palabras sueltas, pero siempre entendía y sabía: ¡era tan fácil, después de todo! Tenía la Casa bajo el pulgar, como a un insecto. Y mientras ellas hablaban él las acariciaba, las acariciaba justamente con el pulgar. No a los chicos, desde luego. Era menos gay que un toro. Acariciaba sólo a las chicas, sus confidentes, sus amigas.

Romi fue la primera en advertir el detalle.

—¿Viste que vos siempre arrancás acariciando con el pulgar y después agregás los otros dedos, primero uno y después el otro y el otro? —le dijo, mencionando sólo cuatro.

—El pulgar es el dedo de la ternura —dijo Robin—. El meñique es el dedo del desprecio. El anular el del miedo. El dedo mayor es el dedo de la lascivia, y el índice el de la curiosidad. Para mí la mano es así.

La luz del dormitorio estaba apagada. Romi se quedó un momento en silencio, repasando lo que acababa de oír. Después dijo:

—Qué lindo —y dejó caer la cabeza sobre el hombro de Robin—. Nunca lo había pensado. —Hizo un nuevo silencio—. ¿El dedo mayor dijiste que es el dedo de qué?

—Lascivia —dijo Robin.

Romi se lo contó a Gaby, y Gaby a las demás. En ese momento quedaban en la casa cinco chicas y tres varones. Había grupos o banditas entre ellos y algunas enemistades, pero Robin seguía ajeno a todo. Pasaba la mayor parte del tiempo en el dormitorio, sentado en posición de loto, con la cara apuntada hacia la cámara, hasta que venía alguien a hablar con él.

Pau le contó que estaba muerta de amor por Diego, pero que Diego era demasiado ordinario para ella. Le dijo que afuera no funcionarían, en parte porque él era muy ordinario y en parte porque ella tenía novio. Al mismo tiempo su novio dejaba mucho que desear. De eso se había dado cuenta adentro. Se le habían hecho presentes un montón de detalles que antes, fuera de la Casa, apenas si notaba.

—¿Por ejemplo? —dijo Robin.

—El Hawaiian Tropic —dijo Pau—. Le dije mil veces que a mí el perfume de ese bronceador me encanta y él no se lo pone. Yo siento ese aroma y para mí sale el sol. ¿Cómo se entiende que no haya ido corriendo a comprarse un Hawaiian? Te parecerá una pavada, pero para mí esas cosas son muy importantes: las noto y sufro, porque pienso que no me quiere. De chica me pasaba lo mismo con mi papá. Yo le decía que me gustaba tal juguete y él iba y me compraba otro.

—¿Qué bronceador usa tu novio?

—Uno de Nivea.

Estos diálogos eran recortados por el equipo de edición y emitidos en las galas como perlas. ¿Qué significaba todo eso? ¿Qué planeaba Robin, si es que era capaz de planear? ¿Adónde iba? Cada uno de los panelistas estaba convencido de algo, en forma individual, pero en conjunto eran la imagen misma del desconcierto. Eran los encargados de darle al programa el carácter de «juego», encontrando el sentido oculto de una tos o descubriendo un plan en un tropiezo; su trabajo consistía en eso, en convertir a una decena de chicos incapaces de organizar un cumpleaños en un grupo de estrategias rigurosos y fríamente calculadores. Faltó poco para que se pusieran a analizar las consecuencias de las caricias de Robin según el dedo que hubiera usado. A Pau le había acariciado la cabeza con el meñique, que era el dedo del desprecio. ¿Era casual, una caricia casual, teniendo en cuenta que Pau, un momento después de hablar con Robin, le había confesado su amor a Diego, despreciando a su novio? ¿O Robin estaba literalmente digitando el juego? Para unos lo de Robin no era un juego. Para otros era el mejor jugador de todas las ediciones, el más original y arriesgado. Si ganaba, sería la primera vez que no lo haría el más humilde, el más idiota o el manipulador más hábil, sino el más excéntrico. De hecho, vivía doblemente encerrado, en la casa y en el dormitorio. Y cuando salía era para ir al baño, para comer o para estirar un poco las piernas. Por lo general las estiraba en dirección a la pileta. Entraba al agua caminando, se sumergía, aguantaba la respiración hasta el último segundo y después se iba caminando tan tranquilamente como había llegado.

A su paso las conversaciones se interrumpían. Siempre había alguien que dejaba lo que estaba haciendo para seguirlo. Gran Hermano quiso hablar con él.

—Hola, Robin —le dijo, con el mismo tono de voz con el que podría haber dicho «rico trago», o «estoy llegando», o «ya salgo», o «no hay más», o «mañana vemos»—. ¿Todo bien?

—Sí.

Enseguida fue evidente que Robin no tenía ninguna gana de hablar con él.

—Te digo lo mismo que la otra vez: ésta es una conversación privada, Robin, no va a salir al aire, podés hablar tranquilo.

—Estoy tranquilo.

—Mejor. ¿Te sentís bien?

—Sí.

—No te veo participar, Robin. Vos sabés muy bien que éste es un juego de convivencia y...

—Sí.

Pausa.

—¿Estás jugando?

—¿En qué sentido?

—Me refiero a tu comportamiento, tu actitud. ¿Es parte del juego?

—¿Está bien que yo responda a eso? —dijo Robin después de pensarlo un poco.

Gran Hermano hizo una Gran Pausa.

—Podés responder si eso es lo que querés.

—No, no quiero —dijo Robin.

Pausa.

—Bien. Solamente quería saber si necesitás algo, si... —dijo Gran Hermano.

—No —dijo Robin.

—¿Puedo quedarme tranquilo, entonces?

—¿Tranquilo en qué sentido?

Pausa.

—En el sentido que vos sabés, Robin. En el sentido del juego.

—Ah —dijo Robin—. Sí. Supongo que sí.

—Bien —dijo Gran Hermano después de un largo silencio—. Era eso, saber cómo estabas. Quedan pocos en la Casa y todo parece indicar que sos uno de los preferidos...

—¿De la gente?

—No puedo decirte eso, Robin.

—¿Puede decirme que soy uno de los preferidos, pero no de quién?

Pausa.

—Sí, Robin. No puedo.

—Qué raro —dijo Robin.

—¿Qué raro qué?

—Que es evidente.

—¿Evidente? ¿Qué es lo evidente, Robin?

Robin se quedó en silencio, inmóvil. Después de unos segundos se reacomodó en la silla como si acabara de salir de un trance y, con aire ausente, paseó la vista por el lugar.

—¿Qué es lo evidente, Robin?

—No, no sé. ¿Por qué evidente?

—Dijiste que algo era evidente...

Robin pensó un momento:

—¿La verdad? No sé. No entiendo ni de qué estamos hablando —dijo—. ¿Ahí afuera todo bien?

—No puedo decirte eso, Robin.

—Pero cómo, ¿no me dijiste que ésta era una conversación privada?

Pausa.

Más que pausa, silencio.

—¿Podría hablar con el Gran Hermano que está de noche? —dijo Robin. La voz del Gran Hermano diurno era la voz de Bruno Negro. El Gran Hermano nocturno, Mario Lago, almorzaba en ese momento con su esposa, los dos en absoluto silencio mirando otro canal—. No te ofendas, pero me parece que me entiendo mejor con el otro.

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué?

Pausa.

—Basta, por favor —dijo Robin—. ¿Quieren que me vaya? Si quieren que me vaya me voy, no tengo ningún problema. Lo único que pido es que me dejen un poco en paz. ¿Puedo irme ahora?

—¿Adónde, Robin?

—¡A dormir!

—Son las cinco de la tarde.

—No importa. Estuve todo el día al pedo y estoy molido.

Larga pausa.

—Bueno, Robin, como quieras.

—Hasta mañana —dijo Robin. Se levantó y salió sin decir nada más.

Bruno Negro alzó las cejas y roció a los guionistas con un suspiro.

—Para mí es así —dijo, enigmático, y se fue.

Un día, al comienzo de las últimas seis semanas, los chicos discutían algo en el jardín cuando apareció Robin, se paró frente a ellos y empezó a bailar *break dance*. Estaba descalzo y tenía en las orejas los auriculares de un iPod que llevaba enganchado al elástico de la malla. Los chicos lo miraban boquiabiertos. Sus movimientos eran perfectos, finamente mecánicos. Sus pies se deslizaban sobre el pasto como sobre una superficie resbaladiza, con los músculos del cuerpo muy

marcados. Transmitía una alegría enorme, pero no contagiosa; más bien impermeable, quizá porque nadie más que él oía la música.

Dos minutos después se detuvo de golpe y volvió a entrar.

Las chicas se sintieron instantáneamente enamoradas. Y los chicos lo notaron. Para ellos era el colmo. Robin los había estafado, el efecto del bailecito era la prueba. Esa noche las mujeres nominaron a Diego y los varones a Robin. (Un momento antes de la votación Gaby se tiró en la cama al lado de Robin y, después de observarlo largo rato en silencio, le dijo: «Sos tan bueno que te miro y me adormezco».) Uno de los panelistas recordó la historia «de un libro o de una película» en la que un chico de diez años orina (jugando) a una chica de la misma edad, que se enamora en el acto y para siempre de él. Así que no le extrañaba el amor de las chicas por Robin, que no sólo no las había mojado sino que además coronaba las cosas que les ofrecía —su confianza, su drama, su amistad— con un pequeño *show*.

Los espectadores, en un altísimo porcentaje, votaron por la expulsión de Diego. Robin escuchó el resultado de la votación con un nerviosismo que nadie le había visto hasta el momento, un nerviosismo que no respondía al temor de ser expulsado sino a la confirmación de que, a partir de ahora, podía hacer con ellos lo que quisiera.

Marcos Roswaig llevó a Ommar a dar una vuelta por los alrededores de la casa de Gran Hermano. No era la primera vez que, en su rol de productor general, llevaba a alguien a curiosear por allí, pero sí la primera que lo hacía a punta de pistola, de modo que puso un esmero casi fanático en la tarea, indicando y mostrando y señalando, como si estuviera convencido de que, revelándole a su captor la ubicación de las cámaras o los ventanucos por los que solían espiar o comunicarse con los participantes, se haría digno de su confianza (y, llegado el caso, también de su piedad).

Roswaig era un hombre de muy baja estatura (tampoco era muy alta la cifra por la que vendería a su madre) y sumamente miedoso, así que en cierto momento se detuvo de golpe, giró hacia Ommar, unió las manos en un rezo y, con los ojos llenos de lágrimas, le suplicó que lo dejara, que lo dejara irse, escapar. Ommar alzó el brazo con intención de meterle la pistola en la boca, pero antes de hacerlo esperó a que Roswaig terminara la frase que había empezado a decir, una frase contra el Estado de Israel. Después lo llevó de vuelta al control. Allí cruzó unas palabras con Sailab y con los otros, que al oírlo desviaron la vista hacia el monitor del dormitorio. La luz estaba apagada, la imagen aparecía en blanco y negro.

Robin, boca arriba en la cama, con los brazos cruzados bajo la nuca, miraba de reojo a Chaco, que estaba sentado en el borde de la misma cama. Chaco lloraba en un hilo de voz y le pedía perdón por haberlo nominado. Le dijo que lo había hecho para no verlo más, aunque en realidad quería verlo siempre. El clima era de confesión y gravedad. A Chaco le daba mucho trabajo hablar, hacía un gran esfuerzo para no decir lo que decía. Y ante cada palabra, ensartada por el anzuelo del deseo y arrastrada contra su voluntad hasta los labios, se retorció como un pez parlante: no era tonto —era tonto, sí, pero no al punto de ignorar que se humillaba— y le dolía que Robin lo escuchara sin mosquear. Ese dolor (secundario, televisado) aumentaba su llanto y su humillación. Se refregaba la cara con las manos como una mosca. Nunca antes le había dicho a nadie algo así. ¡Dios, su padre podía estar escuchándolo y mirándolo y quizá también sus clientes, en el bar que se empeñaba en seguir llamando «*snack*»! Pero ¿importaba? Sí, claro que sí, ¿cómo no iba a importar? Importa, todo importa, pero más que nada importa decir por fin la verdad. Y la dijo: «Me siento muy atraído por vos». Ya lo había dicho antes con otras palabras y balbuceando, pero ahora lo decía con ésas y de un tirón.

Se hizo un silencio. Fue un silencio vacío, plano, que subrayaba lo que miles y miles de espectadores aburridos, divertidos, desconocidos, ricos, sádicos, desocupados, inhumanos, fumando, bebiendo, rascándose una axila, supieron desde el primer momento, incluso antes que él, y sin necesidad de dudar o de sufrir. «Qué increíble —se dijo Chaco—, ahora todo el mundo sabe que soy puto, y encima que estoy enamorado.» Fue eso —el reconocimiento de su amor más que el de su sexualidad— lo que hizo que rompiera en llanto. A lo que hay que sumar la indiferencia de Robin, que miraba al techo como un ser tallado en hielo.

Ommar reconoció de inmediato al líder de la casa y se lo dijo en pashtur a Sailab, que emitió un curioso gruñido de desprecio. Curioso porque fue un gruñido muy sonoro, que contrastó con el susurro que había empleado Ommar al hablarle, como si alguien más aparte de ellos pudiera comprender su dialecto pero fuera totalmente incapaz de comprender un gruñido.

En ese momento Robin extendió una mano hacia la cabeza de Chaco, le acarició el pelo (con el dedo mayor) y le dijo que no se preocupara, que humillarse no era un acto vergonzoso para él. Todo lo contrario:

—Desconfío del amor de la gente que pelea por lo que quiere con altura —dijo.

A Chaco la frase lo conmovió, pero a los terroristas los dejó perplejos. Cruzaron en voz alta unas palabras, moviéndose y hablando todos a la vez. Daban la impresión de haber sido tocados, quemados, sacudidos por algo concreto pero invisible, y muy poderoso. Ommar dijo:

—Cerdo —entre dientes.

Y Sailab estuvo a punto de disparar su ametralladora contra el monitor. Ommar lo apoyó mentalmente, pero lo detuvo poniéndole una mano en el brazo. Necesitaba saber algunas cosas.

—¿Cómo los dominan? —le preguntó a Roswaig.

—Les decimos...

—No, no los dominamos —interrumpió la chica vestida de negro—. Es un juego. Están ahí porque quieren, les gusta la fama y el dinero y por eso les...

No alcanzó a terminar. Uno de los terroristas le apuntó directo a la frente y la llevó al bar con el resto de los rehenes.

—Muy bien, ahora cuéntenmelo todo —dijo Ommar sentándose en una de las sillas giratorias—. Quiero los detalles, los divinos detalles.

Mario Lago, la voz nocturna de Gran Hermano, cambió una mirada con Roswaig, que asintió lentamente, y empezó a hablar:

—Estos chicos son estrellas...

En el primer piso, en tanto, Zenith, que acababa de descubrir su apellido en la puerta de una heladera, murmuraba algo a solas y por lo bajo mientras Ajaj, el líder —apartando apenas las cortinas de la ventana con un dedo— estudiaba a los efectivos policiales que se habían acercado al lugar alertados por un vecino que había oído los disparos. Era un patrullero con dos efectivos. Uno de ellos seguía sentado al volante mientras el otro hacía el trabajo: fue hasta la puerta del canal, le extrañó que no hubiera ningún custodio a la vista, entró, llamó, avanzó unos pasos por el *hall*, volvió a llamar, dio cuatro o cinco pasos más, llamó de nuevo, desenfundó, oyó un teléfono que sonaba en alguna parte sin que nadie atendiera, empuñó el arma adoptando una posición de combate que sus piernas regordetas y torpes desmentían y cinco minutos después ya estaba en el primer piso con una herida sangrante en la parte de afuera de la cabeza y una gran confusión en la parte de adentro. ¿Cómo no va la especie humana a desesperarse a veces por nada cuando sabemos tan bien —desde que un

mono cambió para siempre los árboles por el suelo y un día miró hacia arriba y vio fieras en lugar de semejantes— que basta un minuto para pasar de las manos de un compañero de patrulla a las de un terrorista?

Castro (así se llamaba el policía) pidió perdón incluso antes de saber de qué se trataba; fue automático. Una de tres: o tiene alguna culpa, o sigue mareado por el golpe, o no conoce la piedad, pensó Zenith. Rarísimo que pida perdón en vez de piedad. Pero ellos no estaban ahí para perdonar a nadie. La piedad era un asunto que ofrecía siempre alguna chance, aunque no en estas condiciones, ni en ninguna otra, a decir verdad (¿o acaso no eran terroristas?), pero al menos coloreaba el planteo de la víctima con los acrílicos naturales de cierta religiosidad que uno podía considerar más tarde, ya en la cama, o en la cueva de montaña, a la luz de la luna, entre misiles, un momento antes de dormir.

—Perdonenme —decía Castro.

Decía eso. Pero también decía algo sobre su madre, sobre los hijos que no había tenido, sobre el dinero, sobre una vida de privaciones, sobre el oficio, sobre la entrega, sobre un veraneo en Mar del Plata, sobre el futuro, sobre la compra de un auto. Mencionaba todo eso y para los terroristas nada tenía sentido, así que (desde el punto de vista religioso que los animaba) era imposible gozar con lo que decía. Ajaj, hartado, le pegó un rodillazo en la boca y volvió a la ventana. El compañero de Castro dormía.

Ajaj estaba indignado. No lo podía creer. Él era capaz de inmolarsse por la palabra, y los custodios de una emisora de imágenes (¿qué otra cosa es Occidente si uno lo piensa bien?) no estaban siquiera dispuestos a velar los unos por los otros.

Agarró a Castro de los pelos, lo levantó en el aire, le pegó un tiro en la frente (la sangre no llegó al techo, el techo era la mano de Ajaj) y lo tiró afuera por la ventana.

Gritó:

—¡Amigo!

Zenith le había enseñado esa palabra tiempo atrás (calculando que Ajaj podría necesitarla durante un traslado en taxi, más que durante un crimen) pero Ajaj, por lo visto, le había encontrado una ocasión precisa, de pura y brillante utilidad: era lo único que podía decir. Y de paso era más rico que «¡Ey!» o «¡Negro!». (Y el imbécil lector creerá que es un chiste.)

Pero el compañero de Castro ni se movió.

Lo hizo un buen rato después, cuando alguien que pasó por allí se puso a chillar como una rata. Entre el asesinato de Castro y la reacción de su compañero pasaron veinte minutos. Tiempo más que suficiente —además de exasperante— para que Ajaj se convenciera de que sus gritos eran interpretados como *audio*, como los gritos de ficción de un actor en un parlante.

Se dio por vencido. Durante una milésima de segundo se le cruzó por la cabeza (demasiado rápido para moverle un pelo a una persona capaz de dar la vida por una idea) la posibilidad de que nada de lo que estaba haciendo tuviera sentido, y se

bamboleó. Era una apoxia, pero sucedió todo tan rápido que Zenith, muy atento, dio un paso adelante y le puso una mano en un hombro, deteniéndolo: estaba seguro de que Ajaj iba a matar al otro. Fue en ese momento cuando pasó alguien por la vereda, vio al muerto y se puso a chillar (como una rata). El policía saltó del patrullero. Se inclinó sobre el cadáver, volvió al auto, salió, agarró a la rata de las solapas, la sacudió, empezó a discar un número en su teléfono, lo tiró al suelo con rabia, miró a la derecha, miró a la izquierda (nunca hacia arriba), corrió hasta la puerta del canal y volvió y fue de nuevo y, aun cuando ya habían llegado las fuerzas especiales, seguía corriendo de allá para acá, aunque a todo el mundo le daba la impresión de estar tranquilo, quizá demasiado, con una nalga apoyada en otro patrullero a la vuelta de la esquina y pitando sin aspirar. Entonces sonó por fin el teléfono correcto.

Zenith descolgó el auricular y dijo:

—El canal está tomado —siempre era bueno empezar con una obviedad y seguir con una mentira—: colocamos explosivos suficientes para volar la manzana. Tenemos cincuenta rehenes. Ahora quiero hablar con el Ministro del Interior.

—¿Con quién hablo? —dijo una voz al otro lado de la línea.

Era la voz de un oficial del Grupo Especial de Operaciones Federales (G.E.O.F), una voz habituada a negociar con secuestradores y al que llamaremos Pérsico. Además se llamaba así.

—Quiénes somos es algo que le voy a decir al Ministro del Interior. Llamen solamente a esta línea —dijo Zenith y cortó.

Pérsico se pasó una mano por la cara, como si necesitara limpiársela antes de alzarla hacia los demás, y les dijo que había algo raro, muy raro, algo que no entendía. Estaban todos bastante sorprendidos, por supuesto: esperaban que se tratara de una simple (por decirlo de alguna manera) toma de rehenes, pero el dato de los explosivos le daba un carácter distinto a la situación. ¿Quiénes eran?

—¿Qué quieren? —le preguntó a Pérsico un hombre obeso, alto, de uniforme, chaleco y casco, apretando en las manos un fusil del color de su piel.

—No dijo —respondió Pérsico—. Pide hablar con el Ministro. Hay que llamarlo, parece que está el edificio sembrado de explosivos.

Lo que sigue tiene dos caras. Una que se despliega y otra que se concentra. La primera era impactante: fuerzas policiales agrupándose, cortando las calles, reordenándose en las líneas de acción, voces de mando, luces rojas giratorias, ruido de tacos y una miríada de pequeños golpes metálicos, golpes de cascos, de armas, de escudos, de municiones: el sonido —amplificado— de una bruja que baraja piedras en la mano. La segunda fue como si a la bruja se le hubiera escapado una piedra, y las ondas en el agua (el agua en el cordón de la vereda, el agua de las fuentes de inteligencia) se dirigieran hacia adentro en lugar de hacerlo hacia afuera: del grito al murmullo, del vocerío a la opinión autorizada y de la opinión autorizada al malhumor del Presidente. En el medio hubo cruces de llamados, asteriscos de llamados que llevaban y traían información tanto como sospechas, cálculos y paranoia. Todo esto

sucedía a la vez, y se acentuó después de una nueva conversación con Zenith. Ahora sabían que el canal había sido tomado por fundamentalistas islámicos, pero no mucho más que eso. Las consultas se intensificaron. Una alta fuente de la Secretaría de Culto confirmó, en tono de reproche, e incluso con una salva de suspiros, que varios meses atrás la comunidad musulmana local había alertado sobre el ingreso al país de varios grupos del movimiento fundamentalista Jamaat, vinculado con la organización Al-Qaeda. ¿Eran ellos? El ingreso de estos grupos al país, compuestos en total por unas veinte personas originarias de Qatar, Malasia y Egipto, había sido confirmado en su momento por los servicios de inteligencia de España e Italia. ¿Y qué habían hecho las autoridades locales? Es una buena pregunta. Los habían vigilado. De acuerdo. Pero la pregunta sigue sin respuesta. Los fundamentalistas, que se presentaban como predicadores del Islam, y cuya verdadera intención era contactar y reclutar ciudadanos argentinos de la comunidad musulmana para derivarlos a campos de entrenamiento en el exterior, operaron durante algún tiempo en Bahía Blanca, en Balcarce, en Salta y en El Bolsón, donde finalmente se les había perdido la pista. Sonaba increíble: ¿acaso El Bolsón era un lugar donde se le podía perder la pista a alguien? Sin embargo había sido así. Humo en una choza solitaria.

En tanto, Ommar había hecho grandes avances en la comprensión del juego. También estaba al tanto de las principales características de los cinco participantes. Lo había averiguado todo, o casi todo, y seguía preguntando. Y a cada palabra de Roswaig o de Mario Lago aumentaba su desprecio por el programa y por los chicos: los fines y las aspiraciones de uno y otros eran deleznable, un concentrado de todos los males y estupideces de Occidente. Lo mismo sentían Sailab y los otros dos terroristas a medida que Ommar les traducía lo que decían Roswaig y Lago, con el agravante de que ellos miraban los monitores en los lapsos durante los que se hablaba en castellano, y lo que veían (en ese momento una fiestita árabe, para colmo) acentuaba el significado de la traducción.

—¿Cómo era que se llama el líder? —dijo de pronto Ommar.

Roswaig y Lago entendieron enseguida a quién se refería, pero igual cruzaron una mirada de desconcierto, una mirada lógica, un desconcierto lógico, teniendo en cuenta que en ese preciso instante Robin, un poco apartado de los demás, se sonaba la nariz con una chilaba, la típica túnica de la indumentaria árabe.

—Robin —dijo Roswaig en voz baja, como si nombrara al demonio.

—Le vamos a hablar —dijo Ommar.

Esta vez el desconcierto en la mirada que cruzaron Roswaig y Lago fue genuino.

—Vos hablás, yo dicto —dijo Ommar—. A solas. Un paso en falso, una palabra de más, y te quedás sin cabeza. No tiene que saber que estamos acá, ni él ni los otros. ¿Está claro?

Mario Lago asintió. Llamó a Robin y le dijo que fuera al Confesionario. Robin hizo un gesto de malhumor, dejó la chilaba en el suelo y fue hacia allí. Entró, cerró la puerta, se sentó.

—Hola —dijo—. ¿Qué pasa?

Todas y cada una de las palabras de Mario Lago de aquí en adelante fueron antes dichas a su oído por Ommar en un susurro apenas audible, como si además de pensar en lo que dictaba se cuidara a conciencia de no rozarle la oreja con los labios.

—Quería comunicarte... que las autoridades del canal... estudiaron tu caso... todo lo referido a tu hijo... un abogado... y que estamos dispuestos a ayudarte... a cambio de una participación...

—¿Pasa algo? —dijo Robin.

Esto Ommar lo dictó con un gesto de los cinco dedos juntos apuntados hacia arriba:

—¿Por qué? —dijo Mario Lago.

—Habla raro. Habla cortado.

—No te preocupes... me duele un poco el estómago... yo también soy real, Robin... —Aquí Mario Lago se inclinó sobre la oreja de Ommar y le dijo que él no usaría el término «comprendés».

Ommar lo autorizó a decirlo a su manera.

—¿Me seguís? —dijo entonces Mario Lago.

—Sí —dijo Robin.

Ommar dictó un asentimiento de la cabeza:

—Bien —dijo Mario Lago.

Se hizo una pausa.

—La propuesta —continuó Mario Lago— es subir un poco el tono del personaje...

—¿Qué personaje?

—El tuyo, Robin.

—¡Pero si yo no estoy actuando!

—Lo sé —dijo Mario Lago. Ommar le hizo un gesto en tirabuzón con el dedo pidiéndole que repita eso—: Lo sé, lo sé. Pero queremos que actúes... que actúes un poco... queremos que hagas ciertas cosas... a cambio de que el estudio jurídico del canal... te consiga la tenencia compartida de tu hijo...

Robin enderezó la espalda. Ahora los ojos le brillaban de entusiasmo.

—No solamente vas a recuperar a tu hijo... además vas a ser un héroe...

Ommar agarró a Mario Lago de la solapa y lo apartó violentamente del micrófono.

—¡Dije «como» un héroe! —le dijo.

Y volvió a empujarlo hacia delante.

—¿Holá? —llamaba Robin—. ¿Gran Hermano?

—Aquí estoy, aquí estoy —dijo Mario Lago—. Te decía... la gente te va a ver como a un héroe... vas a ser famoso, vas a ganar mucho dinero... y vas a tener a tu hijo... tu vida va a cambiar... radicalmente...

Robin estaba tan excitado con la propuesta que dijo:

—¿A quién hay que matar? —echándose hacia delante y hacia atrás en el sillón.
Silencio.

—A nadie, Robin. De eso nos ocupamos nosotros —dijo Mario Lago—:
¿Aceptás, entonces?

—Sí. ¿Qué tengo que hacer?

—Lo primero es volver a la fiesta... besás a las chicas... vos sabés muy bien que están las tres enamoradas de vos... las besás un rato a cada una y después hacés que se besen entre ellas... que se besen Gaby y Romi...

—Gaby y Pau sería mejor, ahí lo veo más posible.

—Gaby y Pau, sí... hacés que se besen... hacés que el clima se ponga denso...

—Pero ¿esto va a salir al aire?

Silencio.

—No, no, tranquilo... se va a editar... queremos levantar la temperatura de la casa... es más: decile a los chicos que ésa es la idea... ahora los voy a llamar uno por uno para explicarles yo también... Andá nomás, Robin... tenés carta blanca, hacé lo que quieras... te vamos a cuidar... después te llamo para darte más instrucciones...

Robin llevó la fiesta rápidamente al desenfreno. Su charla con Mario Lago no había salido al aire, pero sí lo que siguió: un largo y húmedo y sonoro beso de Robin y Gaby, un brazo atrayendo hacia ellos a Pau, que aceptó de inmediato, y planos de Chaco tratando de meterse en el medio: estaba sorprendido, nunca lo había visto a Robin tan animado, tan caliente y tan feliz. Los espectadores noctámbulos que seguían el programa por una señal de cable dieron aquí un primer respingo. Habían visto ya muchos besos, pero nunca esa promiscuidad. La Casa de pronto parecía haber enloquecido.

Ommar conducía la acción con mano de hierro. Fue llamándolos al Confesionario a uno tras otro (forzando de paso los intercambios, con la temperatura cada vez más alta) y emitió por corte las charlas denigrantes que mantuvo con ellos en un ida y vuelta del Confesionario a la fiesta y a los distintos lugares adonde iban después de hablar con él. Lo hizo con mucho criterio, como un editor experimentado, y con un *timing* que dejó boquiabierto a Roswaig. «Dios mío, qué buen guionista sería éste si dejara las armas», pensó. Siempre a través de Mario Lago, Ommar le hizo a Chaco una propuesta denigrante —que a Chaquito, en esta oración se impone llamarlo así, le pareció «divertida»— a cambio de un papel en la próxima telenovela del canal: limpiar la cocina con la lengua, el piso, los azulejos, la mesada, algo que Chaco satisfizo de inmediato a pesar de su erección. A Gaby, Romi y Pau les dijo que, por el hecho de ser finalistas, el productor general había decidido premiarlas con un día entero de intimidad. Es decir: no serían editadas, emitidas. En un primer momento las chicas no supieron qué hacer, cómo aprovechar el premio (al fin y al cabo no tenían mucho más que dar), pero enseguida le encontraron la vuelta. Así de banal era para ellas la libertad. Gaby se duchó totalmente desnuda por primera vez en meses. Aun sabiendo (creyendo) que los únicos que la observaban eran los productores del

programa (un determinado número de personas mal pagadas y que a ella, después de un encierro tan largo, ya le importaban poco y nada), se metió en la cama de Pau, que a su vez, unos minutos antes, había ido ruidosamente de cuerpo mientras Robin y Romi se desahogaban (sumergidos uno en el otro, respirando por la pajita del sexo) a la luz de la luna en el jardín.

Chaco los espiaba a través de la ventana, con la lengua apoyada en un mármol. Fue el único que sospechó que pasaba algo raro, sin un porqué —lo que veía le encantaba—, pero antes de ir a hablar con los demás terminó de lamer la mesa, obediente como un gran actor. Media hora después, cuando llegó al dormitorio, los encontró semidesnudos, desparramados en las camas y en el suelo, bebiendo del pico de una botella de vodka que iban pasándose de mano en mano. En la cama había una segunda botella, ya vacía, recostada sobre la almohada. Estaban borrachos.

—¿De dónde sacaron eso? —dijo Chaco. Le quitó la botella a Romi y se la llevó a los labios, ansioso por ponerse al día.

—Es un regalo que le hizo Gran Hermano a Robin —dijo Gaby.

En lugar de aumentar, las sospechas de Chaco se disolvieron: tenía la lengua negra y dormida y el vodka le hizo bien. Un cuarto de botella después ya se había puesto a la par de los demás. Nunca bebía. Cantó y bailó, recuperó la botella y se tiró en la cama a charlar.

Fue una charla desconcertante, porque estaban allí para ser vistos, estaban allí para exhibirse y no había nada en el mundo que les interesara menos que la privacidad, a menos que fuera sólo «un poco» de privacidad, la dosis justa para un desahogo, sexualmente hablando. Eso lo habían hecho rápido y bien. En determinado momento Romi levantó la vista hacia una de las cámaras y les preguntó a los técnicos y productores si estaban contentos. Lo hizo en un tono de diversión, de complicidad, aun cuando cerró la pregunta con un insulto. ¿Y ahora? De no ser por el alcohol hubieran elegido ocultarse de nuevo, es decir: volver a saberse observados, sentirse otra vez relativamente alertas. Pero el alcohol los había liberado más que la privacidad. Gaby dijo cosas horribles sobre su padre, Pau se confesó cleptómana, Romi contó que de chica ensartaba sapos con un palo afilado y Chaco hizo una arcada y se vomitó en la mano. La lengua, agotada como estaba, y además bebida, le patinó al disculparse. Se levantó y fue al baño. Las chicas lo siguieron con la vista, riéndose con asco.

Cinco largos minutos después, cuando por fin se calmaron, Robin las envolvió con una mirada y les dijo:

—¿Saben qué es la Jihad?

Diego había salido de la casa como una estrella. No llevaba impresa en la mirada la frustración de los primeros expulsados, al contrario: había atravesado el umbral de la puerta —la puerta que comunica la Casa con el estudio del programa— agitando los brazos y rociando a los espectadores con la sonrisa indulgente y provinciana del que siente que haber llegado lejos es ya un triunfo.

La tribuna lo recibió con una ovación. A su paso, la gente que se apretujaba contra la pasarela que conduce al centro del estudio estiraba las manos, los dedos, las uñas para tocarlo, mientras una lluvia de papel picado los bañaba a todos por igual. Se fundió en un abrazo con el conductor del programa, un periodista cultísimo y sanguinario que amaba lo que hacía, fuera lo que fuese (no solamente esto, aunque esto también), y respondió a todas y a cada una de sus preguntas haciendo gala de una enorme dispersión. Lo mareaban el reconocimiento, las luces, los aullidos que seguían a cualquier cosa que dijera. Gritos pegados a palabras sin sentido. Era exactamente eso lo que había imaginado. Estaba en la cima.

Pero en el siguiente programa ya estaba sentado al final de una fila con los otros participantes expulsados; y no era el más importante de ellos, sino sólo el más fresco. Apenas una semana después estaba sentado en el comedor de su casa. La madre dormía ruidosamente en el sillón de al lado. Diego miraba el programa en la señal de cable, como todas las noches, y extrañaba. Hubiera dado la mano izquierda (era zurdo) con tal de volver a la Casa. De hecho se la retorció como si quisiera arrancarla. Entonces vio y oyó la propuesta que Gran Hermano le hizo a Chaco: un papel como actor en una telenovela si limpiaba la cocina con la lengua. Diego hubiera hecho cosas peores con tal de seguir en el canal, pero ahora, desde afuera, la inmediata aceptación de Chaco le arrancó un gesto de desprecio, un soplido de superioridad por la nariz, el mismo gesto y el mismo soplido que le habían dirigido a él durante semanas miles y miles de espectadores anónimos; ahora que estaba afuera, volvía a parecerse a ellos. No podía creer que Chaco aceptara denigrarse así, pero que Gran Hermano le propusiera eso era más raro todavía. Enderezó la espalda. Robin y Gaby se besaban, hacían esgrima con las lenguas fuera de la boca. Robin estiró una mano hacia Pau, la atrajo hacia ellos y la abrazó por detrás mientras Gaby cambiaba de boca. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo era posible que el director mandara esos planos? En general la cámara permanecía fija en el plano más anodino posible (un ángulo del *living*, una panorámica del jardín) mientras la producción dormía, pero era evidente que ahora estaban todos bien despiertos, ponchando a conciencia allá y aquí. Se levantó de un salto, agarró el teléfono, discó el número de Horacio. Horacio había sido expulsado antes que él. No estaba. Discó el número de Ricky, que había sido expulsado antes de Horacio. Una voz rasposa, tóxica, la voz de una mujer volteada por el *whisky* sobre un sueño de humo preguntó quién era. Diego cortó y discó el número de Millie, que había sido expulsada antes de Ricky. El teléfono sonó un buen rato sobre una mantilla en una casa humilde, pero nadie atendió. La llamó al celular.

Apagado. Discó el número del celular de Cristian, que había sido expulsado antes de Millie...

A medida que retrocedía en la lista de expulsados iba sintiéndose menos seguro, más incómodo, empezaba a preguntarse si no sería demasiado tarde para llamar, o cómo lo atenderían; retrocedía por la pendiente de lo atrofiado, reviviendo en el trayecto la amistad que se evapora, la simpatía que no prospera, las miradas defensivas, los tanteos. Ya estaba a punto de sentir otra vez la excitación del ingreso a la Casa, la excitación del primer día, cuando Cristian atendió. De fondo había música a muy alto volumen. Una fiesta. Cristian gritó quién era y Diego, a su vez, gritó dos veces su nombre, pero no había caso: Cristian no oía nada.

—¿Qué pasa? —preguntó la madre de Diego alzando la cabeza, asustada.

—Nada, nada —dijo Diego con impaciencia—. Dormí.

Se saltó el número de María Belén, la chica que había sido expulsada antes de Cristian y a la que odiaba casi desde el primer minuto y discó el de Hugo, que había sido expulsado antes de María Belén, pero enseguida se arrepintió, cortó y llamó directamente a los padres de Chaco.

Mientras esperaba que alguien atendiera cayó en la cuenta de que no había encontrado a nadie por la sencilla razón de que en ese momento disfrutaban de la fama, estaban en fiestas, restaurantes o discotecas, como Cristian. ¿Por qué lo único que había conseguido él era una foto retocada para la tapa de una revista del montón? ¿Por qué la gente se olvidaba de él mucho más rápido que de los otros, aun cuando había sido, hasta ahora, el último en salir? La pregunta lo fastidió. En ese momento la hermana de Chaco levantó el auricular.

Diego tenía la intención de arrancar con una charla trivial, fuera quien fuese que lo atendiera, antes de transmitirle su inquietud: no quería resultar alarmante, no al menos de entrada. Era tan considerado que no tenía en cuenta el hecho de que ésta era la primera vez que llamaba, y encima a esa hora.

Cristina, la hermana de Chaco, era mucho menos sinuosa que él, así que lo saludó con voz de ultratumba y le preguntó si estaba viendo el programa («¿Estás viendo lo mismo que yo?»). Diego le dijo que sí. Cristina le preguntó qué pensaba. Diego dijo que no sabía, pero que era raro. Enseguida aclaró que no era raro que no supiera, que era raro lo que veía. Cristina dijo que sí, dijo que sus padres estaban muy preocupados, que habían llamado al canal, que nadie los había atendido y que entonces habían decidido comunicarse con los padres de Robin. Diego le preguntó por qué. Cristina, a su vez, le preguntó cómo que por qué. Diego dijo sí, por qué. Antes de responderle, Cristina apartó apenas el auricular y le dijo algo a alguien a su espalda, más bien lejos de allí, y retomó la pregunta de Diego con otra pregunta: «¿No viste lo que dijo Robin?». «¿Qué dijo?», dijo Diego, y pensó: «Dios mío, qué difícil se hace a veces comunicarse». Cristina, cada vez más impaciente (¿o acaso él no había llamado para intercambiar opiniones sobre lo que pasaba, *después* de haberlo visto?), le resumió un discurso de Robin sobre la guerra santa y la decadencia

del mundo occidental. No, Diego no había oído eso, se lo había perdido (estaba ocupado llamando a sus ex compañeros de encierro, pero no se animó a decirlo, fiel al propósito tranquilizador que todavía lo animaba). La pregunta siguiente («¿qué discurso?») la dijo a solas: Cristina ya había cortado.

En ese momento, a siete barrios de distancia, el padre de Chaco apagó el televisor y, con los ojos húmedos, se dejó caer sobre una revista en un sillón, desolado. Casi al mismo tiempo, en Baradero, Buenos Aires, la madre de Robin le pegó a su esposo un fuerte golpe en la nuca con el mismo número de la revista, aunque su ejemplar estaba enrollado.

Todo el pueblo sabía que Norma Bacman era una mujer golpeadora y que Julio, el esposo, era su víctima única, exclusiva; con los demás era un encanto. Rígida como su nombre, severa como sus muebles, la oscura mujer del electricista, después de golpearlo, se quedó unos segundos mirando sin ver la reproducción de una ola al óleo que colgaba de la pared por encima de un mueble, en el que había apoyado las manos, apretando la revista y resoplando. Después giró de nuevo hacia él y le gritó que estaba harta y que hiciera algo o... y encogió el brazo, con la revista todavía enrollada en la mano, como para darle un revés. Julio apretó los labios.

¿Qué podía hacer? Había alentado a Robin para que se presentara al *casting*; él, su padre, él, con su cabeza en forma de bombita de luz, le había dado la idea, lo había apoyado, le había conseguido un lugar en el departamento de un pariente de Buenos Aires donde comer y dormir mientras duraran las entrevistas, y ambos habían compartido —por teléfono, a diario— el paso de la fe del padre a la felicidad del hijo tras las sucesivas rondas de selección. Norma no había estado nunca de acuerdo. Ella quería para Robin un presente de trabajo honrado (lo tenía) y un próspero futuro al frente del taller de electricidad del automóvil que a Julio le había llevado veinte años esbozar. No estaba de acuerdo, pero tampoco dijo nada. O dijo demasiado: se mantuvo callada, negando silenciosamente, pidiendo que bajaran la voz, como ante una tumba. Vivía de su odio contra todo lo que es fácil, contra el dinero fácil, contra la fama fácil, contra el sexo fácil, contra la belleza que facilita el dinero, la fama y el sexo, contra los genes que sin mover un dedo facilitan todo lo anterior, contra la luna cuando facilita el romanticismo, contra la facilidad para aprender música o idiomas, contra todas las habilidades naturales, e incluso contra la risa fácil y las facilidades de pago. No toleraba nada que se apartara de la vida de sacrificio y eternas privaciones que llevaba. Entonces ¿cómo dejó que su hijo y su esposo se embarcaran en semejante aventura? Había robado.

Una tarde, limpiando el dormitorio de uno de los miembros del Honorable Consejo Deliberante, encontró en el suelo un anillo de oro con un rubí del tamaño de su boca (siempre fruncida, pero aun así considerable) y, después de media jornada de vacilaciones —durante la que baldeó los pisos, lavó la ropa, limpió los baños y los vidrios de las ventanas y cocinó y congeló—, decidió quedárselo: el anillo era, seguramente, de alguna loquita de vida fácil que había pasado la noche abrazada a la

panza del concejal y que no merecía tener lo que tenía, y mucho menos todavía recuperar lo que había perdido. Error. El anillo tenía doscientos años. Sería un sinsentido narrar ahora las vicisitudes de un sentimiento, de un sentimiento capaz de mudar un objeto de dedo en dedo durante siglos. El concejal acusó a Norma de habérselo robado. Ella lo negó y lloró, lo negó llorando, pero él le dijo que se fuera y no volviera más.

Baradero es un pueblo chico. ¿Quién iba a darle trabajo si se corría la voz de que había metido la mano en el cofre del concejal? Además, si era capaz de robar un anillo ¿no sería capaz de robarse los diamantes? (¿Quién iba a darle trabajo, sabiendo que, ante la posibilidad de un robo, todo el mundo siente que en su casa hay diamantes?) De modo que el triunfo de Robin funcionó de la misma forma en que funcionan las políticas de distracción. Nadie le hizo sufrir la vergüenza de ser tratada como una ladrona; al contrario, era la madre del ídolo, la madre del elegido del pueblo. Estaban todos con él, y con ella.

No disfrutó del éxito de su hijo en ningún momento, ni de la popularidad como empleada doméstica que le cayó literalmente del aire, pero en más de una ocasión se hincó de rodillas por dentro (viajando de pie en el colectivo, mirando en una vidriera el reflejo del concejal) para dar gracias por la oportunidad que le daban los medios — la tele, las revistas, los suplementos de espectáculos— de ser ella misma otra vez: amarga sin culpa, perfecta sin pruebas.

Muy pronto hasta ella misma se olvidó del robo. La vergüenza del anillo (que le quemaba en las manos aun desde el fondo de un cajón) dio paso a una vergüenza seriada y en aumento: Robin hablando del hijo que tuvo a los catorce años, Robin lloriqueando en público, Robin ubicándose en los bordes de la locura, Robin saltando hacia todos los elementos aritméticos y geométricos del deseo a la vista —desde el triángulo y el 69 hasta el onanismo y la bisexualidad— para zambullirse en una orgía y emerger aún más excitado, con un disparate fundamentalista en los labios. Fue el colmo. Norma no pudo tolerarlo más. Enrolló la revista y le cruzó a su esposo primero la cara y después, dos veces, la nuca.

—Más vale que hagas algo o... —le dijo, y encogió el brazo como para darle otro revés.

Julio apretó los labios, se alejó caminando marcha atrás, agarró el saco y las llaves del auto y giró para salir. Salió de frente.

Ajaj se frotó las manos, contento por primera vez desde la destrucción de los Budas de Bamiyán. Había tenido ya otros motivos de alegría en estos años, pero el gesto se le imponía sólo cuando participaba directamente, o cuando estaba cerca del lugar de la acción. La primera prueba de Ommar había dado resultado. Los teléfonos no paraban de llamar.

El sonido de las campanillas, allá, aquí, arriba, abajo, cerca, lejos, era muy irritante, así que Ramzi Murad, un estudiante norteamericano de ciencias políticas y derecho internacional que había entrado al país cinco días atrás, fue desconectándolos uno tras otro hasta que sólo quedó activo el del primer piso. Cuando volvía a subir vio a Ajaj al final de un pasillo; cruzaba de izquierda a derecha seguido por alguien que daba la impresión de sentirse muy incómodo caminando detrás del líder, en lugar de ir adelante y con los brazos en alto. Era Roswaig.

Roswaig había llevado a Ajaj a dar un paseo de inspección por los pasillos técnicos de la casa de Gran Hermano, como había hecho antes con Ommar. Pero Ajaj estaba impaciente, desconfiaba; echó un par de vistazos por las ventanas espejadas y volvió al control a paso rápido, como si acabara de salir de un lapsus, o de distraerse irresponsablemente. Ya había preguntado qué basura era ésa. Ahora preguntó de qué podía servir. Ommar se lo explicó todo. Después, como prueba, le ordenó a Mario Lago que, a su vez, le ordenara a Chaco limpiar la cocina con la lengua. Chaco obedeció en el acto. Eso le bastó a Ajaj para advertir las enormes posibilidades de ilustración que les ofrecía el juego. Ese zoológico de infieles podía convertirse a la vez en una muestra de la vergüenza contra la que luchaban y en una prenda más de negociación, si es verdad que eran estrellas. Se frotó las manos, habilitó a Ommar para hacer lo que quisiera y volvió al primer piso. Después de todo, se dijo mientras subía los escalones de tres en tres, él tenía cosas mucho más importantes en que pensar.

Ommar dejó a Sailab a cargo de Roswaig y Mario Lago y fue al bar.

Durante algunos minutos caminó perdido por los pasillos desiertos. Se metió en una oficina de producción y apoyó la mano sobre una resma de papel blanco. Desde alguna parte, a través del ventanuco de aire y luz, llegaba una música que reconoció en el acto: era un disco de Al Di Meola (*Elegant Gypsy*) que le había regalado para su cumpleaños, veinte años atrás, una chica de la que había estado profundamente enamorado, y por un instante sintió el mismo amor intenso y definitivo que había sentido entonces. La chica se llamaba Gabriela, estudiaba Letras con él y era hija de un respetado galerista y marchand de arte. Ommar nunca había conocido a gente tan íntegra, sensible, inteligente y generosa como ellos. La relación terminó apenas dos años después, pero no su amor. El suyo era un amor de cajas chinas que derivan al infinito: cambiaba de tamaño, no de forma. Ahora, todavía con la mano sobre la resma, se preguntó qué hubiera ocurrido si, por ejemplo, se casaba y tenía una familia con ella. ¿Hubiera sido distinto? Sí, hubiera sido feliz, pero ¿qué hubiera cambiado? Pensemos en un hombre encantador, querido por todos, como lo era él, un profesor de

literatura argentina, siempre amable y respetuoso. Los sábados tiene invitados en casa y descorcha buenos vinos. En la calle, cada vez que el presupuesto se lo permite, compra algo de regalo para su esposa. De noche lee para sus hijos en la cama, y al hacerlo siente un placer inmenso. Y un día el líder de una organización terrorista es asesinado. ¿Qué hace él? Toma un avión a Afganistán, se encuentra con miembros de la organización en una cueva y se convierte en su nuevo líder con absoluta naturalidad.

Así era él.

Por una milésima de segundo se alegró de ser el que era y no «el que hubiera sido de todos modos».

Salió de la oficina y gritó el nombre del compañero que custodiaba a los rehenes.

Oyó su voz alejándose y la siguió. A mitad de camino oyó la voz del otro que venía, pero el bar ya estaba a la vista.

Los rehenes se congelaron al verlo entrar. (Uno de ellos incluso con un sándwich en la boca.) Estaban amontonados, la mayoría de pie, otros sentados en el suelo y sobre las mesas. El lugar estaba lleno de humo, de platos sucios, de pocillos y tazas y servilletas de papel abolladas, como si acabaran de darse un atracón. En realidad sólo uno de ellos había comido, comía todavía, comía sin hambre, ansiosamente. El desorden en el bar era habitual, se diría que era la forma de ser del bar. Lo único nuevo era el humo: estaba prohibido fumar y ahora fumaban todos. Muchos de ellos se habían orinado encima. Una mujer de pelo rojo, petrificado, con un celular en la mano y el dedo índice de la otra sobre el teclado (era la milésima vez que intentaba) pensó al verlo entrar: «Ahora empiezan a matarnos, uno por uno». El teléfono se le cayó de las manos.

—¿Hay alcohol? —preguntó Ommar.

Nadie respondió.

Ommar repitió la pregunta. Entonces alguien dijo:

—No.

Era un joven de entre veinte y treinta años. Había levantado la mano para hablar. Ommar lo miró. Lo miraron todos. Seguía con la mano en alto.

—Yo sé dónde hay —dijo.

Sus rasgos mostraban algún grado de deficiencia mental. Tenía puesta una remera con un curioso estampado de esferas sobre espirales. Ommar pensó que así debía verse a si misma una mente down: un paisaje de esferas flotando sobre espirales.

Le hizo una seña con el fusil indicándole que se acercara.

Entonces alguien saltó en defensa del down, un hombre normal, estúpido y heroico:

—Es cierto, no hay —dijo—, nunca hubo, no se vende alcohol acá —y amagó ir a la barra para mostrarle que decía la verdad.

A Ommar le bastó un chistido para inmovilizarlo otra vez. Después salió del bar llevándose al chico. Le dijo a Sailab que estaba todo en orden y empezó a caminar

por el pasillo.

—¿Cómo te llamás?

—Huguito. Mucho gusto.

—¿Qué hacés acá?

—Trabajo. Ayudo en todo.

Huguito sacó un paquete de pastillas del bolsillo trasero del pantalón.

—¿Quiere una?

—No —dijo Ommar.

—Mirá que son de miel...

—No, gracias.

Huguito se metió dos pastillas en la boca y después dijo, señalando el arma:

—¿Son terroristas?

—Por supuesto —dijo Ommar—. ¿Adónde vamos?

—Hay que doblar acá, subir la escalera, agarrar para la izquierda y golpear la puerta que dice Gerencia, una cosa atrás de otra. Ahí adentro, en un mueblecito negro, hay botellas para tirar al techo. Se las regalan al Gerente, que no toma. Yo lo conozco mucho.

En ese momento, en la Gerencia, Zenith discutía con alguien por teléfono. Escuchaba lo que le decían del otro lado de la línea y lo traducía para Ajaj, de pie a su lado. Ajaj, en tono reflexivo, tranquilamente, casi en susurros, decía una o dos frases cortas que Zenith gritaba de inmediato en el auricular. Se complementaban tan bien que, cuando Ommar entró en compañía de Huguito, a Ajaj le bastó con mirar al extraño para que Zenith le hiciera a Ommar un gesto de pregunta con la mano (sin perder por eso el hilo de la negociación que llevaba adelante). «Está todo bien, sigan», dijo Ommar. Huguito fue directamente hacia el mueble negro, abrió las puertas, miró (qué maravilla), sacó una botella de vodka y se la dio a Ommar.

Era la primera vez en su vida que Ommar tenía una botella de vodka en las manos. Sus manos habían sostenido grandes cantidades de libros y, muchas veces también, la cabeza de Gabriela, pero nunca un buen vodka. La comprobación de ese hecho tuvo para él el peso exacto de la inutilidad, de la experiencia inservible. La tiró hacia arriba en la palma de las manos, apenas un milímetro, o menos todavía, con la correa del fusil colgando de un hombro, y la atajó haciendo un gran esfuerzo, como si la botella pesara más que el arma, lo que por otra parte era cierto: una ametralladora Stayer pesa menos que una botella de Absolut.

Después dio media vuelta y salió. Salió detrás de Huguito, que no estaba para esa clase de minucias y que además se había robado una botella de Grey Goose, sólo porque le gustaron los gansos voladores dibujados en la etiqueta. Ommar se la quitó, llevó a Huguito de nuevo al bar y volvió rápido al control.

—Para los chicos —le dijo a Roswaig poniéndole una botella en cada mano.

Israel es nazi, escribió Robin Bacman con marcador negro y letras grandes en la pared del *living*. (Gran Hermano le había dicho el nombre del Primer Ministro, pero Robin no lo recordó y puso directamente «Israel».) Un momento antes Mario Lago le había dicho a Ommar que Robin no iba a querer escribir una cosa así, justo él que...

—Sí, lo va a escribir, lo va a escribir —intervino Roswaig—: este chico ni sabe que es judío.

Estaba aterrado, no quería contradecirlo en nada.

Mientras tanto, en sus casas, los gerentes de todas las áreas —un pequeño ejército de lobbistas, programadores, inversores y operadores— empezaron a cruzar llamados, al principio tímidamente, alertados por la actitud de los chicos, y muy pronto, a partir de las escenas de sexo explícito, el alcohol y las consignas fundamentalistas de Robin, con cierto frenesí. Para ellos era evidente que Mario Lago había enloquecido, y no sólo Mario Lago, también Roswaig y el resto del equipo, que no hacían nada por detenerlo. Ninguno de ellos atendía sus celulares, que habían sido confiscados y apagados, lo que aumentó el azoramiento de los gerentes.

El director del programa recibió en la cama una ráfaga de llamados, otra ráfaga en el *living* mientras encendía el televisor, otra en la calle y una más en el taxi que lo llevaba hasta el canal, y a todas contestó diciendo que no sabía nada, que en ese mismo momento iba para allá. Los gerentes no salieron de sus camas hasta un buen rato después, cuando les contaron qué era lo que pasaba en realidad.

Mientras tanto, los chicos fueron convocados uno tras otro al Confesionario y sometidos a una especie de análisis relámpago por el mismísimo Ommar, que se presentó como un psicólogo cuya función era indagar en sus estados de ánimo antes de lanzarlos al nuevo y último desafío. Las nominaciones del que triunfara, les dijo, tendrían doble valor, de modo que el triunfador del desafío sería también (prácticamente) el ganador del juego, el ganador del programa. Ommar no les dijo en qué consistía este nuevo desafío, eso era algo que les diría Mario Lago en su momento; por ahora lo único que quería era hablar un rato con ellos.

Así, los espectadores nocturnos habituales, que ya se habían multiplicado por tres, se enteraron de muchísimas cosas reprobables, tristes, oscuras, menores, enroscadas e inconfesables sobre los participantes que de otra forma se hubieran mantenido siempre ocultas y que ahora, ya a la luz, les provocaron una cadena de reacciones morales igualmente larga: censura, burla, estupor, indignación, vergüenza, y alguna que otra erección despreciativa.

Gaby ya había dicho cosas horribles sobre su padre. Ahora decía por qué. Su padre había denunciado al hermano de Gaby (a su propio hijo) cuando «descubrió plantas de marihuana en el jardín». Vivían en Alta Gracia, Córdoba. La policía se presentó inmediatamente y (en efecto) encontró tres plantas de marihuana en flor. La expresión del hermano de Gaby mientras lo llevaban detenido era de absoluta perplejidad (una voluta de humo de marihuana que flota frente a los labios ya cerrados), como si acabara de conocer a su verdadero padre. Porque hasta ese

momento su padre había sido otro. Era amable (y distraído) y muy trabajador, y nunca emitía opinión ideológica ni moral. Ni siquiera política. Miraba televisión en compañía de sus hijos y de tanto en tanto mencionaba a su esposa muerta. Algo, en la televisión, hacía que la evocara. Bastaba con prender el aparato para que el hombre se acordara de su esposa. Habían mirado televisión juntos cada mañana al despertarse y cada tarde desde las siete hasta las once o doce de la noche durante treinta años y...

—¿Qué creés que fue lo que pasó? —la interrumpió Ommar.

—Se convirtió en un monstruo —dijo Gaby de un tirón.

—¿Y por qué creés que se convirtió en un monstruo? —A Ommar nada le interesaba menos que saber por qué el padre de Gaby se había convertido en un monstruo, pero se sintió en la obligación de insistir.

—A mí me parece —dijo Gaby— que fue siempre así. Cuando mamá vivía era hipercorrecto, pero cuando ella murió se volvió asqueroso, se comía los mocos, hacía esa clase de cosas...

—¿Es un monstruo porque se come los mocos?

—Y... —balbuceó Gaby.

—Seguramente hay algo más ¿no? ¿Es católico?

Gaby abrió muy grandes los ojos y alzó la cabeza hacia la cámara.

—¿Lo sabés? —dijo.

—Sí —mintió Ommar—, pero me gustaría que hables de eso, necesito ver si estás lista para el desafío.

—Claro que estoy lista, ya lo asimilé.

—¿Qué es lo que asimilaste, Gaby? —dijo Ommar con voz tranquila.

—La historia de él, la relación que tenía con el cura y todo eso.

—Ajá.

—Así que sí: estoy más que lista.

—¿Tu mamá se enteró de la relación de tu padre con el cura, Gaby?

—Obvio.

—Imagino que te referís a una relación amorosa...

—¡Obvio! Yo lo descubrí y mi hermano se lo contó a mi mamá. Por eso él le mandó a la policía. Mi mamá tuvo un infarto cuando se enteró.

—Entonces no lo denunció por las plantas de marihuana...

—No. Bueno, sí, lo denunció por las plantas de marihuana, pero antes ya le había hecho las mil y una, es lo mismo. Lo odiaba. Lo odia casi tanto como nosotros lo odiamos a él. Se saca los mocos, se tira pedos en la mesa. Y más si hay amigos en casa. Desde que lo descubrimos ya no le importa nada.

—¿Vos te drogás, Gaby?

—Igual que todo el mundo —dijo Gaby—. Es lo que más extraño acá adentro.

—¿Cómo se llama el cura, querida?

—Wenceslao Riva —dijo Gaby, y repentinamente se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Habrà alguna posibilidad de...? —dijo enseguida, uniendo la yema de

los dedos mayor y pulgar y llevándoselos a los labios en señal de pitar.

Un segundo después se cruzó en la puerta con Pau, le guiñó un ojo y le hizo por lo bajo el mismo gesto que acababa de hacerle a Gran Hermano, como pidiéndole a Pau que continuara con la negociación, pero Pau no entendió a qué se refería, y además estaba mucho más borracha que Gaby, así que repitió las señas a cámara y esperó a que Gran Hermano se las tradujera.

Se hizo un silencio.

Después Ommar le preguntó:

—¿Te robaste algo, Pau? —impostando toda la dulzura de la que hubiera sido capaz con un poco menos de fe.

—¿Por? —dijo Pau y se tapó la boca con las manos.

—Te reís como si hubieras hecho algo indebido —dijo Ommar.

—No, no, nada, todo bien —dijo Pau.

—¿Nos ponemos serios?

Pau asintió, cerró los ojos, se llenó los pulmones de aire, lo contuvo y enderezó la espalda, todo al mismo tiempo.

—Hace un rato dijiste que eras cleptómana —dijo Ommar, y Pau inclinó la cabeza sobre un hombro—. ¿Qué robás, Paula, por qué?

—De todo, no sé —dijo Pau—. ¿Yo dije que robo?

—Sí —dijo Ommar—. ¿Robaste siempre?

—No. De chica no. No sé, empecé un día, no me acuerdo, fue así. Pero de ahí en más... No sé. Nada. Qué se yo. Me gusta. Ni cuenta me doy. Es algo que me sale. Robo y pum, ya está.

—¿Sentís que estás enferma?

—No, qué sé yo. Me divierte.

—¿A quién le robás?

—No, a nadie en particular, yo qué sé. Puede ser mi viejo, mi vieja, en el súper, donde sea. Veo algo que me gusta y me lo llevo. Le robo a mi novio, imaginate.

—¿Tu novio sabe que sos cleptómana?

—Él es peor que yo.

—¿Sabe que también te gustan las chicas?

—¿Si sabe? Me pide todo el tiempo que hagamos una fiesta.

—¿Y vos?

—Ni ahí. Yo para una fiestita prefiero con el tipo de otra mina, no sé si me explico. Yo también quiero algo nuevo. ¿Con mi novio qué gracia tiene?

—¿Qué querés ser en la vida? —le dijo Ommar después de una pausa.

—Millonaria —dijo Pau.

—¿Alguna profesión...?

—Famosa.

—¿Ayudarías a los demás?

—¿En qué sentido?

—¿En qué sentido se te ocurre?

—¿Darles plata y todo eso? —dijo Pau—. Sí, puede ser, qué sé yo, la verdad que nunca lo pensé.

—¿En qué pensás?

—Ahora en ganar este puto juego, realmente. No está saliendo esto al aire ¿no?

—No, quedate tranquila, esto es entre vos y yo —dijo Ommar—. Así que entonces sos cleptómana y bisexual. ¿Y qué pensás de los Estados Unidos?

—¿El país?

—Sí.

—¿Y eso a qué viene?

—Es importante que respondas a mis preguntas, Paula. Yo hago las respuestas y vos preguntás —dijo Ommar y en ningún momento advirtió el lapsus, quizá porque ya tenía, efectivamente, una respuesta a su pregunta. La respuesta de Pau fue:

—Debe ser lindo.

—¿Sabías que ese «lindo país», como decís vos, arroja bombas con *graffitis* que dicen, por ejemplo, «comprada en eBay por 7,99 \$»?

—¿Qué es eBay? —preguntó Pau.

—No importa, ¿qué importa? —dijo Ommar—. ¿Qué dirías si una bomba de 7,99 \$ matara a tus seres queridos? Quiero decir ¿qué dirías si una bomba que lleva el precio matara a tus seres queridos? ¿Dirías que el cínico que escribió ese *graffiti* en la bomba y los soldados y comandantes que festejan su ocurrencia vienen de un lindo país?

—No sé... —dijo Pau.

—¿Cómo no sé? ¿Un hijo de puta a sueldo se burla de los que asesina diciendo lo poco que le cuesta hacerlo y vos decís no sé? ¡Decí algo, por Alá, por Dios!

—¿Y qué querés que te diga? Si yo fuera contorsionista me lamería el culo —dijo Pau.

Suficiente. Ommar se levantó y caminó a paso rápido hasta el primer piso. Estaba furioso. Quería llegar y oír que las negociaciones iban de mal en peor, para tirarles de una buena vez por todas una granada a esos cinco mocosos. No podía creer que todavía le faltara hablar con Chaco y Romi.

Pero lo que vio al llegar lo sorprendió y lo emocionó: la oficina rebalsaba de luz; era una luz blanca que venía de afuera, de la calle, una luz potentísima y tan espesa que podía tocarse. Sus compañeros eran siluetas, espectros oscuros que al moverse la desplazaban a un lado y a otro con sus largos brazos, como si la luz fuera humo. Ahora sus cabezas eran cónicas y no tenían rasgos. Parecían sumergidos en una atmósfera extraterrestre más que política o divina. Pero la imagen duró apenas un segundo. Ajaj en persona bajó las persianas. Entonces sus brazos volvieron a acortarse y Ommar vio de nuevo sus caras. Zenith mantenía el teléfono apretado contra una oreja; era evidente que estaba en comunicación con alguien, al que había

dicho algo y de quien esperaba una respuesta. Un momento después los reflectores se apagaron.

—Así me gusta —dijo Zenith al teléfono.

Ajaj ordenó levantar de nuevo las persianas. Ommar se acercó a las cortinas, las apartó con un dedo y miró hacia afuera.

Lo que vio se acercaba mucho más al destino que había imaginado para sí mismo que la manipulación del juego y el impacto de la luz. La calle estaba cortada, vallada en las esquinas; los edificios y casas frente al canal habían sido evacuados; había francotiradores en las terrazas y algunos de ellos se desplazaban a un lado y a otro del reflector que acababa de apagarse y cuya enorme boca redonda, violeta, ahora rosada, iba enfriándose en la oscuridad.

Mientras Ommar y Ajaj se ponían al tanto de las novedades sobre los distintos frentes de los que se habían hecho cargo, el Comité de Crisis que el Gobierno instaló a la vuelta de la esquina (con una base improvisada en la vereda y otra en un departamento del quinto piso de un edificio desde el que se veía el canal) se iba convirtiendo en una republiqueta a pasos acelerados. Pérsico, el negociador de la Policía Federal, había sido relegado a la base ubicada en la vereda. No era un descrédito y menos todavía un menoscabo, teniendo en cuenta que la negociación había caído en manos de Esteban Hunter, un respetado sociólogo que se ganaba la vida como agente de la CIA.

Hunter había montado su estudio, por decirlo de alguna manera, en un *living* repleto de mantillas y de pequeñas esculturas de bailarinas clásicas, evidentemente coleccionables, y pensaba, y pensaba, y pensaba retorciéndose el mentón entre los dedos mientras una decena de jefes, especialistas en comunicaciones, en secuestros y en explosivos revoloteaban a su espalda. Desplegaban mapas, llamaban y recibían llamados en sus celulares, se daban instrucciones contradictorias, o a la persona equivocada, pero apenas un par de horas después de haber echado a los ancianos propietarios del departamento (con palmadas demasiado fuertes para resultar amables en la espalda) ya habían urdido una larga serie de planes que iban desde el asalto a la concesión. Lo único que les faltaba ahora era decidir cuál de todos esos planes era el A. En tanto, iban probando con otras zonas del alfabeto. Cortaron el gas y el agua, cosa que los terroristas ni siquiera notaron, y encendieron un poderoso reflector que tuvieron que apagar enseguida y sin que mediara ninguna amenaza.

Hunter estrelló una bailarina contra la pared. Estaba furioso. Acababa de hacer un primer contacto con los terroristas y, en lugar de presentarse y entablar un diálogo, del otro lado le habían gritado que apague la luz. Cinco minutos después él mismo volvió a llamar. Dijo que su nombre era Changui Ramos, repitió Changui, trató de sonar duro y amable a la vez cuando dijo que él era la persona con la que iban a hablar de ahora en adelante y de pronto un helicóptero empezó a sobrevolar la zona y ya no pudo decir ni oír nada más. Estaba verde de rabia. Recién había llegado y ya pensaba en renunciar. Un momento después llegó el Ministro del Interior. Dijo que

venía de Asunción del Paraguay, aunque tenía todavía las marcas de la almohada en la cara; aceptó una taza de café, levantó el auricular, y durante treinta segundos mantuvo con Zenith una charla de lo más cordial, sobre todo porque no dijo casi palabra. Finalmente se dejó caer en una silla y bebió un buen rato su café con sorbitos de pájaro antes de abrir de nuevo la boca.

—Búsquenlo —le dijo en voz baja a los dos asesores con los que había llegado.

Los asesores se miraron: ¿a quién tenían que buscar?

Hunter se quitó los auriculares por los que había seguido la charla del Ministro con Zenith, escribió un nombre en un papel y se lo entregó al asesor que tenía más cerca. Si unos minutos antes Hunter estaba indignado con la desorganización del operativo, que frustraba sus intentos de comunicación con los terroristas, ahora estaba visiblemente deprimido: había escuchado con toda claridad el pedido de Zenith de seguir las conversaciones «con el tipo que habló primero conmigo».

Pérsico también había escuchado la conversación, desde la base montada en la vereda. Prendió un cigarrillo, soltó el humo sin soplar, dejando que el humo saliera y entrara al ritmo de la respiración, consciente de que de esa manera graficaba su tranquilidad y la enorme responsabilidad que tendría de ahora en más y dijo:

—Me parece que nos vamos para arriba —señalando con un movimiento de la cabeza el departamento del quinto piso.

—Pasemos en limpio... —fue lo último que dijo Hunter antes de que Pérsico le ocupara la silla.

El Ministro ni lo dejó terminar:

—¿Es Hamas? —le preguntó.

—Sé lo mismo que usted —dijo Hunter después de una pausa respetuosa.

—¿Y? ¿Qué esperan? —le dijo el Ministro a los asesores, que seguían parados a su espalda leyendo el nombre que Hunter les había escrito en un papel con letra de médico—. ¡Vayan a buscarlo ya!

Los asesores se cruzaron en la puerta con un oficial del G.E.O.F que entraba cargando nueve cajas de Pizza Hut.

—La *pizza* —anunció como si hiciera falta.

Hunter no lo podía creer. ¿Quién había dado semejante orden? Una voz de entre el tumulto de silencios que fueron todos en ese momento dijo que era parte del plan H, o I, o J: pondrían somníferos en la *pizza* y cuando los terroristas pidieran comida...

—¡Son fundamentalistas islámicos! —gritó Hunter—. ¡No comen *pizza*!

—Fuera, fuera —le dijo el Ministro con un gesto de la mano.

El oficial del G.E.O.F. salió llevándose las cajas, menos humillado que feliz: ahora sí que iba a comer.

En la puerta se cruzó con Pérsico que llegaba. Había tanta agitación que todo el mundo se cruzaba en la puerta. Pérsico le echó un rápido vistazo al lugar. Vio los pedazos de porcelana de la bailarina desparramados por todas partes, vio la mano del

Ministro apretando en un puño el vaso de telgopor del café, vio sobre la mesa una copia en VHS de la película *Love Story* que habían alquilado la noche anterior los dueños del departamento y dijo:

—Buenas noches.

—¿Qué tenemos? —le dijo el Ministro ansiosamente.

—Nada —dijo Pérsico—. Sabemos que piden que les entreguemos a un tal Amhed Sayyaf. Bueno. Ustedes lo buscan, ustedes lo traen, ustedes averiguan quién es y por qué lo quieren y mientras tanto yo les doy charla. Esto va a ser una carrera. Yo puedo averiguarlo todo antes que ustedes, pero créanme que me gustaría mucho que sean ustedes los que ganen. Ellos necesitan que sea así. ¿Se entiende eso? Yo estoy acá para darles la razón a ellos. Lo va a prender al revés —le dijo a Hunter, aunque Hunter estaba a su espalda.

Hunter se arrancó el cigarrillo de los labios, lo miró, le dio vuelta, se lo puso entre los dientes y lo roció con el fuego de un fósforo.

—Antes de hablar con ellos —siguió Pérsico— necesito saber algo: ¿quién está en camino?

—¿En qué sentido? —dijo el Ministro.

—En el sentido de la Mossad, por ejemplo —dijo Pérsico.

—Ah —dijo el Ministro—. Sí, hablamos con ellos y vienen para acá. Estaban en vuelo cuando llamamos —agregó con una risita a la que nadie prestó atención y que quería decir: «la Mossad está siempre en el aire»—. Viene gente del FBI también. Dígame, Pérsico, usted que habló con él ¿qué intuye? ¿Es de Hamas, de dónde intuye que es?

Le estaban hablando de la percepción, de la gema que destilan el prestigio y la experiencia. «¿Es de Hamas, de dónde es?», le decían. Decirle eso a Pérsico era lo mismo que decirle «¿Por qué no se viene esta noche a cenar a casa? Mi mujer tiene tetas nuevas y cocina como los dioses».

Hunter no aguantó los celos ni la envidia.

—Una persona es como otro *siente* que es, no como esa misma persona *cree* ser —dijo, y todos lo miraron—. Difícilmente podría decirles yo quién es el que intentó hablar conmigo si ustedes no me dejaron hablar con él —agregó en tono de reproche.

Y hay que reconocer que la intensidad del reproche no estaba muy por debajo del nivel de sabiduría *ad hoc* que alcanzó al formularlo.

Pero todos se quedaron inmóviles y callados, como si no hubieran entendido una palabra.

—Vamos al grano, Hunter —le dijo el Ministro, y extendió un brazo hacia atrás pidiendo más café—. ¿Hablamos de Hamas o de qué?

Hunter vaciló. Era un hombre culto, muy culto, y le costaba horrores entregarse a la necesidad de ser obvio para hacerse entender.

Por suerte Pérsico estaba de nuevo ahí.

—Perdone que le diga, Ministro —dijo Pérsico—, con todo respeto: saber eso es una boludez más grande que una casa. Acá lo que importa ahora es que tenemos un canal de televisión tomado, con rehenes, explosivos y estrellas, no sé si me explico —dijo, contundente y ya de por sí demoledor.

El Ministro hizo un gesto vago, político.

—¿Entonces? —dijo.

—Dos cosas —dijo Pérsico—. Una: usted haga la inteligencia y yo se la converso. Creo que eso ya se lo había dicho, pero no importa. Dos —agregó bajando la voz, pero no demasiado—: deme el poder y yo se lo resuelvo todo.

El Ministro hizo un gesto que hasta para el observador menos detallista quería decir: «Agarre todo lo que quiera, pero no diga que yo lo autoricé o lo mato», y dijo parándose:

—Venga un minuto.

Se reunieron en una habitación con más mantillas y más bailarinas de colección durante quince segundos, de los que sobraron diez si vamos realmente al grano: el Ministro le dijo a Pérsico en tono firme que él sería el primero en enterarse de lo que fuera ocurriendo; Pérsico dijo que sí. Los diez segundos restantes los pasaron mirándose fijo a los ojos con desconfianza. Hasta que Pérsico dijo por fin:

—Vamos, Ministro. Hay mucho que hacer y la gente espera.

La preocupación por los chicos encerrados en la casa de Gran Hermano aparecía y desaparecía y volvía a aparecer, por entre las otras preocupaciones que mantenían literalmente apoyadas en el suelo a las más altas esferas del poder político y comercial, con una recurrencia obsesiva. Eran, sin duda, rehenes especiales. No podían permitir que nada malo les ocurriera (tampoco a los otros, aunque lo de ellos se vería después).

Normalmente el programa tenía unos 30 puntos de *rating*, es decir que alrededor de seis millones de personas seguían cada noche las estrechísimas cotidianidades de sus héroes. ¿Quién sería el culpable, para esos seis millones de votantes, si algo salía mal? Las empresas y compañías dueñas del canal se victimizarían de inmediato, después de haberse frotado las manos por lo bajo durante todo el proceso. Dentro de cinco meses, para colmo, había elecciones presidenciales. En el Gobierno estaban muy nerviosos. Todo el mundo golpeaba las mesas. Nunca se golpearon tantas mesas como durante esas primeras horas. Mesas de comedor, escritorios, mesas de luz, mesas grandes o ratonas, de madera o de vidrio, esa noche todas las mesas de todas las residencias particulares de todos los funcionarios del Gobierno y de todos los despachos recibieron al menos un puñetazo. ¿Qué hacer? ¿Y cómo? ¿Cuándo?

A medida que pasaban las horas había gente cada vez más extraña en el Gabinete de Crisis, tanto en la base montada en la vereda como en la del departamento del quinto piso. Hunter miraba a los recién llegados y se preguntaba si eran agentes de la Mossad que habían entrado sin presentarse, o compañeros de la CIA, o miembros de los servicios secretos argentinos, o especialistas en asuntos musulmanes, o curiosos de la embajada de los Estados Unidos. Imposible saberlo. Nadie sabía quién era nadie. Aun así, se dirigían los unos a los otros como a piezas fundamentales de un mismo sistema. Destilaban seguridad en sí mismos, y un marcado desprecio por aquel que inspirara apenas una pizca de respeto menos que ellos. Eran personajes tan secretos que el presidente del multimedia al que pertenecía el canal y el de una empresa de telecomunicaciones (hombres de rostros nada populares) se destacaban ahí adentro como si fueran Michael Jackson y Ricky Martin. Las credenciales no valían nada. Lo que contaba era la actitud, el aplomo de los que han sido preparados para tratar con monstruos a los que en el fondo, finalmente, agradecen la ocasión de estar allí.

El de presencia más intensa era un hombre de unos cincuenta y cinco años al que llamaremos Sr. Rayado sólo porque vestía una camisa a rayas en un mundo liso de tonos verdeoliva, negro y pastel. En la calle, en otras circunstancias, nadie hubiera reparado en él, ni su propia madre, pero en esta ocasión le bastó con acercarse al Ministro del Interior para que éste se levantara de la silla y le diera un fuerte apretón de manos.

El Ministro no tenía la menor idea de quién era el Sr. Rayado, pero supo que él mismo ya no sería imprescindible cuando volviera a sentarse.

—Corten la señal —fue lo primero que dijo el Sr. Rayado.

Se refería a la señal de cable.

Hunter alzó las cejas.

Pérsico se echó sobre el respaldo. El Sr. Rayado le dijo:

—Van a llamar apenas se corte la señal. Si no estoy, déjelo sonar hasta que yo vuelva. ¡Usted! —le dijo al Jefe Operativo de la G.E.O.F. ordenándole con un dedo que lo siga.

Salieron del departamento sin decir palabra y bajaron cinco pisos por la escalera hasta la base del Comité en la vereda. (Durante el descenso lo único que dijo el Sr. Rayado fue: «Sáqueme de encima a esos conchetos de Telefónica».)

Abajo había otro mundo. Era idéntico al de arriba, pero mucho más amplio. La policía había cortado varias manzanas a la redonda, y alguien instaba a los vecinos por un altavoz que sonaba como un grito bajo el agua a cerrar las puertas con llave y a dormir —si podían— en colchones alejados de las ventanas, con las persianas bajas. A doscientos metros de distancia desde la base se veía la silueta compacta de una multitud de curiosos que habían optado por ver la realidad en la realidad más que en el reality. El canal estaba lejos y la realidad vallada, pero al menos podían darse en vida (frente a los numerosísimos periodistas que los acosaban con micrófonos malolientes) el gusto de dramatizar las muertes que sobrevendrían. De eso estaban seguros. El paisaje mismo lo decía, con sus patrulleros, sus sirenas, sus movimientos de fieras en la oscuridad.

Mientras tanto, después de una hora de viaje, Julio Bacman, el padre de Robin, que acababa de llegar, se paseaba por entre la gente con expresión de aturdimiento. ¿Qué era todo esto, qué estaba pasando? Una mujer le dijo que había terroristas en el canal. Julio se apartó, caminó unos pasos y repitió la pregunta, esta vez a un hombre con un chico rojo sentado sobre los hombros. La misma respuesta: había terroristas en el canal. Julio no lo podía creer. Dos respuestas, un helicóptero, vallas, evacuados, policías y una tanqueta del ejército acercándose no eran suficientes para convencerlo de la verdad. Su hijo estaba ahí adentro, y él lo había apoyado. Su esposa ya no le pegaría con una revista enrollada, arrancaría una pata del sillón y la usaría para molerlo a golpes. Seguramente ya estaba enterada: había muchos periodistas por los alrededores. ¡Y él había viajado escuchando tangos en la radio del auto!

Entonces lo vio a Diego. Le habían puesto una luz en los ojos, un micrófono en la boca y una cámara en la frente, y una periodista le preguntaba cosas que ni Dios sabía. Julio se abrió paso por entre la gente con brazadas de nadador.

—¡Diego, Diego! —le dijo, abalanzándose sobre él.

La periodista dio un paso atrás, pero la cámara siguió grabando.

—Soy Julio, el padre de Robin. ¿Sabés algo? ¿Qué sabés? ¿Te dijeron si los chicos están bien?

—No, no sé nada, encantado —dijo Diego dándole la mano; hablaba a toda velocidad—. Estaba en mi casa viendo cosas raras en la tele y me vine para acá y me encontré con esto. Ahora quiero ver si me dejan entrar. Recién quise pasar la valla

pero me agarró un cana de los pelos y me tiró de vuelta para este lado. Quiero ayudar, la puta madre que lo parió. Me ofrezco de rehén, de mediador, de lo que sea. ¿No se dan cuenta de que les puedo servir?

En tanto, el Sr. Rayado había cubierto, caminando por la vereda desierta, cien de los doscientos metros que lo separaban del cordón de seguridad y había ingresado a una casita descascarada en la que oyó, sin decir palabra, informes y bocetos de planes de acción ultrasecretos, aunque contundentes (cavar un túnel hasta el canal, utilizar un gas somnífero), después de lo cual volvió a salir y se encaminó de regreso hacia el departamento del quinto piso. Había dado apenas unos pasos cuando una brisa le rozó la cara. El Sr. Rayado se detuvo, giró medio cuerpo y miró hacia atrás, como buscando la estela de la brisa que se alejaba. Fue un segundo. Después siguió adelante.

—Un padre angustiado y un ex Gran Hermano heroico —decía en ese momento a cámara la periodista señalando a Julio y a Diego.

Diego sacó pecho. Julio no pudo más: lo abrazó y le empezó a llorar sobre un hombro.

Su llanto duró el mismo tiempo que le tomó a la noticia dar la vuelta al mundo.

Ajaj asintió con la cabeza, se apartó y fue hasta la ventana acomodándose el cinturón explosivo. Por el momento iba todo bien. Ommar cruzó unas palabras con Zenith. Sí, por el momento iba todo bien. Sus demandas (que les entreguen a Amhed Sayyaf, un carro de asalto para dejar el canal con algunos rehenes y un avión para salir del país) ya habían sido formuladas. Si Amhed Sayyaf no estaba en el sur, oculto en un iglú, debían encontrarlo en un tiempo relativamente breve. Entonces comenzaría la segunda ronda de negociaciones. Por ahora no había nada más que hacer aparte de esperar (y de pensar).

Antes de volver al control Ommar se dio una vuelta por los puestos de vigilancia en los que se habían distribuido los integrantes del grupo, chequeando que todo estuviera en orden. En mitad de un pasillo entró a una oficina, encendió un televisor y pasó los canales uno tras otro. Excepto por un festejo en un poblado de montaña y por una chica de bikini en MTV que decía estar enamorada de Tom Selleck, todos hablaban de la toma de rehenes en Buenos Aires.

En el canal alemán DW se sucedían imágenes aéreas no muy recientes de la ciudad mientras un locutor hacía malabarismos con los pocos datos de los que aún disponía; la RAI mostraba una foto de grano grueso de la ventana del primer piso del canal, tomada con un teleobjetivo, en la que podían verse una mano y una nariz asomadas por entre las cortinas (¿Zenith? ¿Ajaj? ¿Él mismo?); la CNN (que alguna vez le había brindado a otros grupos radicales información invaluable sobre el funcionamiento de los más sofisticados dispositivos de seguridad en los aeropuertos) ahora se esmeraba para no filtrar nada que pudiera servirle a Ommar y a los suyos, al contrario de TVN Chile, que emitía en directo desde el otro lado del cordón policial, proporcionando un paisaje detallado de la situación exterior.

La BBC había levantado imágenes de la señal de Gran Hermano y repetía una y otra vez los pasajes más escabrosos, las confesiones más indignas de los chicos ya «guionados» por Ommar. En TV Globo una señora con un saquito de raso azul aclaró, como si hiciera falta, que los chicos del programa ignoraban la presencia de los terroristas en el canal, y que la manipulación que éstos hacían de ellos era una muestra más del cinismo que los animaba. El caso era «inédito» para el conductor de un noticiero mexicano, y «sorprendente» para un francés que no dejó pasar la ocasión de interpretar el hecho de que los terroristas hubieran dejado que el programa siga su curso —aunque manipulándolo a su antojo— como una forma de mostrarle al mundo la decadencia de Occidente. Usaban a los ídolos más recientes como espejos de la perdición, como reflejos de la obscenidad de la que se alimentaban todos, a un lado y a otro de la pantalla («a un lado y a otro de varios océanos a la redonda», dijo).

A Ommar el comentario no le causó ninguna gracia, en parte porque no entendía bien el francés y en parte porque no estaba dispuesto a apreciar la obviedad. Buscó la señal de Gran Hermano y se quedó un momento pensativo, mirando sin ver a dos de los chicos que se agitaban sobre la cama, completamente cubiertos por una manta. ¿Quiénes eran? ¿Gaby y Pau? ¿Robin y Romi? ¿Chaco y Robin? ¿Fellatio o

cunnilingus? Era hora de volver. Apagó el televisor, cerró la puerta con llave y fue directamente a llamar a Romi.

—¿Se puede saber cuál es el desafío que viene? —dijo Romi apenas entró al Confesionario.

—No —dijo Ommar—. Eso te lo va a decir Gran Hermano en su momento. ¿Estás bien?

—Estaría mucho mejor si pudiera dormir un poco.

—Decime, Romina, ¿qué fue lo peor que hiciste en tu vida?

—¿Cómo?

—Lo peor que hiciste en tu vida.

Romi alzó las cejas y miró a izquierda y a derecha.

—¿Tenemos que arrancar así? —dijo bajando la voz a medida que avanzaba en la frase.

—Bueno, si querés hablamos un par de horas sobre cualquier cosa —dijo con ironía Ommar— y te lo pregunto de nuevo al final. Pensé ir directamente al grano porque dijiste que estás cansada.

Romi hizo una pausa larga.

—Lo peor... —pensó.

—Sí.

—Lo peor.

—Lo peor, Romina —repitió Ommar impacientándose—. Hace un rato le dijiste a Gran Hermano que de chica matabas sapos y otros animalitos con un palo afilado. ¿Eso fue lo peor que hiciste?

Romi se miró las uñas. Después alzó la vista a cámara y dijo, arrugando la cara:

—¿Por qué hay que hablar de eso?

No había dudas ya de que ocultaba algo, y que era algo grave o vergonzoso.

Ommar se llenó los pulmones de aire, sopló.

—Es una pregunta como cualquier otra —dijo.

—A mí no me parece.

—A mí sí.

—Está bien, el que sabe de psicología acá es usted, pero...

—¿Pero? —dijo Ommar acomodándose en la silla sobre una nalga y después sobre la otra.

Romi siguió en silencio.

—¿Por qué te cuesta tanto decirlo? Me vas a hacer pensar que se trata de algo terrible. ¿Querés que primero te diga yo qué fue lo peor que hice en mi vida?

—Qué vivo —dijo Romi—, eso qué gracia tiene: yo a usted no lo conozco.

—Yo a vos tampoco —dijo Ommar.

Romi se sonrió. ¿Cómo que no la conocía? Después dijo:

—¿Estuvieron averiguando cosas sobre mí?

—No —dijo Ommar—. Lo único que sé es lo que dijiste en las entrevistas de selección y acá en la casa. Pero creemos que hay algo que no contaste.

—¿Qué saben de mí?

—Vamos, Romina, tengo que hacerte veinte preguntas y ésta es la primera, no tengo todo el día.

—¿La segunda cuál es?

Ommar estuvo a punto de entrar a la Casa y ametrallar a Romi hasta que no quedara un solo centímetro de su cuerpo sin un agujero. ¿Qué podía ser lo que ocultaba esa chica, qué había hecho? ¿Tan grave era, que no lo negaba y al mismo tiempo lo ocultaba? A Ommar le llevó un buen rato más conseguir que Romi empezara a hablar.

—A mí hasta esa tarde todo el mundo me decía que era rara... —dijo.

«Esa tarde, muy bien», pensó Ommar. «Ahí vamos.»

Romi vivía en las afueras de una ciudad de las afueras, en un barrio que alguna vez había sido próspero. El esqueleto de un edificio de siete pisos, una discoteca con forma de castillo que tiempo atrás había aspirado a monopolizar la diversión de la zona, una galería comercial finalmente abandonada y enrejada eran algunas de las huellas que había dejado la prosperidad antes de huir. Entonces todo se vino rápidamente abajo. Ahora el asfalto de la avenida principal daba la impresión de haber sido bombardeado. A un lado y a otro, a lo largo de un puñado de cuadras, convivían carnicerías y gomerías, verdulerías y talleres mecánicos, panaderías y corralones, locales de baratijas y de perfumes falsos, y desde primeras horas de la mañana hasta última hora del día una marea humana pobrísima, aplastada, subía y bajaba consultando precios, zigzagueando por entre pozos, perros de nadie y puestitos atestados de zapatillas Nike. Los autos eran viejos y rotos. Una maraña de cables surcaba el cielo en todas direcciones. En las ventanas de algunas casas había carteles pintados a mano que decían DENTISTA, o ABOGADO. Se respiraba un clima de infracción masiva. Una pátina de humo, de polvo aceitoso, de combustión, lo cubría todo, a veces húmeda y a veces reseca. Si alguien hubiera tomado una foto del lugar un día de sol, al verla revelada creería que en el momento de la toma había poca luz. Ahí vivía Romi, en una casa sobre la avenida.

Era pobrísima, pero tenía tres vestidos impecables (dos se los había hecho ella misma) y los llevaba con tanta gracia que siempre parecían distintos. El secreto estaba en el peinado y en los accesorios; a veces tenía el pelo suelto, a veces atado en una cola, a veces en dos trenzas, a veces usaba un collar, a veces aros y pulseras, pero nunca todo a la vez. Su carácter también era así. Jamás decía todo lo que pensaba, decía solamente una parte: creía que en esa parte estaba todo y que lo demás era redundar, explicar y muchas veces herir. Ni el pan era tan bueno como ella. Se pintaba las uñas con esmalte transparente y, aun cuando sabía que había gente mala, o gente buena que hacía cosas malas, Romi hablaba bien de todos; o hablaba bien o no decía una palabra. Escuchaba a sus amigas, pensaba seriamente en lo que decían y, si

había un drama de por medio, se esforzaba por transmitirles el convencimiento de que nada es nunca definitivo, punto en el que fluía (navegando con un solo remo en los rápidos de la buena voluntad). Pero no era eso lo que la hacía rara, era más que nada su aspecto, su pulcritud. Su piel era casi tan blanca como sus dientes. Contrastaba tan fuertemente con el lugar que hasta el dealer de la zona cruzaba los dedos cuando la veía pasar, como si acabara de ver a la muerte. Y se lo decían. Sí, Romi sabía que tenía algo raro porque todos se lo decían.

Notaba que cada vez que una amiga le decía que era rara, enseguida la amiga quedaba un segundo en silencio, retorciéndose por adentro, como si ser rara fuera una virtud, una aspiración, una cima de singularidad que de pronto acababa de adjudicarle a otra. Pero, al mismo tiempo, nadie quería parecerse a ella. Nadie. Eso era evidente. La miraban de lejos y Romi sentía que, aun después de haber cruzado la calle y de reunirse con ellas, *seguían* mirándola de lejos. Es cierto que en el barrio todo el mundo se miraba de esa manera, pero el hecho no dejaba de sorprenderla. Era una distancia que no acortaban las confesiones más íntimas, ni el reconocimiento de las miserias más banales.

El día de su cumpleaños número quince se despertó angustiada, pensando que esa noche no iba a ir nadie a la fiesta. Eran las siete de la mañana. Hizo un intento por volver a dormir y no pudo, y salió al patio a tomarse unos mates. Estaba en eso cuando, de pronto, una flor se abrió ante ella. Romi no la vio, pero levantó la vista. Una mariposa venía a posarse directamente sobre la flor, volando en línea recta.

Eso le llamó mucho la atención, porque las mariposas no vuelan en línea recta. «¿Me estaré volviendo loca?», se dijo.

—¿Habías tomado algo? —preguntó Ommar.

—Mate —dijo Romi.

—¿Alguna droga?

—¡No! Yo tenía quince años y eran las siete de la mañana.

—¿Entonces?

Nada, Romi se dijo que debían ser los nervios por la fiesta, que le hacían ver cosas extrañas. Tomó un par de mates más y fue a bañarse. Después salió a la calle.

Era un día feriado y no había nadie en ninguna parte. Caminó a lo largo de la avenida hasta una plazoleta junto a las vías del tren y se sentó en uno de los bancos en los que ella y sus amigas solían reunirse cada tarde después del colegio. Y de pronto una hoja de papel pasó volando en línea recta frente a sus ojos. Era un papel abollado y no se bamboleaba en el aire, no subía y bajaba, no hacía eses, iba siempre a la misma altura y a una velocidad uniforme, como si se tratara de un papel motorizado. «Ah, ahora entiendo, fue el viento», se dijo Romi. «El viento empujó a la mariposa en línea recta y ahora hace lo mismo con este papel.»

—Romi —interrumpió Ommar—, ¿vas a contarme qué fue lo peor que hiciste en tu vida, sí o no?

—Ya va, ya va, estoy llegando —dijo Romi.

Se levantó y empezó a seguir a la hoja, quería ver hasta dónde la llevaba el viento, porque en alguna parte debía terminar, en alguna parte la hoja debería caer, o el viento variar su intensidad, imprimiéndole un rizo, o sacudiéndola. Así, llegó hasta unos galpones abandonados que en otra época habían estado siempre repletos de granos. La hoja entró por la ventana y ella por la puerta. Increíblemente, aun del lado de adentro la hoja siguió desplazándose en el aire, atravesó el galpón y salió por la ventana opuesta, al campo.

Romi corrió hacia allí y la vio alejarse. Ya no podía seguirla. Se quedó apoyada en el marco de la ventana hasta que la hoja se perdió de vista. Era una mañana clara y tan limpia que el horizonte parecía un tajo. En el campo pastaban vacas en miniatura. Por un instante Romi creyó ver a la hoja que volvía. Después oyó unos pasos a su espalda, no los pasos de alguien que avanza sino los pasos de alguien que acaba de entrar y se detiene al verla. «Soy virgen», pensó.

—En ese momento me desperté —dijo Romi—. Eran como las once de la mañana, o más.

—¿¡Vos me estás cargando!?! —estalló Ommar.

—No, no, un momento, espere, ahora viene. Salí de la cama y me di cuenta de que estaba sola. No había nadie en casa. «Bueno, no sé por qué me extraña si acá nunca hay nadie», me dije. ¡Pero era mi cumpleaños, mi cumpleaños de quince, el cumpleaños que todas las chicas esperamos tanto! ¡Qué rabia! «Juro que a ésta me la van a pagar», me dije. Estaba furiosa. Agarré el teléfono y ¿a que no sabe a quién llamé?

Entonces se cortó la señal.

Ommar entró corriendo a la oficina del primer piso y dijo en castellano exactamente lo mismo que en ese momento dijo Ajaj en pashtún:

—¡Si no vuelve la señal matamos a un rehén!

La frase, dicha por los dos al mismo tiempo, parecía haberse traducido sola, como un eco bilingüe.

Zenith levantó el auricular.

Pérsico abrió una mano y la mantuvo a centímetros del teléfono antes de atender, para darle tiempo a los demás de ocupar sus puestos y calzarse los auriculares. De paso, con el gesto, provocó un pico de estrés general. Después atendió.

Ya sabía lo que le iban a decir, porque un técnico acababa de introducir un ramillete de pequeños micrófonos por los conductos de ventilación y Pérsico había oído con toda claridad la versión castellana de la frase. El Sr. Rayado, autor de la idea de los micrófonos, había tenido tiempo incluso, entre la pronunciación de la frase y el instante en que Pérsico levantó el auricular, de pedirle a uno de sus asesores que buscara en la comunidad musulmana a alguien que les sirviera de intérprete y lo trajera de inmediato.

—Si no vuelve la señal matamos a un rehén —dijo Zenith.

—Entiendo —dijo Pérsico.

—Mejor —dijo Zenith—. Tienen diez minutos.

Y cortó.

—¿Holá? —dijo Pérsico—. ¿Holá?

Fue la negociación más breve de su vida. Había negociado toda clase de cosas con toda clase de personas en toda clase de situaciones y con toda clase de resultados, pero este récord lo hacía inmensamente infeliz. ¿Por qué habían exigido negociar con él, si después ni siquiera le dirigían la palabra? Era una muy mala pregunta.

Hunter, que había vuelto a fumar después de años de abstinencia, se dijo (con el mareo primerizo del que regresa al vicio) que el solo hecho de aceptar una negociación era para los terroristas una forma de dar algo a cambio de nada. Pérsico estuvo de acuerdo, aunque ninguno de los dos había dicho una palabra al respecto. Los terroristas querían al tal Sayyaf y no estaban dispuestos a ninguna negociación. Para dejar en claro su intransigencia habían exigido un negociador al que ignorar, así de simple. Ése era el mensaje: «Mientras esperamos que nos entreguen a Sayyaf, pónganle ustedes un valor a la señal».

Un rehén no era mucho, a la luz de casos resonantes como la toma de la embajada del Japón en el Perú, donde también había muerto un solo rehén (y 14 militantes habían sido fusilados) o la masacre de Beslán, en Rusia, donde los rehenes muertos habían sido 335, la mitad de ellos niños: los presidentes de Rusia y del Perú habían seguido en el gobierno, e incluso habían aumentado su popularidad. Pero aquí no había espías de segunda fila, agregados culturales imposibles o maestros de grado y civiles anónimos. Aquí los terroristas tenían en sus manos a algunos de los productores de los programas de televisión más influyentes y exitosos del país, y la muerte de uno sólo de ellos podía resultar un boomerang imparable. Aun así, se imponía la conveniencia de no ceder.

Las más altas esferas del poder chocaron, tintinearón, se rajaron, calibrando las consecuencias políticas de un «no». Los diez minutos de plazo habían pasado, y ya estaban a punto de negarse cuando sonó el teléfono. Era Zenith. Subía la apuesta: si no devolvían la señal, el que iba a morir sería uno de los chicos de la casa. ¿No un rehén, entonces? Se hizo un silencio. Un silencio largo, transparente y pesado. Y de pronto empezaron a hablar todos a la vez, pero no entre ellos sino con otros, por teléfono. Era obvio que no había nada que discutir y que la ronda de consultas, de murmullos y de agitación era una forma de eludir la responsabilidad que les tocaba.

¿Qué era peor, una estrella muerta o la señal que regresa?

El Sr. Rayado, que no dijo una palabra aunque se encargó de fusilarlos a uno tras otro con la mirada mientras hablaban, levantó una mano, harto, y todos se callaron. (Algunos hasta le vieron el aura.) Después cabeceó. No hizo ninguna pausa, ninguna alharaca, no puso en escena ni su más diluida sombra de vanidad. Cabeceó, simplemente, y volvió la señal.

Robin dormía boca abajo, desnudo, con la nalga derecha al aire. Los pliegues de la sábana que cubría la otra nalga formaban una «w». Ésa era la letra, la huella, que su mano había dejado en la sábana al estirarla para taparse. Después, la mano se había arrojado desde lo alto de la cama.

Ahora la mano dormía en el suelo, sobre la punta de los dedos. Chaco, sentado en la cama vecina, la miraba y le veía también facciones de «w». Su mirada subía y bajaba desde la mano en el suelo hasta los pliegues sobre la nalga y desde los pliegues sobre la nalga hasta la mano en el suelo, pasando siempre por la letra invisible pero real del culo de Robin, con la que Chaco completaba la exclamación que le daba sentido a la escena: *wow*.

Pero Chaco no estaba solamente sentado en la cama, además estaba en uno de esos momentos en los que la vida de pronto puede volverse horrible.

No se atrevía a nada. Ni a tocarlo ni a despertarlo. Pero tenía que despertarlo, y para eso debía tocarlo. ¿Cómo despertarlo sin tocarlo? Era una buena pregunta. ¿Cómo tocarlo sin despertarlo? Ésa era mucho mejor. Chaco no había dormido en toda la noche y, si bien Gran Hermano les había regalado veinticuatro horas de privacidad, que todavía no habían pasado, lo dominaba esa mezcla de pulsiones propia de los insomnes —arresto moral, desmayo ideológico, ferocidad sin sentido, picores desmesurados y vértigo—, de la que empezaba a destacar la indolencia, el capricho del porque sí.

Levantó un brazo, lo alargó, su mano voló por encima de la nalga (la nalga escrita) en dirección a la nalga en blanco (la nalga desnuda, ágrafa) y, a centímetros de posarla sobre ella, el brazo de pronto se detuvo y retrocedió; se encogió tanto que parecía un brazo atrofiado.

«Putá madre», pensó Chaco. «Qué difícil que se me hace.»

Era un momento único.

Y así lo sentían millones de espectadores.

Tenía *algo*.

Hasta los agentes de la Mossad hicieron una pausa al mirar el monitor, parpadeando y quebrando la cintura.

Ommar le hizo una seña a Roswaig, que asintió y giró hacia la consola. Roswaig presionó un botón, empujó lenta y solemnemente una tecla hacia delante y, con notas de piano que venían desde muy lejos, de otro planeta quizá, empezaron a sonar los primeros acordes de un tema digno de un atardecer en Ibiza, un tema dulce, perfecto y melancólico.

¿Quién podía, en un momento así, por más inteligente (o arrogante) que fuera, no sentir que su alma era igual a la de Chaco, que lo había sido, o que ya lo sería? ¿Quién podía, en un momento así, cambiar de canal?

En el aire había un rumor de apócopes, de contracciones, de palillos, de metonimias hiperbólicas aspiradas, toda esa magia que sus amigos de siempre vivían como una afrenta y su familia como una vergüenza.

«Basta», dijo Chaco en voz alta. Y sus amigos de siempre y su familia se agarraron las cabezas, un total de doce sin contar a las autoridades del pueblo, que lo habían politizado, publicitado y capitalizado como a un orgullo, y a los miles y miles de telespectadores que no lo conocían pero que se habían identificado con él y ahora querían ayudarlo. «Basta.»

Si las frases «¿Qué va a hacer?», «¡No, por Dios!», «No, Chaco, eso no, haceme caso, yo sé lo que te digo» fueran banderas, las hubiéramos oído flamear, tan unánimes eran.

Y al mismo tiempo qué curiosas, porque durante meses habían esperado ese momento. El deseo de que el deseo no se cumpla era sincero y respondía a la idea de «juego» que tenían todos: ellos, si Chaco hacía lo que quería, iban a conmovearse y no tendrían más remedio que convertirlo en ganador, cuando en el fondo querían que ganara Robin, por un motivo muchísimo más altruista que el de calentarse gratis en la tele: presenciar el encuentro de Robin con su hijo. Así que, en el fondo, lo que querían era expulsar a Chaco de la casa. Por eso lo protegían.

Pero ésa no fue la única contradicción. El sentimiento era tan *digno* que enseguida empezó a dar asco. Y dio más asco todavía cuando se hizo consciente. Fue como estar cómodamente sentado en un sillón, tomando una copa con el matrimonio que uno ha invitado a cenar a casa, el matrimonio del que uno aspira a ser amigo, y notar de pronto que todos lo miran, y descubrirse con una mano en las bolas. «Sí, nosotros somos así.»

Chaco se puso de pie.

Podría haberse levantado, pero se puso solemnemente de pie y dio un paso en dirección a la cama donde dormía Robin.

Ommar le indicó a Roswaig con señas enérgicas que subiera el volumen de la música.

La separación entre las camas de Robin y de Chaco era apenas de un metro, así que a Chaco ese único paso le bastó. Un solo paso fue suficiente para crear y sostener la tensión, e incluso para acentuarla. Lo que prometía la escena era tan bajo que todo el mundo olvidó que la acción de Chaco era una acción terrorista. En ese sentido fue también un momento de armonía y comunión. Eran todos terroristas, todos manejaban los mismos hilos.

Entonces la mano de Chaco, que iba directamente hacia la nalga desnuda de Robin, se desvió y se apoyó en un hombro. Al mismo tiempo la otra mano, cargando con la frustración de la primera, ocupó su lugar sobre la nalga. La gente contuvo el aliento.

Durante unos segundos todo se congeló. Lo único que se movía era el agua de la pileta en el monitor número 7, encrespada por una ligera brisa. Chaco quedó inclinado sobre Robin con una mano sobre su hombro y la otra sobre su nalga. Parecía estar midiéndolo. La nalga y el hombro tenían la misma redondez, la misma dureza. Chaco pensó: «Tengo que sacar ya mismo la mano de acá». Y retiró la mano

del hombro. «No, esa no, la otra», se dijo y volvió a apoyarla. Tenía la intención de presionar el hombro, pero se prohibió hacerlo hasta no retirar la mano de la nalga; el cortocircuito entre su mente y sus manos era tan grave que no podía arriesgarse a presionar la nalga, en lugar del hombro. Eso sería tremendo.

Quedó otra vez paralizado. «No puede ser», pensó. Pero sí: todas las desdichas de su vida eran de pronto succionadas por un gag.

Tenía una gota de transpiración en la frente. Robin abrió un ojo cuando la gota se estrelló en su espalda.

—¿Qué hacés? —le preguntó.

—Te llama Gran Hermano —dijo Chaco—, quiere hablar con vos.

—Decile que estoy durmiendo —dijo Robin y volvió a cerrar el ojo.

Insólito. Ni siquiera se había percatado de que Chaco tenía una mano sobre su nalga.

Recién entonces Chaco se incorporó.

Millones de personas se relajaron. Y al relajarse pasaron por fin de la curiosidad morbosa a la indignación. ¿Cómo era posible que nadie hiciera algo para impedir que se viera semejante cosa? La radio, sintonizada en todos los hogares a la par de la señal de cable, como solía hacerse tiempo atrás con los partidos de fútbol, aseguraba que la interrupción momentánea de la señal obedecía a un ida y vuelta en las negociaciones con los terroristas, lo que sonaba inadmisiblemente, o por lo menos desconcertante: ¿qué era lo que se estaba negociando?, ¿un programa de TV?

Rodolfo Rubio, el padre de Chaco, una mole de prejuicio y músculo, no aguantó más. Abolló en una mano el mate de aluminio del que ya se había comido la bombilla, se abotonó la camisa, se puso un saco y salió dando un portazo. Fue hasta el *Ocean*, el barcito en el microcentro al que se empeñaba en llamar «*snack*», entró, agarró una pistola, se la puso en la cintura, del lado de la espalda, agarró del pico una botella de *whisky*, bebió un trago monstruosamente largo y volvió a salir. En la puerta hizo a un lado con un brazo a un turista sueco, o noruego, o canadiense, o suizo, o alemán, o australiano, o norteamericano, que creyó que Rubio abría, y fue derecho hasta el canal.

Había una marea humana alrededor del cordón policial. Rubio se abrió paso a las patadas (al contrario de Julio, que lo había hecho con brazadas de nadador), dándole fuertes puntapiés en los tobillos a los que se emperraban en resistir el mero empuje de su cuerpo, incluidos niños y mujeres. «¡Liberen a los pibes, liberen a los pibes!», empezó a gritar ni bien llegó a primera fila. Estaba morado. La rabia que sentía acentuaba su calvicie, la forma oval de su cabeza, la ausencia de cuello, el exceso de mentón. Se había inflamado tanto que el saco le ajustaba. La pistola en la cintura se marcaba a través de la tela con tal nitidez que hasta podía leerse el calibre.

Precariamente, pensó que el programa era un tobogán por el que su honor se había deslizado como un niño al que nadie espera abajo. Lo había soportado todo, había tolerado una capa tras otra de revelaciones sobre su hijo, digitadas desde el

primer momento por los editores y guionistas del programa, que ya de entrada parecían conocerlo mejor que él.

Al principio Chaco había jugado bien. Se había acercado a Mariela, después a Inés y por último a Nelly. Las tres lo habían rechazado. Ya en esos intentos Chaco se había mostrado muy poco convincente, es cierto, pero al menos lo intentaba. Y de pronto empezó a fascinarse con este chico, Robin, que no era una presa más fácil que ellas pero que al menos lo hacía orbitar en la verdad de su deseo. Rubio había tolerado quiebres de cintura, miradas lánguidas y extasiadas, abrazos demasiado largos, todo un abanico de confesiones gestuales y risas sin sentido. Lo había visto depilándose las cejas, poniéndose un delantal para lavar los platos, bailar abrazado a sí mismo, expresar su piedad por un bichito alado que se ahogaba en la pileta. Hacía varias semanas ya que Rubio no atendía el teléfono. En el *snack* se mostraba antipático. Se acodaba en la caja y durante horas, para no levantar la vista, fingía estudiar unas escrituras, unos papeles con fisonomía de demanda, de acoso judicial.

Se había pasado la noche en vela hablándole a una foto de su esposa muerta. La policía le había pedido, igual que a los padres de los otros chicos, que no se moviera de su casa, y él había obedecido. Pero lo de esa mañana fue demasiado. Ya no había estrategia, ni juego, ni edición, ni espectáculo que justificara la desvergüenza de Chaco. ¿Qué hubiera pasado si Robin lo agarraba de los pelos, lo tiraba sobre la cama y le rompía el culo en cámara? Y lo peor de todo es que todavía estaba a tiempo. No, sí, ahora el espanto era el espanto y punto. Alguien tenía que detenerlos de una buena vez. «¡Terroristas hijos de puta!», gritaba. «¡Liberen a los pibes!» Tenía los ojos llenos de venas negras, la campanilla de la garganta bañada en lágrimas.

Un grupo de periodistas se le vino al humo. «¡Es un padre!», se decían. Él se los sacaba de encima a los manotazos y ellos volvían y él gritaba: «¡Liberen a los pibes, liberen a los pibes!». Con cada grito sentía más fuerza en los brazos, pero a cada brazada perdía más la voz. Y de pronto cayó.

Quedó tendido de espaldas en el suelo, tan tenso que todo su cuerpo se apoyaba únicamente en la pistola. Parecía levitar. Una mano le pedía a la gente que se apartara, otra mano se apoyó en su frente, otra lo abanicó y otra lo ayudó a levantarse. Una quinta mano, huesuda, fría y amable, le señaló un restaurante en la esquina mientras decía, con los dedos tanto como con la voz, que ahí estaban los otros padres, que los padres de los otros chicos estaban ahí, que fuera.

El padre de Romi tenía sueño, pero se agarraba la cabeza con tanta fuerza que parecía desesperado. Julio Bacman iba por el séptimo café aunque no tenía presupuesto. El hermano de Gaby masticaba azúcar; abría un sobrecito detrás de otro, lo volcaba sobre la lengua y mordía y mordía sin prestarle atención a nada. Diego miraba fijo hacia afuera por la ventana, donde se agolpaban las cámaras y los curiosos: el restaurante había sido cerrado y convertido en una especie de sala de campaña a la que sólo podían ingresar los familiares directos de los chicos. Los padres de Robin se mantenían callados, uno al lado del otro, unidos por un hombro.

La madre de Romi decía que no era cierto que su hija hubiera torturado animalitos. Los padres de Pau también defendían a su hija, pero con menos énfasis: sí, alguna vez Pau se había robado algo, ¿quién no? Sobre la mesa había aspirinas, calmantes, cigarrillos, caramelos, celulares, encendedores y una montaña de pocillos y vasos que el dueño del restaurante se negaba a retirar, molesto porque una asistente social (o algo parecido) le había ordenado que, para no herir a los padres, mantuviera apagado el televisor.

Acababan de conocerse, pero manejaban información delicada los unos sobre los otros. Así que hablaban en voz baja y con frases cortas, como si temieran decir más de lo que debían.

—Y pensar que...

—¿Viste?

—Yo sabía que algo así...

—No, no creo.

—Si a uno lo dejaran...

La comedia del terrorista-psicólogo tirándoles de la lengua a los chicos había resultado fatal. Los padres se miraban con una mezcla de desconfianza y complicidad; desconfianza por lo que sus hijos habían contado y complicidad para no tocar el tema, los temas. De hecho estaban ahí porque sus hijos eran rehenes, pero también porque lo ignoraban. Los insultos de Gaby, las consignas antisemitas de Robin, las delaciones de Pau, las artimañas de Romi y las humillaciones a las que se había sometido Chaco gustosamente, así como la orgía móvil de la que habían participado todos (menos Chaco, aunque su mano en la nalga era tremenda), flotaban en el aire, en cada silencio y en cada mirada.

Cuando Rubio entró no se había dicho nada que no fuera trivial. Recuerdos, recuentos de recuerdos. Rubio se sostenía en el brazo de un tipo aún más grande que él. Tenía las órbitas de los ojos inflamadas. El tipo lo depositó en una silla, le preguntó si estaba bien y salió mientras Rubio se presentaba:

—Yo soy el padre de Néstor —dijo.

Los otros se miraron en silencio. Rubio entendió que no sabían el nombre de su hijo.

—De Chaco, de Chaco —aclaró.

—Ah —dijeron todos.

Enseguida se dieron las manos por encima de la mesa y hacia los costados. «Yo soy la mamá de Romi», «yo soy el hermano de Gaby», etc. Hasta que llegó el turno de Julio:

—El padre de Robin —dijo.

—Mucho gusto —dijo Rubio. Desvió la vista sin dejar de observarlo, en un estilo personalísimo de vigilancia lateral muy usado en el *snack*, y se hamacó adelante y atrás haciendo golpear la pistola contra el respaldo de la silla. Después dijo—: ¿Y? ¿Se sabe algo?

—Nada —le contestaron.

Rubio levantó un brazo en dirección al dueño del restaurante. Por debajo de la manga del saco, que cayó en cámara lenta, quedó a la vista el puño de la camisa, muy ajustado a la muñeca. Quería pedir y aunque no sabía qué mantuvo el brazo en alto mientras miraba a la madre de Romi. La mujer buscaba algo en la cartera, en cada uno de los innumerables bolsillitos de la cartera, sin encontrarlo. Rubio le preguntó si necesitaba un pañuelo. Inmediatamente se pusieron todos a buscar sus propios pañuelos aunque la mujer decía que no, que buscaba el celular.

—Lo tengo yo —dijo su esposo.

Se lo alcanzó. La mujer discó un número y se levantó de la mesa para hablar a solas.

—¿Qué pasa con este mozo? —dijo Rubio—. ¿No ve que hay gente o le pica el culo?

—Qué rara esta música ¿no? —dijo Bacman—. Yo venía oyendo en la radio del auto...

—Yo también —interrumpió la madre de Pau.

—¿Tango? —dijo Bacman.

Ninguno de los dos sabía de qué hablaba el otro.

—Decían —dijo la madre de Pau— que los rehenes no son cincuenta, que son cuarenta y dos. Sin contar a nuestros chicos, claro.

—Ah, sí —dijo Bacman—, siempre se exagera un poco. Ahora...

—¿Usted oyó lo mismo?

—No, yo venía oyendo unos tangos, y de golpe esta música tan...

—¿Qué es lo que está sonando, Diego? —dijo el padre de Pau.

—¿En qué sentido?

—La música.

—¿Qué tiene?

—¿Qué es?

—Ni idea —dijo Diego y volvió a mirar afuera.

Rubio, sin bajar el brazo, se llevó a la boca los dedos índice y pulgar de la otra mano y emitió un chiflido que hizo tintinear las botellas de la vitrina.

El dueño del restaurante se dio vuelta y lo miró.

—Sí, a vos te digo —le dijo Rubio en voz muy alta, casi gritando—. Traeme una ginebra. Y si bajo el brazo y todavía no viniste saco la pistola y te baleo un ojo. Doble y sin hielo. ¿Ustedes toman algo?

—Café —dijo Julio Bacman.

—¿Usted, señora?

—Café también —dijo la madre de Robin.

—¿Ustedes? —insistió Rubio.

Los demás negaron con la cabeza. Nadie quería nada. La mención de la pistola había pasado como un chiste para todos menos para el dueño, que trajo en una bandeja un vaso, una botella, hielo, servilletas de papel y hasta un platito con aceitunas. Rubio bebió la mitad de un vaso con la mente en blanco. La otra mitad la bebió asintiendo, aunque no sabía a qué. No se toleraban. Nadie toleraba a nadie: se veían unos a otros exactamente como habían sido descritos por sus hijos, con la misma carga de desprecio que ellos.

En determinado momento entró al restaurante un grupo bastante nutrido de hombres y mujeres. La madre de Romi, que volvía de hacer otro llamado a solas, dijo que eran familiares de los rehenes, de los técnicos y productores del canal. Estaban ojerosos y desaliñados y vacilaban entre la barra y las mesas como si los hubieran arrancado de sus camas y depositado en un planeta nuevo. Unos minutos después ya hablaban todos animadamente. El tono de las voces era de enojo, de intriga, de desolación y de miedo. De tanto en tanto se oía el comienzo de un llanto, el final de una risa.

Rubio se levantó y atravesó el salón con paso tambaleante, como si no terminara de encajar el cuerpo sobre las piernas. Salió. Se paró en la esquina. A su izquierda, a dos cuadras de distancia, la muchedumbre se agolpaba contra el cordón policial. Tres cuadras más allá estaban su hijo y los terroristas. Miró a la derecha. Cuanto más lejos miraba, más normal era el ritmo de la ciudad. Miró de nuevo a la izquierda, y entonces vio a decenas de personas que avanzaban en dirección a él a paso rápido, algunos incluso corriendo. Era una desbandada. Pensó que un grupo de elite se preparaba para tomar el canal.

Un joven con una vieja remera de Kiss se lo llevó por delante. El joven rebotó, corrigió el rumbo y siguió corriendo. Algunos entraban a sus casas en esa cuadra, otros doblaban en las esquinas y otros avanzaban en línea recta.

Rubio tomó de un brazo a un hombre con un chico sentado sobre los hombros.

—¿Qué pasó? —le dijo.

—Hay que verlo —dijo el hombre soltándose y apurando el paso.

«¿Qué es lo que hay que ver?», pensó Rubio.

Un grupo de diez o doce personas se había agolpado contra la ventana del restaurante. Trataban de ver algo adentro. Hablaban todos al mismo tiempo, ansiosos.

—No hay, no hay —decía uno de ellos.

—¿Cómo que no hay? Yo vengo todos los días y siempre está prendido —dijo otro—. A ver, hacete a un lado, dame lugar.

—¿Se lo coge nomás? —dijo alguien.

A Rubio se le fue el alma al piso.

Sintió que estaba a punto de desmayarse. Tenía hambre. Dejó de tener hambre. La cabeza le daba vueltas, las piernas le temblaban. Giró sobre los talones, giró más rápido que su cabeza y vio a su alrededor un montón de tiendas de ropa y de pequeños negocios de decoración con nombres como *Kaskote*, *Complot*, *Divague's*. Su *snack* se había llamado *Scandal* antes de que él lo rebautizara *Ocean*. Eran nombres hermosos, muy bien elegidos.

Los alrededores del canal habían quedado casi desiertos. ¿Era eso lo que todo el mundo quería ver, entonces? Caminó lentamente hasta el cordón policial, pero evitó acercarse a los curiosos que aún revoloteaban por ahí: no quería oír lo que decían, no quería que nadie le confirmara nada.

Algo horrible sucedía en ese mismo momento, y la gente que unos minutos atrás pasó corriendo a su lado ahora lo miraba en televisión. Rubio cerró los ojos, apretó los párpados con fuerza. «A ellos tendría que tirarles», pensó. «¿Quieren realidad?», les gritaría, apuntándoles. «¿Quieren un poco de realidad?», y empezaría a disparar.

Abrió los ojos. El viento (el aliento del espíritu de los años setenta) sacudía un toldo en el que podía leerse *Scombro*. Un vasito de plástico volaba a ras del suelo, geométricamente, como una mosca. Rubio notó que nada tenía sonido, hasta que oyó los golpecitos del plástico en el asfalto. Y de pronto la gente empezó a volver. «¿Quieren espiar? Bueno, ahora van a tener un agujero más por donde ver.» La gente que salía de sus casas se unía a los que reaparecían por la esquina y avanzaban todos juntos hacia las vallas. Venían de a dos, o en grupos de tres y de cuatro, comentando lo que acababan de ver. Rubio enterró las manos en los bolsillos y se puso en movimiento.

Caminó a contracorriente, angostándose para no rozar a nadie.

No sentía el cuerpo; lo único que sentía era el arma en la cintura, como si ella lo llevara a él. «Tranquilo», se dijo. Era lo mismo que decirle «volvamos» a un astronauta lanzado hacia Marte.

Alguien le apuntó con una cámara de vídeo. Rubio siguió caminando sin dejar de mirarla. Cuando la cámara quedó quieta supo que había llegado. Alzó la vista: el restaurante se llamaba *Summun*. Puso una garra en el picaporte y entró. Cruzó el salón de lado a lado, hasta la mesa del fondo, donde estaban los otros padres. Se sentó. «¿Qué estoy haciendo acá?», se dijo. Ni siquiera había terminado de acomodarse. «¿Qué estoy haciendo acá?» En el tiempo que le llevó decirlo se levantó y volvió a salir. No iba a ninguna parte, pero iba.

—¿Qué es ese ruido de helicóptero? —le preguntó Pau a Gran Hermano.

—Un helicóptero —dijo Mario Lago.

Un momento después, en el jardín, Pau le contó a Romi, las dos acostadas en unas reposeras al sol, que Gran Hermano le había dicho que el helicóptero sobrevolaba permanentemente la casa porque había un incendio grande a unas cuabras de allí. No tenían nada de qué preocuparse. El helicóptero llevaba cargas de agua que soltaba sobre el lugar del incendio, dijo Mario Lago haciéndole honor a su nombre: mar, río, lago.

Romi se puso de costado en la reposera.

—Mirá si nos quemamos —dijo.

—¿Te imaginás? —dijo Pau.

—Igual, más quemadas de lo que estamos... —dijo Romi.

Y las dos se rieron. Una se refería al prestigio y la otra al sol, pero igual se rieron. Lo mismo en cuanto al silencio que siguió a la risa: una quedó con la mente en blanco, y la otra pensando en nada.

—Te juro que anoche fue la primera vez que la pasé bien, bien, bien —dijo Romi después de un rato—. Parece como si de golpe se hubiera aflojado todo ¿no?

—¿Viste? Un día de libertad.

—Igual, nena, yo, me parece, la verdad, entre nosotras, te digo...

Largo silencio.

—¿Qué?

—No sé, nada, no me hagas caso —dijo Romi.

Volvió a apoyar la espalda en la reposera, mordisqueándose una uña.

—¿Cómo nos irá después? Afuera, digo —dijo.

—¿En qué sentido?

—La vida. ¿Te imaginás?

—Uh —dijo Pau.

No tenía fuerzas ni para agitar la mano, pero se notó que ése era el gesto que tenía en la cabeza cuando dijo «uh».

Se miraron.

«¿Seremos las mismas?» decía la mirada de Romi. «No, boluda, ojalá que no», decía la mirada de Pau. «A mí eso me asusta», dijo la mirada de Romi. La mirada de Pau hizo una pausa. La mirada de Romi dijo: «Yo supongo que ya debemos ser bastante famosas ¿no? ¿Pero y mirá si salimos y nos dicen que al programa no lo vio nadie?». Ahí las miradas se apartaron.

Pau y Romi enderezaron las cabezas y apuntaron los ojos al cielo.

—Me da curiosidad —dijo Gaby un rato después.

—Sí, a mí también —dijo Pau.

—Ahí va de nuevo el helicóptero... —dijo Gaby.

«Ojalá que sea bien lejos», pensó Romi refiriéndose al incendio. «¿Dónde mierda pondrán el agua?», pensó Gaby. «¿Cómo harán para meterle agua a un helicóptero?»

¿No se mojan los motores?»

—Me hace acordar al tema de una película el helicóptero —dijo Pau—. ¿Cómo se llamaba la película esa, te acordás?

Gaby negó con la cabeza y comentó, creyendo que no cambiaba de tema:

—Antes de entrar acá vi en la tele un documental sobre unos perros salvajes, no sabés la impresión que me daba mi perro después. No lo podía ni mirar.

—¿Sabés que yo una vez tuve un perro que le tenía miedo a los gatos? —dijo Romi—. Era un salchicha. Veía un gato y se ponía mal, no sabés la vergüenza que me hacía pasar. ¿Y qué hizo tu hermano cuando tu viejo lo denunció?

—Nada, pobre, qué va a hacer —dijo Gaby—. Igual eso fue hace tanto que... — Y se incorporó en la reposera, apoyándose sobre un codo—. ¿Cigarrillos tenés?

—No —dijo Romi—. Te juro que estaba pensando en lo mismo.

Gaby se dejó caer de espaldas con un gesto de fastidio.

—¿Vas vos? —le dijo Romi.

—Sabía que me ibas a pedir eso —dijo Gaby.

—Te prometo que la próxima voy yo —dijo Romi.

Ommar dio un golpe con la mano abierta en la consola del control:

—¿¡Pero de qué están hablando!?! —dijo.

Amhed Sayyaf tenía los ojos más grandes que la boca. Estaba sentado en una silla contra la pared y lo miraba todo sin decir nada. Vestía una camisa celeste, lisa, y un pantalón pinzado color marfil, con zapatos marrones, sin medias.

Apenas un par de horas atrás dormía abrazado a una prostituta dominicana que roncaba como un hombre, y aun así no la soltaba. Había comido, había bebido, había hecho el amor y, antes de quedarse dormido, se había dicho que el destino es algo que se escribe a medida que se lee, como una novela. Leyó que comía pollo al horno, que tomaba dos copas de vino, que se metía en la cama, que encendía el televisor, que trataba de interesarse por una película premiada en Berlín, que apagaba la luz, que volvía a encenderla, que bebía un *whisky*, que llamaba a una prostituta, que hacía el amor y que, antes de quedarse dormido, repasaba la vida horrible que había tenido.

Extremista, periodista, luego converso, luego delator, luego testigo de identidad protegida y ahora objeto y prenda de negociación. Realmente, no había nada de qué jactarse. Ni siquiera tenía un padre, un hijo, un hermano, un amigo, nada. Si el Todopoderoso le ofreciera nacer de nuevo le diría que no, que mejor lo olvidara. Se mantenía con vida en base a un cóctel simple de ansiolíticos, policía y fe. Jirones de fe. Ahora era católico, pero también hipertenso. Lo único que había mejorado en relación a su vida anterior era la ropa y la comida. Todo lo demás era gasto, incluida la información: ya no tenía nada que decir. Así que no le extrañaba que quisieran doparlo y arrojarlo de cabeza en el canal.

Su presente era un amasijo de paradojas. No tenía identidad, pero todos pedían por él; no existía, pero el corazón le latía con fuerza; su vida no valía nada, pero podía pagar la vida de cincuenta rehenes.

El Sr. Rayado se paró en silencio frente a él y durante un largo minuto se dejó leer la mente: la intención del Gobierno era resolver el asunto lo antes posible, es decir entregarles a Sayyaf a cambio de que ningún rehén saliera herido y de que la oficina de prensa de la organización a la que pertenecían los terroristas —fuese cual fuese— no abriera la boca.

«¿Pueden ser tan ladinos?», se dijo Sayyaf. «Sí, pueden, todavía están a tiempo. Será un éxito indignante para ambos bandos.»

Lo que Sayyaf ignoraba era que el miembro de la comunidad musulmana local que los servicios secretos habían traído para que tradujera las conversaciones de los terroristas se había enterado de cuál era la demanda y no estaba dispuesto a dejarla pasar. Nadie entregaría a Sayyaf. No podía permitirlo de ninguna manera. Sayyaf luchaba contra el extremismo internacional. Alguien le dijo que Sayyaf era un converso. Se hizo un silencio. Alguien más intervino:

—¿Pero no ven que el caso está en el aire? No importa si éste —dijo estirando un brazo hacia Sayyaf— es converso, traidor o bailarín. No podemos entregarlo porque todo el mundo se enteró de que lo piden *a él*. ¡Caramba, muchachos, me extraña, no se puede entregar a un ciudadano así nomás!

El Sr. Rayado caminó las tres cuadras que lo separaban del departamento del quinto piso fingiendo silbar. Hizo cien metros con las manos en los bolsillos del pantalón, cien con las manos en los bolsillos del saco y cien con las manos enlazadas en la espalda: empezaba a ponerse nervioso.

Usó el ascensor y no se miró al espejo, pero entró al departamento como un galán. Frunció la nariz, sacudió el humo que llenaba el lugar y fue al encuentro de Pérsico.

—Recién hablaron —le dijo Pérsico.

—¿Quiénes? —dijo el Sr. Rayado haciéndose el tonto.

—Ellos —dijo Pérsico—. Yo me limité a escuchar.

—Entiendo.

—Nos dan una hora para traerles noticias de Sayyaf.

—¿Y para traerlo a él?

—No, ahí todavía no llegamos.

—Bien —dijo el Sr. Rayado mirando la hora—. ¿Hay café?

—Sí, en la cocina —dijo Pérsico—. ¡Hunter! —llamó—. Un café —le dijo señalando al Sr. Rayado—. Permiso...

Pérsico volvió a su puesto. El Sr. Rayado se acercó al intérprete musulmán, que en ese momento consultaba una agenda electrónica con nerviosismo.

—¿Dijeron algo? —le preguntó.

—Nada. O no funcionan los micrófonos o no hablan —dijo el intérprete. Cerró la agenda, haciéndola sonar como una almeja, y agregó—: Yo diría que no hablan, porque los pedos se escuchan con toda claridad.

El Sr. Rayado se sonrió, achinó los ojos y echó la cabeza hacia delante aprobando el comentario. Después dijo:

—Vamos a llamarlos, a ver qué pasa.

—Ok —dijo el intérprete musulmán, y se calzó los auriculares.

El Sr. Rayado le agradeció a Hunter el café y dio tres pasos en dirección a Pérsico.

—Ahora no —le dijo apartando de su camino con un brazo a un hombre que se le acercaba con un interrogante en la mirada.

Dio tres pasos más y se paró a espaldas de Pérsico.

—Llámelos —le dijo.

Pérsico se dio vuelta y lo miró. Ya tenía los auriculares puestos, pero se los acomodó con hábiles toques de los dedos, sin quitarle la vista de encima al Sr. Rayado, como diciéndole algo que ni él mismo entendió. El Sr. Rayado lo interpretó a su manera: «¿Y qué les digo, que llamo para ver cómo están?», decía.

—Dícales que lo tenemos —dijo el Sr. Rayado.

Pérsico asintió lentamente, pensativo. Estaba seguro de que tenía que preguntar algo más, y sabía qué: «¿Y entonces?». Pero era una pregunta tan obvia que le dio vergüenza, así que apretó las mandíbulas, giró hacia el teléfono y levantó el auricular.

—Usted sabe cómo seguir ¿no? —dijo, sugerente, el Sr. Rayado.

—Quédese tranquilo —le dijo Pérsico—. Ahora lo importante es empezar a hablar.

—Exacto —dijo el Sr. Rayado.

—El único problema, si me permite, para mí —dijo Pérsico deshaciéndose en gestos de sumisión, detrás de los que el Sr. Rayado (paranoico realista) vio el brillo de un puñal dirigido en cámara lenta hacia su pecho—, es que arrancamos pagando un precio demasiado alto: les decimos que tenemos lo que piden nada más que para hablar un rato.

—Es verdad... —dijo el Sr. Rayado.

Se llevó un dedo a los labios, pensó un momento y después, con un cantito de colegial insistente, dijo:

—Llámelos igual, hágame caso.

Llamó.

—Espere un momento —le dijo Zenith al otro lado de la línea.

Salió de la oficina y fue en busca de Ajaj. Lo encontró en el pasillo perimetral, en compañía de Ommar. Los dos miraban a Robin a través de una ventana. Ajaj vio llegar a Zenith y le hizo un gesto con la mano pidiéndole que espere un minuto.

Robin estaba sentado en el borde de la piletta. Escribía algo en un papel que apoyaba sobre una rodilla. A su lado, en el suelo, había una botella de agua mineral. Robin terminó de escribir, enrolló el papel, lo metió en la botella, la tapó y la arrojó a la piletta. Después se quedó ahí parado mirando la botella: flotaba como una basura, más que como un mensaje.

—¿Te das cuenta? —le dijo Ommar a Ajaj—. Yo ahora mando esta imagen al aire y en el acto tengo a millones de personas en todo el mundo preguntándose qué escribió este idiota en el papel.

Ajaj no dijo nada. Giró hacia Zenith y le preguntó qué pasaba.

—Tienen a Sayyaf —le dijo Zenith.

A Ajaj se le encendieron los ojos.

—Vamos —dijo.

Y abandonó el pasillo a paso rápido, con Zenith detrás como una sombra.

Ommar apoyó la nariz en la ventana. Estaba intrigado y la intriga le daba rabia. Fue hasta el control y le dio un golpe en la nuca a Mario Lago. «Quiero hablar con la novia de Batman», le dijo.

Un momento después Robin entró al Confesionario. Gran Hermano le preguntó qué había escrito. «¿Qué escribí dónde?», dijo Robin. «En la botella», dijo Gran Hermano. «En el papelito que metiste en la botella.» Robin dijo que no se acordaba. Gran Hermano le ordenó que fuera a buscar la botella. Robin obedeció. La botella estaba en el centro de la piletta, así que Robin tuvo que mojarse. Volvió un minuto después. Destapó la botella y trató de sacar el papelito sacudiéndola, pero no había caso. El papelito se había desplegado y no pasaba por el pico. Intentó alcanzarlo con los dedos. Gran Hermano le pidió que hiciera memoria. ¿Qué había escrito? «Vamos,

Robin, somos grandes», le dijo. En ese momento se abrió la puerta y entró Chaco. Se hizo un silencio. Gran Hermano le dijo a Robin que se fuera. Robin dejó la botella en el suelo y salió. Chaco ocupó su lugar.

—Quiero irme —dijo con lágrimas en los ojos.

—¿De dónde?

—De acá, de la casa, no aguanto más, abandono.

—¿Ves esa botella? —le dijo Gran Hermano después de una pausa—. Andá a la cocina, agarrá un cuchillo, traerlo, cortá la botella en dos, sacá el papel que hay adentro, leelo y te vas.

Chaco vaciló. ¿No iban a pedirle que se quedara? Miró la botella, se levantó y salió. Volvió con un cuchillo, despanzurró la botella, sacó el papel.

—¿Qué dice? —le preguntó Gran Hermano.

—No sé, no se entiende nada —dijo Chaco—. Está mojado, está borroneado...

—Esto no le sirve a la causa, Ommar —susurró alguien en pashtún a su espalda.

—Bueno, ya está, ahora quiero irme —dijo Chaco.

—¿Qué le digo? —preguntó Mario Lago.

—¡Por favor, cállense, cállense todos de una buena vez! —dijo Ommar, alterado.

Pensó un minuto. Algo tenía que hacer. Salió y fue en busca de Sailab. Avanzó por los pasillos dando pasos de un metro. Sailab lo vio venir y supo que algo no andaba bien. Ommar no se detuvo a su lado, le hizo un gesto con la mano indicándole que lo siguiera y los dos entraron al bar.

—¡La droga! —gritó Ommar.

Casi todos los rehenes estaban sentados en el suelo; unos pocos se habían acostado sobre sus sacos y camperas. El olor era nauseabundo.

—¡La droga!

Los rehenes se incorporaron lentamente, atónitos, mirándose. Ommar golpeó en el pecho con la mano abierta a un hombre de chomba rosa que trastabilló y retrocedió chirriando, abrazado a una banqueta.

—¡Vamos, la droga! ¡El que me da la droga queda en libertad!

Se hizo un silencio.

Aunque no podían saberlo, los rehenes palparon en el aire que ningún terrorista había hablado tanto con nadie como con ellos, y éste lo hacía con toda claridad. Quería la droga y punto. No, punto no, además prometía liberar al que le diera lo que pedía. El problema, increíblemente, no era tanto regalarle la droga a un terrorista como hacerlo delante de los demás (un instante en que el pudor fue más fuerte que el terror). Empezaron a mirarse de reojo, sin saber muy bien qué hacer. Alguien acomodó el peso del cuerpo sobre un pie y después sobre el otro, alguien carraspeó.

Eran capaces de vacilar eternamente, pero no de pasar al otro mundo sin haber resuelto la cuestión. Así que cuando Ommar le apoyó el arma entre ceja y ceja al que tenía más cerca empezaron a revisar los bolsillos. Uno sacó de la billetera un cigarrillo de marihuana, otro un papel con cocaína.

La cocaína contagió más que la marihuana. Una mujer de pelo plateado, un flaquito sin labios, una chica altísima vestida de negro, todos sacaron enseguida sus papelitos empolvados. Pusieron la droga en la palma de la mano de Ommar y dieron un paso atrás agachando humildemente la cabeza, como si en verdad hubieran querido cumplir. El resto quedó un poco adelantado; aun así, daban la impresión de no tener drogas, no la de que les importara un bledo la libertad.

Ommar se miró la mano y frunció el ceño. Eso bastó para que empezaran a rascarse los bolsillos a toda velocidad, con la esperanza de encontrar algo que les salvara la vida. Enseguida llovieron sobre la mano de Ommar cajas de Rohypnol, de Anafranil, de Tylenol, y hasta un blíster de Viagra.

Pero la cosecha no dio los frutos que podía dar hasta que intervino Huguito.

—Un momento —dijo.

Acababa de despertarse. Se había dormido un par de horas atrás debajo de una mesa. Los gritos de Ommar lo habían despertado, pero (olfateando el peligro) fingió seguir dormido. Ese recurso, de efectividad probada por los adultos más que por los niños, le permitió escuchar los principales pasajes de la conversación, que se reducían a un brevísimo y enérgico pedido de drogas a cambio de libertad, sin etcétera que valga.

Para Huguito fue un dilema, porque él era el dealer del canal. Hubiera preferido ser el responsable de una de las áreas de producción (de hecho, su rol de productor no dejaba de ser una coartada, aunque metía bocadillos cada vez más y más acertados sobre qué hacer y no hacer en ciertos programas), pero la verdad es que era el dealer, y eso era algo de lo que no podía escapar. Tenía que hacerse cargo. Después de todo, nadie diría de él que era un delator si la droga los sacaba de allí. Abrió los ojos, levantó una mano y dijo:

—Un momento.

Y señaló a una maquilladora.

—Gladys, vos —le dijo—. Dáselo, yo mañana te doy otro. Haceme caso.

Gladys tragó saliva, metió tres dedos en la cartera, sacó un tubito de Redoxon, lo destapó, volcó el contenido sobre la mano de Ommar (una bolillita de cocaína prensada en aluminio) y retrocedió diciendo que ella nunca se había drogado, que la había comprado por curiosidad y que ésta hubiera sido su primera vez, si la dejaban.

—Aldo —dijo Huguito mirando de reojo a un hombre de cazadora.

La cazadora tenía una decena de bolsillos, pero la mano de Aldo fue sin dudar hacia el único bolsillo cerrado. Descorrió el cierre, extrajo un papel y lo dejó en la mano de Ommar.

Después Huguito se inclinó hacia un costado y clavó la vista en un tipo de aspecto tan dócil y formal que hasta se oyó un murmullo de sorpresa. Eso fue suficiente. El tipo se adelantó y depositó su dosis en la mano de Ommar sin que hubiera hecho falta que Huguito lo llamara por su nombre.

—¿Alguien más? —le dijo Ommar a Huguito.

—Creo que no, mi general —dijo Huguito mirando a izquierda y a derecha en busca de alguien más a quien salvar.

Ommar pasó un brazo por los hombros de Huguito y se lo llevó aparte.

—¿Esto alcanzará para hacer una torta? —le dijo mostrándole lo recaudado.

—Depende —dijo Huguito haciéndose el interesante.

—Depende de qué —dijo Ommar.

—Depende de cuántos vayan a comer. ¿Usted para cuántos la quiere? Porque si es para uno pum. Pero más de uno ya no le aseguro nada. ¡Sí! —dijo de pronto—. ¡Falto yo! ¡No me pregunté si tenía algo yo!

Fue hasta el fondo del bar, metió la mano en el bolsillo de una campera de nylon y volvió con una piedra de marihuana.

—Ahora sí —dijo—. Con esto se puede hacer una torta de aquellas.

Ommar le preguntó quién podía cocinarla. Huguito señaló a un hombre con el pelo más largo que los brazos y lo llamó por su apellido, Galperín. El hombre salió de atrás de la barra y se abrió paso hacia ellos pidiendo permiso en voz baja, muy baja, como si en el reverso de los pedidos de permiso estuviera también pidiendo auxilio.

—Galperín —le dijo Huguito—, tenemos que hacer una torta, una buena torta para... ¿Para quién es la torta, mi general?

—Eso no importa —dijo Ommar.

—¿No importa? Comé caca con torta —dijo Huguito y se rió a carcajadas hasta que Ommar lo tocó en un hombro con la pistola. Entonces volvió a ponerse serio—. ¿Podés, Galperín? —Giró hacia Ommar—: ¿Hay que meterle toda esta belleza a la torta, mi general —le preguntó guiñando un ojo y apuntándole a las drogas con un dedo—, o me equivoco?

Media hora después Galperín dejó en las manos de Ommar un cilindro de huevo, harina, marihuana, cocaína y psicotrópicos y le dijo en tono de recomendación, una recomendación que apuntaba a la propia seguridad, porque creía que la torta era para ellos, los terroristas:

—Ojo, porciones chicas —con voz grave.

Ommar llevó la torta al control. Roswaig y Mario Lago lo vieron entrar y se estremecieron. En un solo día habían visto dos de las cosas que uno cree que nunca en la vida va a ver: un terrorista, y un terrorista con una torta en la mano. Introdujeron la torta en la casa y convocaron a los chicos al Confesionario.

Mario Lago les dijo que era su cumpleaños y que había querido convidarlos con algo. Trató inútilmente de detenerlos cuando empezaron a cantar. Pau, después, le preguntó cuántos años cumplía, y Gran Hermano le dijo que cumplía seis. Y era verdad: ésta era la sexta edición del programa. Los chicos festejaron la ocurrencia.

—En sesenta segundos voy a levantar una copa y espero que me acompañen —les dijo Gran Hermano—, aunque sea con una porción.

Los chicos se reunieron en el jardín. Romi cortó cinco porciones que Chaco distribuyó entre los otros (a Robin le dio la última) y se pusieron a comer. Fueron tres

bocados para cada uno, que regaron con gaseosa y comentarios a media voz. Después quedaron callados. Algo hacía estragos en un sendero de hormigas.

—¿Tenía nuez? —dijo Gaby golpeándose el paladar con la lengua.

Chaco fue el primero en ver las hormigas. Pau se arrodilló en el suelo para mirarlas de cerca y dijo que ésa era la primera vez que veía insectos en la casa. Romi alzó del suelo un pedacito de torta al que se habían prendido una decena de hormigas y Gaby arrimó la cara y le dijo que lo suelte, que la iban a picar. Romi hizo lo que Gaby le decía y se arrodilló al lado de Pau, que tenía la frente casi a ras del suelo y la cola en alto, igual que Chaco y ahora también que Gaby. El único que se mantenía sentado en su silla era Robin. Miraba al frente, sin parpadear, apretando el extremo de los apoyabrazos con las manos, como un astronauta a punto de salir disparado hacia el espacio.

—¡Viene la reina, viene la reina! —dijo Chaco señalando con un palito a una hormiga alada que se abría paso a contramano en dirección a la miga.

—No, no es la reina —le dijo Romi—, los machos también tienen alas. Ahí viene otro ¿ves? Qué hambre que tienen...

—¡Dos reinas! —dijo Chaco en un susurro maravillado.

—¿Viste que no se la llevan? —dijo Pau señalando la miga con el mentón—. Se la comen acá nomás.

—Nunca había estudiado así a las hormigas —dijo Gaby—. Se las ve tan despelotadas...

—A mí de chica —dijo Romi reflatando su fase torturadora— me encantaba meterle una patada al hormiguero. Hormiguero que veía, patada que daba —hizo un silencio—. Qué loco, ¿sabían que un hormiguero ataca a otro hormiguero y el hormiguero que gana la batalla se lleva a los perdedores a trabajar de esclavos? ¡Mirá, mirá, una roja! ¿Ven lo que digo? ¡Hasta los esclavos vienen a comer!

—Boludo, te juro que es la primera vez que miro el pasto así de cerca —dijo Pau luchando por mantener el pelo detrás de las orejas—, no sabía que había tantos puentes y abismos y pasadizos secretos...

—Lo fácil que debe ser perderse ahí —murmuró Romi.

—Si no sos hormiga... —dijo Gaby.

—¿Te imaginás qué feo que alguien te reduzca y te tire de cabeza al pasto? —dijo Chaco.

—Pasó, eso pasó —dijo Gaby—, se hizo una película con eso... no me acuerdo cómo se llamaba...

—*Apocalypsis now* —dijo Chaco.

—No, boludo, esa era *Querida, encogí a los niños* —dijo Romi.

—¿Sí? —preguntó Chaco—. ¿*Apocalypsis now* era *Querida, encogí a los niños*? Nadie dijo ni que sí ni que no.

—Trabajaba Travolta —dijo Gaby después de hacer memoria.

—Sí, Travolta y Marlon Brando, flor de elenco —dijo Chaco—. ¡Más reinas, miren!

—Se ve que se vuelven locas por la vainilla...

—Y por las cáscaras de naranja. A las naranjas le clavan la pinza y se quedan ahí prendidas, quietas, como en ácido —dijo Gaby riéndose.

—Qué raro —dijo Chaco—, me quiero parar y no puedo...

—Tenés una reina en la nariz —le dijo Pau.

Romi la agarró con la punta de los dedos y le arrancó las alitas:

—Vas a aprender a no picar a la gente —le dijo, y le cortó la cabeza con las uñas.

Enseguida se puso pálida. Enderezó lentamente la espalda y quedó inmóvil con la mirada perdida. Gaby le preguntó qué le pasaba.

—La escuché gritar —dijo Romi refiriéndose a la hormiga ajusticiada—, debe haber sido un grito tremendo para que lo escuche yo.

Y de pronto un centenar de hormigas aladas empezó a volar. Gaby, Romi y Pau se levantaron apantallando el aire, tropezando y apoyándose unas en otras.

Robin ya no estaba en su reposera. Ommar, Roswaig y Mario Lago lo seguían por los monitores del control central: caminaba rápido por los distintos ambientes de la casa, pasando de un monitor a otro a la velocidad del rayo. Ommar y los otros lo observaban con la cara seria, acariciándose las mandíbulas. Estaban tan concentrados, tan unidos por la tensión de la nada, que movían brevemente las cabezas a un lado y a otro y no parecían productores y terroristas observando un éxito sino peritos frente a un óleo de Rubens o de Velázquez.

Cuando Robin por fin se detuvo (una mano apoyada en la mesa de la cocina, la otra en la cintura y la vista fija en el piso, agitado y pensativo) miraron de nuevo el monitor del jardín: Chaco seguía paralizado, de rodillas, pidiendo ayuda a los gritos, con la cara cubierta de reinas.

«Un momento verdaderamente mágico», pensó Ommar mirando a los chicos. Y al mismo tiempo se dijo cuánto le hubiera gustado no conocerlos nunca. El odio que le inspiraban lo debilitaba. No era el hambre, ni el sueño, ni los nervios; estaba muy bien entrenado para resistir esa clase de cosas. Su vida entera no había sido más que hambre, nervios y sueño. Empezaba a sentir que él lo hacía mejor.

Sí, también sentía que el programa era un arma y que él la había descubierto y que ésa no era la clase de arma que merecía empuñar, todo lo cual lo enfurecía, porque se había preparado para entregar la vida sin manipulaciones, es verdad, pero la sensación de que él lo hacía mejor se imponía a las demás. Era otro programa, por supuesto (de hecho a éste no lo había visto nunca), pero sin duda era un gran programa.

Empezaba a creer en lo que hacía. Por momentos se olvidaba de todo, dejaba la ametralladora a un lado y se ponía a pensar en la trama. De tanto en tanto, incluso, miraba de reojo a Roswaig y Mario Lago para saber cómo iba y qué opinaban. Estos momentos, en los que Ommar sentía que estaba haciendo un gran programa, eran breves y espaciados, pero muy intensos, así que lo irritaba que Roswaig y Mario Lago tuvieran siempre esa cara de culo que rajaba la tierra. Se daba cuenta de que ellos también seguían «su» programa, olvidándose de todo, y que no les gustaba. Pensaban que a un programa así no lo vería nadie. En condiciones normales, claro. Porque Roswaig y Mario Lago daban por descontado que había medio planeta mirando lo que pasaba en la Casa. Pero la situación no era normal sino extraordinaria. De modo que, aunque no dejaban de reconocerle a Ommar cierto mérito en la tarea, menospreciaban su regocijo.

Así que el momento «verdaderamente mágico» era en el fondo un momento «verdaderamente tenso», teniendo en cuenta las susceptibilidades que entraban en juego. Pero lo que a Ommar lo hería más era darse cuenta de que en toda esa idiotez había algo fascinante. Era una tortura, una vocación imprevista, arremolinada. Ni siquiera delatando a los hombres que estaban dispuestos a entregar la vida con él se imaginaba tan errado como gozando con el sentido recién descubierto de su obra.

El dilema era tan fatal que no podía más que extinguirse apenas aparecido, así que el entusiasmo de Ommar y el desprecio de Roswaig y Lago no tenían tiempo ni de hacerse conscientes, lo que era una suerte, una suerte enorme; caso contrario, ninguna realidad podría leerse como novela; y entonces sencillamente ya no tendríamos realidad. Y sin realidad ¿quién notaría que un grupo de chicos que no representan a su país, ni a su generación, ni a su cultura, ni siquiera a ellos mismos, se envilece en un país, se acobarda en una generación y asoma en una cultura que se agacha? «Lo único que necesito ahora es un poco de control», se dijo Ommar. «Tengo las cámaras en mi poder, tengo a los chicos drogados...»

Mientras tanto, Zenith y Pérsico empezaban a levantarse la voz. Las cosas habían ido más o menos bien hasta que Pérsico le dijo que Syyaf no estaba ahí; lo habían ubicado, sí, pero no lo habían traído, no lo tenían ahí con ellos. Zenith le dijo que ése

había sido el trato y Pérsico le contestó con voz firme que no habían hecho ningún trato todavía.

—Ok —dijo Zenith, harto—. Tienen una hora para traerlo.

—Seguimos sin hacer un trato —le dijo Pérsico.

Zenith hizo una pausa, alzó las cejas.

—¿Qué te pasa? —le dijo con desprecio—. ¿Estás aburrido y tenés ganas de charlar?

Pérsico miró al Sr. Rayado, que asintió con la cabeza.

—Ustedes nos dan a Sayyaf y nosotros les damos a los rehenes —siguió Zenith—. ¿Hasta ahí vamos bien? ¿Holá?

—Sí.

—¿Entendés lo que digo o querés que te lo diga de nuevo?

—No, no hace falta, eso estuvo siempre claro. Lo que yo te digo es otra cosa. Digo que vos tenés que darme algo a mí también.

—¿Me estás cargando? —dijo Zenith—. ¡Te doy los rehenes!

—Los rehenes ya eran nuestros —dijo Pérsico—. Dame algo nuevo.

Zenith cruzó unas palabras en pashtún con Ajaj. Pérsico y el Sr. Rayado giraron hacia el intérprete musulmán.

—Dice que «no tiene lógica» —tradujo el intérprete.

Zenith apretó los labios contra el auricular:

—¿Y qué pretendés, que te demos a uno de los nuestros? —dijo.

Pérsico festejó la ironía con una sonrisa microscópica.

—No me dijiste quiénes son. Eso para mí ya sería algo.

—Somos veinte. ¿Contento? —dijo Zenith. Estaba tan tenso que la piel de su cara parecía a punto de cortarse.

—No, *cuántos* son no. *Quiénes, quiénes*. Necesito saber con quién hablo. ¿Es Al-Qaeda, quién es?

—De eso ya te vas a enterar.

—¿Te das cuenta? ¡No me das nada!

—¿Y vos qué me das a mí?

—Hasta ahora nadie le dio nada a nadie —dijo Pérsico—, por eso estamos acá hablando, para ver qué nos damos. Tenemos que quedar los dos más o menos contentos, si no...

—¿Vos decís que si yo te digo quiénes somos me lo entregás a Sayyaf? —dijo Zenith con un cantito burlón.

—No, bueno —dijo Pérsico—, eso de mínima.

—Ustedes no están en condiciones de exigir nada —dijo Zenith después de consultar a Ajaj—. No tienen alternativa. Ni siquiera tienen tiempo. Nosotros tenemos los rehenes, el programa y los explosivos y les damos una hora para que nos entreguen a Sayyaf. No hay nada más que hablar.

—Les devolvimos la señal...

—Y nadie salió herido. Cumplimos.

—Es verdad. Pero dame una manito con los chicos aunque sea. ¿Qué falta les hace a ustedes semejante escándalo? Hay familias muy dolidas atrás de esos chicos, busquémosle la vuelta...

—Tomen el canal.

—¿Cómo?

—Es la única vuelta que se me ocurre: tomen el canal. Volamos todos juntos y seguimos negociando en el cielo —dijo Zenith.

Pérsico se quedó callado. Por un momento nadie dijo nada. El intérprete le dio unos golpecitos a los auriculares con un dedo, como si el silencio fuera un asunto técnico. Entonces Zenith dijo:

—Traigan a Sayyaf. Tienen sesenta minutos.

Y cortó.

¿Dónde, en qué lugar, estaban las esferas en las que se toman las decisiones más importantes, si es que se trata de esferas, y a qué altura? ¿Quién, en las más altas esferas del poder, lleva la voz cantante?, ¿quién sube o baja el pulgar?, ¿quién dice «tengo una idea», o «no hay otra salida», o «que sea lo que Dios quiera»? Nadie lo sabía y daba lo mismo. La luz del día se disipaba por entre un número infinito de puntos oscuros, como una cuestión que se resuelve sola.

Asaltar el canal o entregarles a Sayyaf, qué lejos de cualquiera de las dos opciones estaba Rubio en ese momento. Llegó a su casa en el minuto cincuenta y nueve del ultimátum terrorista, entró y se dejó caer en el sofá. En el minuto cincuenta y cinco se levantó y fue al baño. Se le había comprimido el corazón, así que tuvo que esforzarse para cerrar la puerta y para mirarse en el espejo y verse. Pensó que no era él y se dijo: «Sí, soy yo». Y se desplomó sin ruido, muerto.

Asaltar el canal o entregarles a Sayyaf... Entre esos extremos quedaba, por supuesto, la ilusión del desgaste, un recurso que se hamacaba sin entusiasmo en la cabeza de todos, y más todavía después de un ultimátum que ya era de cincuenta y tres minutos, de cincuenta y dos, de cincuenta y uno. ¿Qué podían esperar del desgaste las desgastadas familias de los chicos del programa? Lo querían todo ya, es decir: la liberación de sus hijos, sin asalto y a la vez sin demora. En el minuto cincuenta Julio Bacman llamó por teléfono a su esposa con la intención de tranquilizarla. Le dijo que estaba reunido con los padres de los otros chicos y que iba todo bien y ella le preguntó si era idiota o si se hacía. En el minuto cuarenta y nueve Julio no aguantó el llanto; la insultó entre lágrimas, cortó y volvió a la mesa. En el minuto cuarenta y ocho ya estaba arrepentido.

Asaltar el canal... Nadie estaba al tanto del ultimátum terrorista, pero sí de la posibilidad de asaltar el canal: de esa manera se resolvían esta clase de asuntos en la literatura que habían oído, en el cine que les habían dicho, en el periodismo que los entretenía y en la televisión que los había formado. La posibilidad de una masacre flotaba en el aire. De tanto en tanto había un aleteo, corría un escalofrío. Diego salió a la puerta del restaurante, miró hacia el canal, escupió y volvió a entrar. Eso fue en el minuto cuarenta y siete. Gaby le había hecho una nominación espontánea, que vale tres puntos y que había casi decidido su expulsión de la casa. La odiaba. «¿Y si esto termina mal?», se dijo. Era el temor de todos. No estaban al tanto de la existencia de Sayyaf.

En el minuto cuarenta y seis un hombre de traje azul tomó suavemente a Sayyaf de un brazo, lo hizo levantar, lo llevó a un cuarto, lo sacó (siempre del brazo) y lo llevó a otro, donde había tres esferas, una sentada y dos de pie, con las espaldas contra la pared. Después cerró la puerta. En ese mismo momento, cuando el hombre de traje azul cerró la puerta, el Sr. Rayado le ordenó a Pérsico que insista. Lo dejó y fue al encuentro del intérprete. «¿Dicen algo?», le preguntó. «Nada», dijo el intérprete. «Siguen ahí, pero callados. Y si hablaran, por otra parte, nada de lo que digan puede cambiar el rumbo de...» En el minuto cuarenta y cuatro el Sr. Rayado lo

interrumpió y le preguntó por qué. «Porque en el fondo Sayyaf no les importa, lo que quieren es convertirse en mártires», dijo el intérprete. En el minuto cuarenta y tres, lejos de allí, un especialista en terrorismo internacional le decía exactamente lo mismo a una esfera que se clavaba en las sienes las uñas esmaltadas. «Los atrae más la idea de morir que la idea de vencer», dijo. Colgando de la pared a espaldas de la esfera había un óleo de José de San Martín, ya anciano y muy buenmozo. En el minuto cuarenta y uno el óleo se desprendió y cayó ruidosamente. La esfera y el especialista, uno más supersticioso que el otro, quedaron mirándose en silencio hasta el minuto cuarenta. Entonces la esfera recibió en su celular el llamado de otra esfera, que habló hasta el minuto treinta y ocho sin que la primera esfera dijese nada aparte de «no», un único «no» rodeado de numerosas interjecciones. En el minuto treinta y siete la segunda esfera cortó y se puso a mirar hacia afuera por la ventana, pensativo. En el minuto treinta y seis se apartó, discó un número en su celular y cuando del otro lado lo atendieron transmitió con voz firme el mensaje de la primera esfera: «No».

Todo era no, pero los planes seguían ajustándose y los preparativos aceleraban su marcha. Por la terraza del edificio frente al canal asomaban tantos caños de fusiles que el edificio parecía tener flequillo. Abajo, en el minuto treinta y cinco, diez nuevos efectivos armados hasta los dientes aparecieron trotando en bloque por una esquina y desaparecieron por la otra. Los únicos lugares que permanecían «inactivos», por decirlo de alguna manera, eran el restaurante donde estaban los familiares de los chicos y el bar del canal, donde estaban los rehenes. En el minuto treinta y cuatro el padre de Pau vio un rulo de viento en la parte playa de su mente y se desvaneció. Los demás estaban tan cansados que tardaron en reaccionar. Lo acostaron en el suelo, le tomaron la presión, le palmearon las mejillas, le hicieron respirar coñac. En el minuto treinta y tres empezó a llover. Los curiosos se dispersaron en masa. En el bar, Huguito alzó un dedo hacia el techo y dijo: «¿Llueve o me parece a mí?». La lluvia sonaba como una fritura, el aire era espeso y húmedo y apenas respirable. En el minuto treinta y dos la maquilladora tuvo un ataque de nervios. Sailab entró y le ordenó que se calmara o la calmaba él, y la maquilladora se calmó. El padre de Pau volvió en sí. «¿Qué hora es?», preguntó como si importara. Su hijo lo miró con odio. Era la primera vez en años que lo miraba. La hermana de Chaco sacudió un sobrecito de azúcar durante todo el minuto treinta y uno. Se detuvo en el minuto treinta, cuando un hombre visiblemente nervioso entró al restaurante y se encaminó decidido hacia la mesa. A mitad de trayecto el hombre de pronto se detuvo, dio media vuelta y volvió a salir. «Pasa algo», murmuró Diego. Nadie dijo nada.

En el minuto veintinueve el novio de Gaby, despatarrado en un sillón frente al televisor, con el control remoto en una mano y un vaso de vidrio grueso lleno hasta el borde de ginebra, hielo y soda en la otra, apretó los dientes: Gaby se duchaba completamente desnuda. En el minuto veintiocho dejó de llover. Robin agarró la reposera, la tiró a la piletta y entró a la Casa. Fue directamente al dormitorio. Pau y Romi estaban acostadas boca arriba en el suelo. Pau dormía mientras Romi le contaba

lo que iba a hacer cuando saliera. «Voy a ser más rara que antes... Ahora que soy famosa me voy a dar el lujo de ser como soy...», decía.

Robin entró al dormitorio y empezó a quitar de la pared las fotos de sus seres queridos. En el minuto veintisiete Romi alzó la cabeza, lo miró y le preguntó qué hacía. «Tiré la reposera al agua», le dijo Robin. Se hizo un minuto de silencio. En el minuto veinticinco empezaron a reírse. No sabían por qué, pero ¿qué gracia tendría saberlo? Se rieron tanto que Pau se despertó y dijo: «¿Diego?». «¿Qué Diego?», le dijo Romi riéndose a carcajadas. «Pensé que había vuelto Diego...», dijo Pau. Nadie se reía como él, nadie la había hecho reír tanto como él, nadie se reía ni la había hecho reír tanto como él. En el minuto veinticuatro Robin se puso a clavar de nuevo las fotos en la pared. En el minuto veintitrés entró Chaco. Estaba pálido y agitado. «¡Nos drogaron!», dijo. Las risas fueron en aumento. «¿Y recién te das cuenta?», alcanzó a decirle Pau retorciéndose como un gusano sobre la alfombra. En el minuto veintidós entró Gaby. Pau la miró de arriba abajo y le dijo que desnuda y seca era más linda que desnuda y mojada y Gaby le respondió que estaba mojada pero vestida. En el minuto veintiuno Gaby se puso a llorar. Decía que le gustaría arrancarse la piel, los huesos, «todo, y dejar nada más que el alma a la vista». Ommar, en el control, puso los ojos en blanco. «¿A éstos los eligieron ustedes?», le preguntó a Roswaig en el minuto veinte. Y con un gesto despectivo de la mano le ordenó que pusiera música.

Ya que la idea era acentuar el carácter confesional y poético de la escena, Roswaig puso un disco de Rod Stewart. En el minuto diecinueve empezó a sonar *I'll stand by you*:

*Oh, why you look so sad?
Tears are in your eyes...*

En el minuto dieciocho, en una de las esferas, alguien pensó que ese tema no sólo era un clásico sino que además era un gran tema y que la voz de Rod Stewart (no tanto el grano de su voz como el universo de su grano) lo vaciaba, lo trivializaba. Y era raro, porque era una voz ideal, no ideal para ese tema en particular sino un ideal de voz: dulce, simple, jaspeada, engañosamente irregular, sugestiva (minuto diecisiete), enroscada, segura, única, agradecida, y no meramente áspera y rasposa como señalaban todos. Sí, había que reconocer que el tipo cantaba como los dioses. ¿Cómo no permitirle arruinar un tema? Otra esfera se paró a su lado frente al televisor y le pasó un brazo por los hombros. Un minuto después, en el minuto dieciséis, retiró el brazo y se alejó en silencio. En el minuto quince, aprovechando que el tema terminaba, Mario Lago pidió ir al baño. «Shh», le dijo Ommar. Mario Lago se dio cuenta de que Ommar estaba atento a lo que decían los chicos (atento a la palabra, atento al concepto, a la situación) mientras que él se había dejado guiar únicamente por la música. «Tiene que haber un alma», decía Gaby. «En alguna parte tiene que haber un alma.»

En el minuto catorce se produjeron dos vómitos simultáneos: uno en el bar del canal (la maquilladora, que insistía con la histeria) y otro a kilómetros de allí (en boca de uno de los ex participantes del programa, Cristian, que había bebido y fracasado en una fiesta y se había atrevido a decir que las llamadas del público que votaba en las nominaciones eran digitadas por la producción, sin que nadie le crea). En el minuto trece Ommar acompañó a Mario Lago al baño. En el minuto doce, uno de los terroristas que custodiaban los accesos al canal se detuvo alarmado al oír sus propios pasos en el pasillo y se dijo que sería bueno descansar un poco antes de morir.

Sandy acostó a Ignacio, el hijo de Robin, en el minuto once, y prendió el televisor. Robin desvariaba. Una mano con una gruesa alianza de oro en el dedo anular apareció por detrás de Sandy y se apoyó suavemente sobre su hombro en el minuto diez. Sandy apagó el televisor. En el minuto nueve el intérprete escuchó por fin la voz de Ajaj, pero no alcanzó a entender qué decía. Era un susurro, una frase breve, de no más de tres o cuatro palabras. Enseguida se empezó a oír el zumbido de un ventilador. En el minuto ocho Hunter acercó la cara a la pared: una hormiga solitaria corría cargando un triangulito celeste entre las pinzas. Hunter no vio ninguna flor en el lugar. ¿Cómo había llegado la hormiga hasta ahí arriba? No podía estar más perdida. En el minuto siete los curiosos que había ahuyentado el chaparrón empezaron a volver. En el minuto seis volvieron también Ommar y Mario Lago. Ajaj, que los estaba esperando, miraba a Roswaig fijamente, como un felino que ya eligió a su presa y aguarda el momento de saltar. Después se alejó por el pasillo en compañía de Ommar. Roswaig suspiró aliviado.

En el minuto cinco alguien pensó: «Era una gran mujer y yo fui un monstruo». El pensamiento atravesó las paredes, las paredes de la realidad, con la impunidad de un efecto especial. ¿Quién era el que se lamentaba así? ¿Un vecino, un policía, el familiar de uno de los chicos, un agente secreto, un fan? ¿O el lamento había sido lanzado desde muy lejos, quizá desde el otro lado del mundo? En el minuto cuatro Ommar volvió al control luego de su encuentro con Ajaj. Ocupó su lugar en una de las sillas giratorias y clavó la vista en los monitores. A Roswaig y a Mario Lago les pareció ver en sus labios una sonrisita demoníaca. En el minuto tres, insólitamente, un anciano salió de su casa frente al canal en bicicleta, con una bolsa para las compras en la mano. Un oficial de las fuerzas especiales lo agarró de un brazo y lo metió de vuelta en la casa. En el minuto dos otro oficial hizo lo mismo con la bicicleta. En el último minuto, ya de nuevo en sus puestos, uno de ellos levantó la vista al cielo y dijo: «Mirá qué luna». Y el otro asintió con un gruñido.

Al amanecer estaban todos con los nervios de punta. Nadie había pegado un ojo, excepto un par de rehenes en el bar, ganados por el agotamiento o por el optimismo. Hacía rato ya que el restaurante donde esperaban los familiares de los chicos había sido desalojado. El ultimátum había vencido dos horas atrás, tiempo más que suficiente para cerrar con un gesto de fastidio el delicado abanico de detalles del capítulo anterior, pero también para mantener a todo el mundo en pie: estaban histéricos y más vivos que nunca.

Los terroristas y el Gobierno no habían llegado a ningún acuerdo, ni siquiera habían vuelto a hablar. Unos pocos minutos después de cumplido el plazo, Pérsico y Zenith cruzaron algunas palabras («¿Holá?», «Sí, ¿lo tienen?», «No»), pero a eso no se le podía llamar conversación. Pérsico insistió. El teléfono sonó sin pausa durante una hora o más sin que nadie atendiera. Hasta que Ajaj le hizo un gesto a Zenith con el mentón. Entonces Zenith levantó el auricular. «¿Lo tienen?», volvió a decir. «Tengo una propuesta y esperá, no me cortes...», dijo Pérsico. Zenith cortó. «¡Pero estos hijos de puta no tienen ninguna capacidad de negociación!», murmuró el Sr. Rayado apretando los puños. Pérsico levantó la vista y lo miró: «¿Y qué capacidad de negociación va a tener alguien que vive en la fe?», se dijo. «Ah, si me dejaran hablar...»

Desde entonces todo se mantenía como en suspenso. Ahora las opciones eran otra vez las mismas: asaltar el canal, o esperar un movimiento terrorista (esperar a que los terroristas muevan una pieza, mejor dicho). Los grupos de elite mataban el tiempo picando en el trampolín de la masacre; estaban tan tensos que había que tener cuidado con lo que se hacía o se decía: el gesto vago de una mano podía lanzarlos en bloque hacia delante. La decisión (tácita) era, sin embargo, esperar a que los terroristas muevan una pieza, aun sabiendo que esa pieza podía ser el cadáver de un rehén. De hecho era lo que habían prometido. Si llamaban, en cambio, o si la voz de uno de ellos atendía los llamados de Pérsico, se abrirían otras posibilidades, quizá una negociación razonable, o una variante en la oferta y la demanda: Pérsico sabía qué decirles si llamaban. Pero también que si no lo hacían habría una matanza.

A Pérsico le costaba creer que las cosas se hubieran complicado hasta ese punto por culpa de una simple traducción. Sí: de no haber llevado al centro de la escena al intérprete musulmán, nadie se hubiera enterado de la existencia de Sayyaf. El Gobierno lo hubiera entregado y las cosas tendrían otro final, con los terroristas llevándose al hombre que habían venido a buscar (a cambio de que la oficina de prensa de la organización a la que pertenecían, fuera cual fuese, mantuviera cerrado el pico) y el Gobierno haciéndose cargo de un fracaso módico, fácil de absorber, que podía presentarse incluso como un éxito, teniendo en cuenta que no había muerto nadie. Pero ahí estaba el intérprete, la voz de la traducción más cara de la historia.

—¿Se da cuenta, Sayyaf? —le dijo el Sr. Rayado parándose frente a él—. Para protegerlo a usted, estamos todos acá esperando que de un momento a otro los extremistas nos tiren un cadáver por la ventana.

Sayyaf bajó la vista y asintió en silencio, aunque no dio la impresión de estar de acuerdo sino la de sentir que era innecesario que se lo diga.

—¿Y qué le parece que vamos a hacer nosotros si pasa algo así? —continuó el Sr. Rayado.

Sayyaf volvió a mirarlo.

Ahora el que asentía en silencio era el Sr. Rayado.

—¿Qué información nos dio usted para que ellos lo quieran tanto? —le preguntó.

Sayyaf despegó los labios. No iba a decir nada, pero ante una pregunta así abrir la boca era lo menos que podía hacer.

En ese momento alguien señaló el televisor con un gesto enérgico, tan enérgico que sonó como una voz, como un grito. El Sr. Rayado salió inmediatamente del dormitorio en el que habían recluido a Sayyaf y se paró a un metro de la pantalla. Los chicos estaban en el Confesionario, todavía bastante obnubilados. Gran Hermano les hablaba de un «juego». La posición de sus cuerpos dejaba entrever que hacía varios minutos que estaban allí y que lo principal ya había sido dicho. La expresión de sus caras permitía leer en ellos como en una revista abierta. De los cinco, sólo Gaby parecía divertida. Romi, Pau y Chaco estaban mudos y encogidos; sentían, bajo la luz paranoica de las drogas, que la propuesta era terrible. Robin pensaba que además de todo tenía algo «verdadero».

—Muy bien —dijo el Ministro del Interior—, ahí tenemos la movida que esp...

—¡Shh! —lo interrumpió el Sr. Rayado alzando una mano sobre su cara.

Tarde: la voz del Ministro se había superpuesto a la de Gran Hermano, tapándola. El Sr. Rayado miró al Ministro y, buscando que se sintiera culpable más que estúpido (aunque también estúpido) le preguntó:

—¿Qué dijo? —refiriéndose a Gran Hermano.

El Ministro no atinó a nada. Para colmo se había cambiado de ropa: vestía un saco de lino *beige* con una chomba amarilla y unos zapatos náuticos que acentuaban por igual su estupor y su ridiculez. Uno de sus colaboradores lo sacó del apuro:

—Dijo «esperen mi señal».

Los chicos salieron del Confesionario y fueron directamente a la cocina, donde hicieron un rápido sorteo del que Chaco resultó ganador. ¿Qué había ganado? Nadie lo sabía, pero Chaco coronó el triunfo con un gritito. Después abrió un gran cajón debajo de la mesada —el cajón que comunicaba con el exterior y por el que la producción del programa les pasaba a diario alimentos y cigarrillos—, sacó un amasijo de ropas y lo depositó sobre los brazos de Pau. Justo cuando se inclinaba sobre el cajón para buscar algo más, hubo un corte de cámara al pasillo: Gaby, Pau, Romi y Robin, en ese orden, caminaban en dirección al dormitorio.

Minutos después ya estaban los cuatro vestidos con la típica indumentaria musulmana (un conjunto en el que era imposible no advertir las deficiencias del área de utilería: el chador de las chicas era de nylon, la pañoleta de Robin era un pareo) y corrían a buscar un lugar donde esconderse. La Casa, una superficie de más de mil

metros cuadrados, no ofrecía, obviamente, casi ninguna posibilidad en ese sentido, de modo que Gaby se ocultó detrás de un sofá, Pau en el baño, Romi en el jardín, detrás de un arbusto, y Robin en el gimnasio, lugar olvidado de la Casa.

—¿Qué hacen? —dijo el Sr. Rayado.

No era una pregunta, era una exclamación, así que nadie abrió la boca, pero asintieron todos. En ese momento Ommar cortó a una de las cámaras robóticas del *living* e hizo un lento paneo hasta encontrar a Chaco, de pie junto a la mesada, inmóvil, quizá pensativo, esperando a que Gran Hermano diera comienzo al juego. El Sr. Rayado avanzó un paso, se inclinó y acercó la cara al televisor.

—¿Qué tiene ahí? —dijo.

Ommar, como si acabara de escucharlo, hizo un rápido *zoom* hacia la mano derecha de Chaco.

—Dios mío... —dijo Hunter.

Chaco tenía una 9 mm.

—¡Hay que cortar ya mismo la transmisión! —le dijo Hunter al Sr. Rayado.

—Para nada —dijo fríamente el Sr. Rayado—. Ahora tenemos que entregarles a Sayyaf: es el momento ideal, cualquiera lo va a entender.

En ese momento los teléfonos celulares, que se habían mantenido en silencio, suspendidos en el aire de la acción, empezaron a sonar. Nadie atendió; el teléfono fijo también sonaba ahora y, con su vieja campanilla oficial, se imponía a los demás. Todo el mundo giró hacia Pérsico, que estaba leyéndole la mente al Sr. Rayado. Cuando terminó levantó el auricular y dijo:

—¿Qué es todo esto?

—¿Cómo qué es todo esto? —respondió Zenith—. ¡Un juego! Le dijimos que las balas son de fogueo, así que el chico dispara, dispara creyendo que dispara una ficción, y alguien muere.

—Es una locura...

—Mirá, tomalo como quieras. Ustedes ya saben cuál es nuestra demanda. Este chico le va a disparar al primero que asome la cabeza porque cree que de ese modo lo elimina del juego, y está esperando una señal. ¿Qué hacemos? ¿Le decimos que empiece o nos entregan a Sayyaf?

Pérsico aspiró, espiró, aspiró, espiró.

—Dame un minuto... —dijo después.

—Medio —dijo Zenith—, no te olvides que estamos en el aire.

El Sr. Rayado le arrancó a Pérsico el auricular de las manos.

—Yo te digo lo que vamos a hacer —le dijo a Zenith—: desarmen al chico y les damos a Sayyaf, en ese orden.

—¿Quién habla? —preguntó Zenith.

—Ganaron —siguió diciendo el Sr. Rayado—. Paren el juego, sáquenle inmediatamente el arma al chico.

—Primero Sayyaf —dijo Zenith.

—No. Primero le sacan el arma al chico. Lo de Sayyaf está hecho. Después, si querés, seguimos conversando. Ahora desarmen a ese chico.

Zenith cruzó unas palabras con Ajaj. El intérprete, indignado con la propuesta del Sr. Rayado, tradujo de mala gana lo que oyó:

—Están de acuerdo, pero no pueden hacer eso.

—¿Cómo que no pueden? ¿No decís que están de acuerdo?

—Ellos dicen que están de acuerdo. Yo digo que *ustedes* no pueden hacer eso — explicó el intérprete.

El Sr. Rayado, harto, escribió una oración entera en el aire con la mano: con un chasquido llamó la atención de uno de sus colaboradores, con el dedo índice le señaló al intérprete, y con una seña en dirección a la puerta le ordenó que lo sacara ya mismo de allí.

El colaborador del Sr. Rayado agarró al intérprete de un brazo y lo arrastró hacia una de las habitaciones mientras el intérprete profería (sin resistirse más que de palabra) una amenaza constitucional. Sayyaf, en la habitación contigua, lo escuchó y se puso a llorar.

El Sr. Rayado volvió al teléfono:

—Holá. ¿Y?

—De acuerdo —le dijo Zenith—, vamos para adelante.

—Me alegro —dijo el Sr. Rayado—. Ahora sáquenle el arma. Sáquensela *ahora*, quiero verlo.

—Tranquilo, amigo —dijo Zenith—. Nosotros acá nos comunicamos con tracción a sangre: para dar la orden tenemos que ir hasta el control.

Uno de los terroristas ya corría escaleras abajo para decirle a Ommar que a su vez le dijera a Mario Lago que a su vez le dijera a Chaco que pusiera de nuevo la pistola en el cajón. Llegó, dijo lo que fue a decir y Ommar se lo transmitió a Mario Lago, que empezó a llamar a Chaco con un temblor en la voz; era un temblor extraño, honesto y a la vez delator.

—Chaco... Chaco, ¿me oís? Hola, Chaco... Ey, Chaco, soy yo, ¿me oís? Gran Hermano te habla, Chaco, ¿me oís? Hola, hola, Chaco, hola...

Mario Lago giró hacia Ommar, pálido:

—Dios mío, no me escucha... —dijo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Ommar.

—Se sacó el inalámbrico —dijo Roswaig.

—¿Y eso qué tiene que ver? —dijo Ommar—. ¿El inalámbrico no es para que nosotros lo escuchemos a él? ¿Por qué no contesta? ¿Qué tiene? ¿No quiere?

—Chaco, Chaco... —decía Mario Lago—. Chaco, ¿me oís?

Chaco lo oía con toda claridad, pero creía que había algún problema con el sorteo y que los productores acababan de decidir que era mejor y más conveniente que el arma la llevara Robin, motor del *rating*. ¿Se habían arrepentido, planeaban

eliminarlo? Estaba a un paso de ganar el juego. Ésta era su última oportunidad. Si no actuaba rápido, si respondía al llamado, su vida ya no cambiaría más.

Fue directamente al gimnasio.

—¡Tenemos que avisarle! —dijo Mario Lago.

Ommar lo pensó unos segundos (siglos).

—Adelante —dijo después.

—Chaco, hubo un error —dijo Mario Lago—: el arma tiene balas de verdad. Tenés que parar, Chaco, ¿me oís? ¡No dispaes...!

Robin, que había escuchado la súplica de Gran Hermano, estaba a punto de salir del gimnasio cuando entró Chaco.

Se encontraron de frente. «Me mata», fue lo primero que pensó Robin. Era lo último que podía pensar, pero fue lo primero. Después señaló hacia arriba con un dedo y le preguntó si estaba escuchando lo que decía Gran Hermano.

—Perfectamente —dijo Chaco.

Y le apuntó al corazón y disparó.

«No puedo seguir... Oigo el llanto de un bebé de meses... Es mi llanto, soy yo, me reconozco inmediatamente: ya en esa época no podía seguir... Trato de levantarme, quiero dar un paso... Mi madre insulta a mi padre... Levanto la vista hacia ella, pero no la veo, me veo a mí mismo... Así que ahora insulto, además de llorar... Grito... Le grito a mi padre... ¿Por qué le grito? ¿Qué hizo él para que yo le grite? ¿Qué hice yo para gritarle así? Me doy cuenta de que ése es mi llanto y de que ése es mi padre y también de cuánto lo quiero... Y entonces ya no soy yo el que insulta y grita... Hasta él parece darse cuenta de eso... Lo quiero, su debilidad me enamora... Es mi nueva cara: la debilidad de mi padre, lo que amo... Lloro y sé que no puedo seguir, pero él me alza en brazos... Me lleva al patio, al aire libre, me dice que mire no sé qué pájaro en no sé qué rama... Le basta con moverse sobre los talones para hacerme girar y seguir su vuelo... Le pregunto qué pasó, qué fue lo que hizo, aunque no sé hablar, y él me responde, y no hay nada en el mundo que me importe más que entender lo que dice, pero no lo entiendo...»

—¡Robin! ¡Robin!

«¿Quién es, quién me sacude, quién me llama...? ¿Por qué se cubre la cara, por qué está armado? ¿O veo mal...? Me da vueltas la cabeza... ¿Giro en sus brazos? ¿Giro la cabeza pero no el cuerpo? No puedo seguir... ¿Soy yo el que gira...?»

Ommar dejó el cuerpo de Robin en el suelo. Después le arrancó el arma a Chaco y le apoyó el caño en la frente. Le dijo, sin ninguna necesidad, en voz baja, que se quedara quieto, y buscó la cámara para decir algo, pero en ese momento Chaco cayó de rodillas. Cayó tan silenciosamente que Ommar advirtió que había caído sólo porque dejó de sentir en el arma la presión de su frente.

Lo miró.

Alzó la vista.

Miró a cámara.

—¿¡Y ahora!?! —dijo.

Bajó el brazo y le apoyó el caño en la nuca.

—¿¡Y ahora!?! —repitió.

Pau, Gaby y Romi aparecieron en la puerta del gimnasio. No entraron, solamente aparecieron: miraron sin ser vistas. Ahora que nadie manejaba las cámaras no hubo un plano para ellas, pero ahí estaban: el mundo entero oyó sus gritos sofocados (el timbre de un asombro apagado a mano).

—¿¡Se entretienen!?! —dijo Ommar a cámara, dirigiéndose a las autoridades—. ¿¡Ven lo real que es esto!?! ¡Hasta a mí me llama la atención! ¡Yo, que soy la mitad borrosa de una línea de guión en el programa de Alá, no dejo de sorprenderme con el efecto de realidad que ponen en juego ustedes! ¿Quieren otro muerto? ¿Eso es lo que quieren?

Ajaj entró a la Casa con la cara tapada. Entró corriendo. Fue hasta donde estaba Ommar y lo agarró de un brazo. «¡Escuchen, amigos infieles! —gritaba Ommar dirigiéndose ahora al espectador común mientras Ajaj lo sacaba a la rastra—, ¡le

pedimos a su Gobierno que nos devuelva a uno de los nuestros, a un traidor, con el que haremos lo mismo que harían ustedes con sus traidores si los dejaran! ¡Pero ellos...!»

Ajaj lo empujó fuera de la Casa. Antes de salir él mismo, echó un rápido vistazo hacia atrás, al jardín; fue un vistazo aprehensivo, como si el contacto con la idea de un exterior-interior fuese algo que era conveniente evitar. Después salió y cerró la puerta con más fuerza de la que hacía falta.

El Sr. Rayado se llevó el teléfono a la oreja. Oyó una voz que le decía:

—¿Le ponen un arma en la mano y se vuelven locos si la dispara?

El Sr. Rayado asintió con la cabeza, como si el que hablaba al otro lado de la línea pudiera verlo.

Estaban pálidos, y no era por la pálida luz de la mañana. Ninguno de los dos podía quitar la vista de la pantalla: la sangre de Robin mojaba las rodillas de Chaco. El cadáver lo dominaba todo.

Cuando lo vio su madre, que iba y venía frente al televisor encendido, se detuvo, gritó y se desmayó. A su padre, en ese momento sentado en la punta de un sillón en la casa de los parientes que lo habían hospedado durante el *casting*, el pelo se le puso completamente blanco. Gaby, Romi y Pau retrocedieron hasta el jardín, una arañándose las manos, otra agarrándose la cabeza, otra tapándose la cara.

Los ex participantes del programa empezaron a cruzar llamados. Diego, que se había sentado en otro bar de la zona y que en ese momento le daba un reportaje a una revista, terminó haciendo la tapa: cuando le contaron que Robin había muerto, agarró una mesa y la arrojó por la ventana (*click*). El pueblo de Baradero, los amigos, los enemigos, los que apenas lo conocían, los que durante el «juego» habían dicho de él que era un farsante, empezaron a salir de sus casas para reunirse en las esquinas, en la plaza, en la puerta del taller de electricidad de Julio Bacman. Los padres de los chicos que aún seguían en la Casa se persignaron aterrados, gritando los nombres de sus hijos. Cristina, la hermana de Chaco, se llevó a la boca un calmante, tragó y le dio un fuerte cabezazo a la pared.

En tanto los servicios secretos, menos emotivos pero igual de sensibles, captaron señales sobre un plan de movilizaciones sindicales a la embajada de EEUU para pedir el retiro de las tropas de Irak, y de un grupo de derecha no identificado (como grupo, porque sus nombres eran conocidos de todos) que empezaría a agitar a la gente desde sus radios, sus diarios, sus programas de televisión (por el momento con un cero de *rating* histórico) para forzar al Gobierno a tomar el canal.

«Hay que negociar hasta último momento» era la orden que rodaba cuesta abajo desde la cumbre, renovándose a medida que bajaba, a medida que pasaba el tiempo, sin llegar nunca al «último momento». ¿Qué era el último momento? ¿Cuál sería? ¿No era éste? ¿O todo era el último momento y por eso no llegaba nunca? Los grupos de asalto se movían milimétricamente hacia delante y hacia atrás, como si el suelo les quemara los pies. Estaban al tanto de lo que había pasado, pero no lo veían: el plano

(fijo) de la sangre de Robin empapando las rodillas de Chaco era para ellos un relato, una voz que se corría, un murmullo que iba y venía por entre sus filas: no les importaba, pero les hacía apretar las armas.

Mientras tanto el padre de Sandy (el pediatra golfista) jugaba un torneo en San Nicolás de Los Arroyos, provincia de Buenos Aires. Estaba a un paso del triunfo cuando su caddy le dijo que los terroristas habían matado a Robin. El pediatra se puso gris. Después fingió pesar el hierro, un hierro 4, en las manos, pero en realidad pesaba los efectos de acertar el próximo golpe. Todo el mundo sabía que él había separado a Robin de Sandy y de Ignacio, el hijo que ambos habían tenido, y eso no le caía bien a nadie. Pero ahora Robin había muerto. De modo que si embocaba ese hoyo en vez de llevarse las manos a la cara y errar dramáticamente el golpe se convertiría en un ser despreciable.

—¿Sabe alguien que me avisaste? —le preguntó por lo bajo al caddy mientras estudiaba el terreno.

El hoyo estaba ahí nomás, a tres metros de distancia. Nunca había fallado un golpe como ese.

El caddy le dijo que sí, que justamente le habían pedido que lo pusiera al tanto.

El pediatra se mordisqueó el labio inferior. «No puedo hacer este hoyo», se dijo. «No, no puedo. Tengo que errar. Y al mismo tiempo, Dios mío, el Torneo...» Se incorporó, extendió el hierro hacia la bola (balanceándose sobre los pies de la misma forma en que lo hacían los grupos de asalto) y la empujó sin convicción. La bola describió una ligera comba y entró al hoyo como un insecto. El pediatra evitó hacer un gesto de triunfo, aunque ya nadie lo miraba: la noticia de la muerte de Robin corría también por la tribuna.

En ese momento, a cientos de kilómetros de allí, Sandy lloraba frente al televisor. Lloraba desconsolada. El llanto era una suma de llantos reprimidos a lo largo de los años: por el embarazo, por el fin de la inocencia, por el cambio de ciudad, por el casamiento con su actual esposo, por la nostalgia de Robin, por su muerte. Entonces, de pronto, Ignacio, que el próximo mes cumplía ocho años, dijo, señalando el televisor:

—Está vivo.

La intención de Ignacio era consolar a su madre. Pero Sandy acercó la cara a la pantalla y lo vio respirar. Se levantó de un salto y discó un número al teléfono.

El pediatra arañaba el fondo del hoyo en busca de la bola cuando el caddy le alcanzó el celular. Era Sandy. El pediatra cruzó dos palabras con su hija y giró hacia la tribuna con los brazos en alto:

—¡Vive! —gritó.

La noticia hizo un rápido viaje hacia atrás en el espacio (desde Cristina, la hermana de Chaco, que sintió un alivio tan grande que debió tomarse otro calmante, pasando por el pueblo de Baradero, que estalló como ante un gol, hasta llegar a Julio,

que alzó la cabeza definitivamente blanca al cielo). La madre de Robin acababa de recuperar el conocimiento y volvió a desmayarse.

Al Sr. Rayado se le escapó de la mano la taza de café y dio un paso tan rápido hacia delante que la pateó en el aire.

—¿Se está moviendo? —preguntó con un dedo apoyado en la pantalla, sobre el pecho de Robin—. ¿Se mueve o yo veo mal?

—No, sí, se mueve, se mueve —dijo un agente a su espalda.

El que se movía, en realidad, era Chaco —le temblaba un dedo, apretaba los párpados, tenía accesos de llanto— pero la impresión general que daba, la de que iba a derrumbarse de un momento a otro, se trasladaba al cuerpo de Robin.

Y sin embargo Robin estaba vivo. No se movía, pero estaba vivo. No podía seguir, pero estaba vivo. Respiraba, pero estaba vivo.

Un estúpido se duerme en los laureles en vez de sentir su electricidad. Y Robin no tenía nada de estúpido: alzó a su hijo en brazos y sintió la herida, la herida de la bala y la herida del amor. «Ignacio», le dijo. «Papi», le dijo Ignacio. «Ignacio», le dijo Robin de nuevo. «Ignacio, mi amor», le dijo. «¿Te duele?», le preguntó Ignacio. «Sí, pero estoy contento de verte, me gusta mucho estar con vos», le dijo Robin. «Yo te vi todos los días», le dijo Ignacio. «¿Sí?», le preguntó Robin. «Sí», le dijo Ignacio. «¿Te acordabas de mí?», le dijo Robin. «No», dijo Ignacio. «Pero te miré en la tele y mami me dijo ése es papi y entonces me acordé y me asusté mucho cuando ese hombre te pegó un tiro.»

—Un beso a cámara, Robin, ¿a ver ese besito? —pidió un notero de traje color arena y corbata azul, escupiendo espuma en el micrófono.

«¿Por eso le pegaste, papi?», dijo Ignacio. «No, no, yo...», balbuceó Robin. «La tele mostraba a la gente que iba corriendo a su casa para ver cómo le pegabas. ¿Por qué le pegaste, papi?», insistió Ignacio. «Nada, mi amor, cosa de grandes, no importa», dijo Robin. «¿Estás bien?» Ignacio no dijo ni que sí ni que no: le agarró la nariz con toda la mano y empezó a retorcersela. Robin, que tenía los ojos llenos de lágrimas, fingió luchar para librarse de la garrita de Ignacio moviendo la cara a un lado y a otro, y las lágrimas saltaban allá y aquí como esquirlas. «No, no, ay, socorro», decía.

Cuando notó que la broma de su hijo no estaba dirigida a él sino a las cámaras giró para ocultarlo (giró para ocultarse detrás de aquel al que ocultaba) y entró rápido a la casa.

Ahí adentro la desdicha ya era de otro. Precisamente del esposo de Sandy, un buen hombre con un lunar inmenso en la mejilla. ¿Qué podía hacer? Millones de espectadores seguían en vivo la transmisión de su desgracia, y no había uno que no apoyara la reunión de Robin con *su* esposa.

El hombre del lunar se había sentado en el sofá. Era el mismo sofá desde el que había planeado, cada noche, después del trabajo, mientras Sandy le calentaba la comida, vivir para siempre así.

Robin entró con Ignacio en brazos, cerró la puerta empujándola con un pie y dijo:
—Habría que matarlos.

Se refería a los noteros de programas de chimentos que habían viajado hasta allí con él, en el mismo avión.

Los ojitos del hombre del lunar revolotearon nerviosamente a un lado y a otro (mientras sus manos, enlazadas sobre la pelvis, fingían que no pasaba nada). Después se inmovilizó. Fue un instante, fue menos que un instante, pero se inmovilizó, y al mismo tiempo dijo:

—Yo le digo *siempre* lo mismo a Sandy.

El tono era desafiante, pero Robin pareció ignorarlo: se sentó en un sillón al lado del sofá y le hizo unas morisquetas a Ignacio, unos soplidos, unos gruñidos. Ignacio, que a su lado daba la impresión de haber vuelto a la primera infancia, reaccionó con

un gesto de decepción, como diciendo: «¿Me humillo haciéndome el nene para caerte bien y vos me seguís la corriente, imbécil?». Esas cosas al hombre del lunar le cayeron para el culo. Misteriosa, mágica, místicamente (como el dibujo de un rayo en el que se ve la mano de Dios) se le cruzó por la cabeza una flor increíble de marihuana que de chico le había regalado un profesor de plástica o de flauta que lo había querido educar en el Arte.

¿Dónde estábamos...? Sí. El hombre del lunar le dijo que él le decía siempre lo mismo a Sandy. Y subrayó *siempre*. Para Robin el subrayado fue lo mismo que nada; no solamente no lo notó: además sintió que iba dirigido a él.

Tragó saliva y se inclinó hacia delante en el sillón, echando a Ignacio a un costado, casi como arrojándolo.

—¿Y ella? —le preguntó en tono desafiante—. ¿Ella qué opina?

—Nada —dijo el hombre del lunar.

Lo dijo rápido, pero seguro de haberse equivocado.

—Mirá —le dijo Robin—, vamos al grano: yo ahora salgo, hago un millón de notas, digo en todas que fue un lindo encuentro, que amo a mi hijo, que la televisión me dio la oportunidad de ver al regalo de mi vida, que le voy a estar eternamente agradecido al público por el apoyo que me dio y que vos sos un tipo extraordinario, pero te juro por lo que más quieras que no voy a parar hasta recuperar a mi hijo, la puta madre que te parió. ¿O te creés que no sé que durante todos estos años le estuviste diciendo que yo era un tarado?

El hombre del lunar se levantó en silencio. Robin pensó que se levantaba para pegarle y enderezó la espalda, dispuesto a defenderse. Pero el hombre del lunar agarró a Ignacio de la mano, le dijo que ésta era una conversación de grandes y lo llevó al dormitorio con su mamá. Abrió la puerta sin llamar. Sandy, sentada en el borde de la cama, giró hacia él con la cara bañada en lágrimas mientras Ignacio iba a su encuentro diciendo: «Papi dice que papi es un tarado». Sandy, sin quitarle a su esposo los ojos de encima, negó con la cabeza suplicando que no, que no pelearan, que por favor no se pelearan. Él la tranquilizó con un gesto y volvió al *living*. Esta vez no se sentó. Se quedó parado frente a Robin, mirándolo desde arriba, con las manos en los bolsillos.

—Yo nunca le dije eso.

—A mí me llegó el rumor de que le decías eso y mucho más también.

—Nunca, nunca le dije una cosa así. Pero podría empezar a decírsela a partir de ahora.

Robin quiso levantarse, pero el hombre del lunar estaba parado tan cerca de él que Robin le hubiera tenido que rozar el pecho de abajo hasta arriba con la nariz. Algo le decía que salir del sillón saltando por un costado sería humillante, así que se quedó quieto y dijo:

—Mi abogado...

—Tu abogado que haga lo que quiera —lo interrumpió el hombre del lunar—. Ésta es mi casa y vos la respetás o yo te saco ya mismo a patadas en el culo.

No había más espacio entre el hombre del lunar y Robin, pero aun así el hombre del lunar adelantó un pie. Robin reaccionó al pellizco del zapato abotinado del hombre del lunar en la punta de su zapatilla y dijo, quebrándose:

—Perdoname, pensé que me estaban viendo... Todo el tiempo me parece que me están grabando. Es una locura. En el hospital a veces me hacía el muerto...

Sollozó.

El hombre del lunar dio un paso atrás. Después giró buscando con la vista adónde ir, pero ningún lugar de la casa le pareció lo suficientemente apartado de allí. Así que volvió a sentarse en el sofá. Estiró un brazo, le dio unas palmaditas en la rodilla y le dijo:

—Tranquilo.

Retiró la mano de la rodilla de Robin con la excusa de mirar la hora, aunque el reloj estaba en la muñeca de la otra mano (un grueso reloj de acero repleto de funciones inútiles y de luces) y agregó:

—Ahí en la pieza está Sandy. Andá a saludarla y nos vemos otro día que ahora ya es tarde. Y no te preocupes por Ignacio: el padre biológico sos vos, eso no te lo discute nadie. Es más: yo voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para que lo veas cuando quieras. ¿Hecho?

—Hecho —dijo Robin y se levantó.

El hombre del lunar se levantó con él.

—Voy a cocinar algo —dijo, y enseguida sugirió—: ¿A qué hora sale tu avión?

—No sé —dijo Robin—. Tendría que preguntarles a ellos... —añadió señalando afuera por encima de un hombro con el pulgar, hacia los noteros de los canales de TV.

—La próxima te quedás a cenar —dijo el hombre del lunar—. Ahora despedite de Ignacio y de Sandy y llevate a la prensa de acá que nosotros tenemos que comer y dormir. Un gusto.

Robin dio unos golpecitos en la puerta del dormitorio con el nudillo del dedo medio. Sandy preguntó quién era y él dijo que era Robin y unos segundos después (unos cuantos segundos después) ella le dijo que entrara.

Robin empujó la puerta, que se abrió sin discutir, y vio a Ignacio echado en la cama, con la cabeza sobre las piernas de Sandy. Ignacio tenía los ojos cerrados y Sandy le acariciaba el pelo. «Qué bien —se dijo Robin—: sé que nadie me está filmando y no me dan ganas de llorar.»

Epílogo

Si lo que antecede fue leído como una novela, entonces no hay por qué decir lo que pasó con cada uno de sus personajes (sólo la realidad es capaz de contarlo todo). Pero el caso es que lo narrado hasta aquí *sucedio*: la muerte de Sailab —el primero en caer— fue real (giró sin soltar la metralleta y recibió una salva de plomo en el pecho, en la cara, en un hombro, en una pierna). Fue real que los grupos especiales se lanzaron a un asalto «en bruto», y que la acción les «salió sutil» por las dimensiones del canal y por el reducido número de terroristas que lo habían tomado. Dicho de otra manera: entraron dispuestos a hacer un desastre, pero solamente asesinaron.

Los rehenes del bar, inmediatamente liberados, sintieron que nadie —ni siquiera Sailab— los había maltratado así: un hombrecito de bigote rojo le pegó un culatazo a la maquilladora para calmarla; otro (puro casco, sin hueso en la nariz) le clavó el caño de la ametralladora en la boca del estómago a un productor de fama nacional, haciéndolo vomitar; un gigante verdeoliva le dijo a Huguito: «Callate, puto», mientras le estampaba un manotazo en la cara. Corrían; no sabían adónde, pero se deslizaban como lauchas hacia la calle. Saltaron sobre el cadáver de un terrorista en el pasillo de salida sintiendo más miedo ahora que los liberaban del que habían sentido estando cautivos: no podían creer que treinta metros fueran tan largos, que se temiera tanto, que se tropezara así.

Había un clima de balazo en la espalda que rajaba la tierra. Huguito, nuestro adorado Huguito, decía: «¡No me dieron, no me dieron!». Y tenía razón: no le habían dado. «Oh, Dios», decía la maquilladora. Y también tenía razón. Estaban todos como inspirados. La libertad no fue nunca tan fresca ni tan oscura para ninguno de ellos como esa noche, mientras uno tras otro se arrojaban literalmente en brazos de seres extraños, interesados, pagos, frenéticos, profesionales.

Entraron por varios sitios a la vez. Además de por la puerta entraron por el techo y hasta por las paredes: los terroristas que iban encontrándose con ellos tuvieron la impresión (última) de toparse con negativos de fantasmas. Los disparos sonaban siempre lejanos, secos, sin eco, como si vinieran desde afuera, a tal punto que algunos terroristas se asomaron a las ventanas... para morir fusilados por la espalda. Ramzi Murad acribilló a dos hombres antes de saltar por la ventana del primer piso, una acción insólita, inconsciente, que quizá pueda explicarse por el hecho de que era un estudiante de derecho internacional (y que abrigaba cierta esperanza de salvarse luego del salto).

La transmisión había sido interrumpida un momento antes del comienzo del asalto, así que, paradójicamente, el mundo entero estaba al tanto de todo. El Sr. Rayado funcionaba como una antena de la ansiedad del mundo, aunque suene grave; subía y bajaba por las escaleras del departamento del quinto piso enloquecido

con el curso de una acción que se le escapaba de las manos después de haber bajado el pulgar para que empiece. Hunter, en cambio, relegado casi desde un principio, estaba mucho más tranquilo: pateó el cuerpo inerte de Ramzi Murad en la vereda hasta quedar sin aliento y después volvió a su posición, que ya era ninguna, seguro de que todo marchaba bien.

Las balas daban en el blanco aunque erraran. Las que no mataban sembraban desconcierto y un estado de confusión y de final. Todo volaba: vidrios, yeso, polvo, sangre, esquirlas de hueso, astillas de madera, pedazos de nariz, de labios humeantes, de dedos. Los terroristas, sorprendidos, disparaban y a veces daban en el blanco y a veces no, pero siempre morían.

Morían callados, mataban callados, morían y mataban rápido, siempre callados: nadie gritó, la muerte estaba al otro lado de un gesto, de una seña, de una puerta que se pateaba. Zenith murió sentado, Ajaj en un pasillo, dos más en la escalera, uno en la oficina de producción de un programa de chimentos (un destino horrible por donde se lo mire), otro en el *hall* de planta baja, uno más en un baño.

Mario Lago y Roswaig estaban blancos. Se habían parado entre la consola del control y las sillas giratorias y mantenían los brazos en alto, exageradamente en alto. Apretaban las nalgas y rezaban entre dientes. Los monitores a sus espaldas mostraban la nada, el mobiliario vacío por el que de tanto en tanto, de un ambiente a otro, se deslizaba una sombra agachada —una ilustración del terror que sentían—: ¿Chaco? ¿Romi? ¿Pau? ¿Gaby?

Ommar.

Ommar había entrado a la Casa. Llevaba la 9 mm en una mano y una metralleta en la otra y buscaba a los chicos. Los chicos se habían metido en la pileta. Con el agua hasta la nariz y las cabezas pegadas a la pared temblaban encrespando el agua. Desde un helicóptero estacionado sobre ellos (sin embargo) habían soltado una escalerilla que serpenteaba rozándoles el pelo y de la que por alguna razón no se animaban a agarrarse, hasta que una voz, desde un megáfono que la volvía parecida a la de Gran Hermano, les ordenó que lo hicieran. Se colgaron en este orden: Chaco, Gaby, Romi, Pau. Y salieron, subieron. Chaco iba diciendo:

—¡Robin! ¡Robin! —y chorreaba el agua de la pileta al decir su nombre, como lágrimas enormes.

El helicóptero, apurado por irse, estuvo a punto de arrancarle las piernas a Pau contra los bordes del techo de la Casa.

Ommar llegó al jardín cuando una zapatilla se soltaba después de golpear en una viga. El helicóptero se detuvo apenas, corrigió el rumbo y salió de la vista de Ommar, que tuvo tiempo de dispararle (al menos a Pau) y no lo hizo. Se quedó allí de pie mientras el pelo se le aquietaba. La fe es una madre dadora de cuidados que nada tienen que ver con el amor y de certezas que nada tienen que ver con el saber, se dijo. Después oyó «¡alto!» a sus espaldas, y giró para hacerse matar.

En la semana posterior a su liberación los chicos pasaron más tiempo en los estudios del canal que al aire libre. Como era de esperar (¿qué «magia» no se alimenta, después de todo, y ante nuestras narices, de sus propias comillas?) daban una nota atrás de otra y conseguían picos históricos (idílicos) de *rating*. Las producciones de todos los programas del canal morían por tenerlos, y los tenían: estaban bajo contrato y con una cláusula de exclusividad. Los otros canales, imposibilitados de llevar a sus estudios a las gallinas de los huevos de oro, lanzaron al aire una decena de programas improvisados —con el viejo truco de la parodia— que les permitía vivir de las sobras de los programas originales, pero el resultado era más que agrio, más que magro. Cada noche, a última hora, un productor (y varios policías vestidos como estrellas) los llevaban hasta el hotel donde los habían alojado, y cada mañana a primera hora los traían de vuelta: eran tan requeridos que faltó poco para que los chicos (y sus familiares directos) debieran quedarse a dormir en las oficinas del canal. El arco completo del periodismo y el entretenimiento, desde los más serios hasta los más repetidores, habló con ellos; los presentaron en noticieros de horario central, los sentaron en decorados fastuosos, los pararon en el centro de estudios repletos de autoridades políticas y culturales que los aplaudían; los más sentimentales los pasearon por la Casa ahora vacía buscando emocionarlos con cosas que no habían sentido; los más prestigiosos los hicieron cantar, bailar, cocinar, recordar, opinar, mientras una y otra vez emitían informes detalladísimos sobre el trazo grueso de sus vidas, ahora extraordinarias.

Al término de esa semana se emitió un programa especial, frenéticamente producido, con cuatro de los cinco héroes (Robin había viajado al sur para reencontrarse con su hijo). Lo titularon simplemente *Ganadores*, quizá porque no hacía falta ningún ingenio, y, para conducirlo, eligieron a Silvia Silvita.

Silvia Silvita, periodista, había desaparecido de la televisión un par de años atrás, cuando uno de sus invitados (un galán remanido) le dio un beso en la boca y su esposo entró al estudio con una granada en la mano, ocasionando un revuelo hasta entonces sin precedentes. A los cráneos del canal se les ocurrió que Silvita era la figura ideal para charlar con los chicos. «Del terrorismo casero al terrorismo internacional», pensaron. Así que ahí estaba Silvita con los cuatro ganadores. Consultaba unos papeles y decía:

—Amhed Sayyaf, Amhed Sayyaf...

Lo que sigue es intrascendente y literal, pero también arbitrario: podría narrarse cualquier otra cosa; lo real no tiene fin, excepto si es leído como novela, con lo cual su conclusión tiene que ver más que nada con el ritmo, con el gusto, con el espacio, con la forma o el capricho, como en un trip de realidad.

—Sí, aquí está: Amhed Sayyaf se convirtió al cristianismo mientras trabajaba con una ONG como refugiado en Pakistán —dijo Silvita—. En el año 2000 los talibanes

introdujeron la pena de muerte para cualquier musulmán que se convierta a otra religión. Y para colmo este Sayyaf pasó información militar... ¿Se dan cuenta? —Y levantó la vista hacia los chicos—: En una persona, el peso del mundo.

—Sí —dijo Pau.

—Sí —dijo Romi.

—Sí —dijo Gaby.

Chaco asintió con la cabeza.

—¿No es tremendo?

Nadie abrió la boca.

—¿Sentían algo? —preguntó Silvita—. ¿O ni idea de lo que pasaba afuera?

—Nada —dijo Pau.

—No, nada —dijo Romi.

—Nada —dijo Gaby.

Chaco negó con la cabeza.

—¿Ni siquiera una sospecha?

—No —dijo Pau.

—A mí, en un momento... —dijo Romi.

—Nosotros... —dijo Gaby.

Chaco negó con la cabeza.

—¿A vos en un momento qué, Romi?

—No, que en un momento me pareció que había algo, pero... yo qué sé, estábamos ahí adentro y...

—¿Algo como qué?

—¡No sé! Nos dijeron que hagamos lo que queramos y eso a mí me...

—Claro —dijo Silvita—. Estaban encerrados y, de pronto, libertad. —Subrayó «libertad» con un hachazo horizontal de la mano—. Que es una manera extraña de decirlo, porque en realidad nunca estuvieron tan cautivos como durante esos días ¿no?

—Sí —dijo Pau.

—Sí —dijo Romi.

—Sí —dijo Gaby.

Chaco asintió con la cabeza.

—¿Qué les pasa por la mente cuando ven las imágenes?

Las tres chicas bajaron la vista. Pau alzó las cejas, Romi suspiró, Gaby se hizo sonar las articulaciones de los dedos, pero las tres bajaron la vista.

Chaco permaneció inmóvil.

—Entiendo —dijo Silvita mirando a cámara con un gesto entre piadoso y condescendiente, como para hacer cómplice al sistema—. Son conscientes de que ya no van a volver a ser los mismos ¿no? —agregó bajando la voz.

—Sí —dijo Pau.

—Sí —dijo Romi.

—Sí —dijo Gaby.

Chaco asintió con la cabeza.

Uno de los asistentes de producción escuchaba a Flaming Lips en un digi-pod negro escondido en un bolsillo. La maquilladora, que había entrado al estudio corriendo en puntas de pie para decirle algo urgente a un chico abúlico y de gorra que se dormía detrás de cámaras, ahora golpeaba con una esponjita aceitosa la cara de un político sin labios, sin mentón, serio. En el control, media docena de ejecutivos consultaban los mensajes almacenados en sus celulares, mientras una empleada de limpieza le pasaba un trapo a los vidrios; no había nada que hacer: estaban hartos, hartos de los chicos y de todo el asunto. Lo que no entendían era por qué a la gente le seguía resultando tan interesante (la maquilladora, cuando llegaba a su casa, prendía el televisor para ver qué pasaba, mientras que ahí mismo, en el lugar de la acción, no le importaba nada). Confundían, por primera vez, el hastío con el deber, pero el deber quedaba siempre a un paso de la emoción: sólo por el hecho de estar ahí, presentes, sentían que lo emitido era *importante*. Y no porque ellos le transmitieran su propia importancia sino porque «los chicos y todo el asunto» *eran realmente* importantes, lo indicaba el *rating*. Entonces ¿no tenían que estar ahí? Por supuesto que sí, y ahí estaban. Lo desconcertante era que al día siguiente, cuando los chicos zarparan en una gira mundial sobre la que ya se habían redondeado y sellado cifras enormes, ellos, segundos o terceros beneficiarios directos de la aventura terrorista, tendrían que volver a sus tareas habituales como si todo dependiera de ellos otra vez.

Algo de ese desconcierto preñaba a las almas más devotas de la empresa, porque hasta los mismísimos Productor General y Director de Cámaras se hacían señas, consultando el reloj y confirmando de reojo una cena programada para después del Especial. Incluso Silvita, que había esperado este momento como al gran momento de su vida (el momento del retorno, el momento en que la desdicha se desdice) daba la impresión de estar cansada, de no saber qué preguntarles, de no encontrar la manera de hacerlos hablar, o de que dijeran algo que no hubieran dicho hasta ahora.

Le preguntó a Chaco qué sentía (si le pasaba algo) y Chaco se encogió de hombros: sí, le pasaba algo, pero no lo sentía. «Todavía no caigo», dijo. La pregunta de Silvita no sólo era estúpida, además era cruel; el padre de Chaco había muerto. Pero eso no le importaba a nadie... si no lloraba. Y Chaco no lloraba. Ya lo habían probado en otros programas. No había forma de hacerlo llorar. Entonces alguien le avisó a Silvita que Robin estaba en el aire. Su avión había aterrizado un momento antes y Robin firmaba autógrafos en el *hall* de Aeroparque, con los auriculares puestos.

—¿Cómo estás, Robin? —dijo Silvita.

—Bien, bien —dijo Robin.

—Acá estoy con tus compañeros...

—Ah, qué bien. Saludos.

—¿Cómo fue el reencuentro con tu hijo?

—Bien, todo bien —dijo Robin—. Ahora vamos a ver cómo sigue, ¿no? ¿Vieron las imágenes ustedes ahí?

—Sí —dijo Silvita—, fue muy emocionante. ¿Cómo va la herida?

—Bien, bien, la tengo dominada —dijo Robin con una sonrisa—. ¿Chaco está ahí con ustedes?

—Sí, acá lo tengo. ¿Querés hablar con él?

Robin vaciló.

El Director le hizo a Chaco un primer plano en el que podía leerse con toda claridad que no se arrepentía de haberle disparado. No sentía ningún remordimiento por eso. Después de todo, lo único que quería era ganar. Había estado a punto de cometer, en público, el crimen perfecto, que es la máxima aspiración de un reality. Un milímetro más a la izquierda o un centímetro más abajo y lo hubiera matado. Y nadie hubiera podido reprocharle nada.

—¿Todo bien, Chaco? —le preguntó Robin.

Chaco asintió con la cabeza.

—Él no te ve —le dijo Silvita—, hablale.

—Sí, todo bien —dijo Chaco.

—Bueno, me alegro —dijo Robin—. Lamento mucho lo de tu papá...

—Sí...

—Pero también quiero aprovechar la oportunidad para decirte que yo no considero que hayas sido vos el que me disparó, Chaco. A mí me dispararon los terroristas. Que eso te quede claro.

—Está bien.

—¿Cómo?

—Que está bien, sí.

—Bueno —dijo Robin mirando a alguien detrás de cámara—. ¿Y ahora qué hago yo? ¿Voy para allá?

—¡Sí, sí, por supuesto! —intervino Silvita—, ¡te estamos esperando!

Chaco asintió con la cabeza.

Robin se quitó los auriculares, firmó un par de autógrafos más y salió del *hall*. Caminaba a paso lento, saludando a extraños allá y aquí, al frente de una decena de camarógrafos y productores que lo seguían como moscas.

Afuera lo esperaba un BMW de vidrios polarizados. Un productor le abrió la puerta y Robin se arrojó a sí mismo en el asiento trasero como si arrojara a otro, ya muerto. El productor se sentó a su lado. Un camarógrafo, con la cámara siempre encendida, ocupó el asiento del acompañante. El chofer puso primera y el BM hizo una W entre dos autos tan mal estacionados como él y salió a la avenida haciendo chirriar las ruedas.

El camarógrafo, en el asiento delantero, maldecía mentalmente las torsiones físicas a las que lo obligaba su oficio (más que el sueldo que le pagaban) pero apuntaba a la nariz de Robin con la cámara como un fanático; esto era tan así que el

productor, por cortesía, preguntó si estaba bien, y él estuvo a punto de responder que sí, en lugar de Robin. En la radio sonaba a bajo volumen, a muy bajo volumen, casi como una interferencia, o una descarga eléctrica, una cítara que a Robin le hizo pensar en musulmanes. Entonces miró al chofer y se le heló la sangre. Lo había visto un millón de veces en los diarios: su foto ocupaba siempre un lugar al lado de la suya. Era Ommar. Imposible, pero sí. Era él.

Robin estiró un brazo con la mano abierta hacia delante y dijo:

—Apagá la cámara.

El camarógrafo acomodó el peso de su cuerpo sobre la otra nalga, y no solamente no apagó la cámara sino que además ajustó el foco.

—Apagá —repitió Robin sin bajar la mano, con la vista siempre fija en los ojos del terrorista, que a veces le devolvía la mirada y a veces prestaba atención al camino.

—¿Qué pasa? —le dijo el productor.

—Decile que apague la cámara —dijo Robin.

El camarógrafo se inclinaba a izquierda y a derecha esquivando la palma de la mano de Robin como un boxeador; el juego de cintura al que lo obligaba Robin no dejaba ninguna duda de que su pedido iba en serio. ¿Qué le pasaba? ¿Qué tenía?

Robin imaginó (habría que decir *entonces* Robin imaginó) que Ommar giraba hacia ellos sin detener la marcha y mataba con un balazo entre ceja y ceja al productor y con otro en un ojo al camarógrafo. Sucedió todo a una velocidad enorme, desmesurada, como si nada fuera real. Después de esto frenaba, le apoyaba en la frente el caño de una pistola largamente usada y le decía algo simplísimo, pero con la voz de Gran Hermano, lo que lo volvía terrible:

—Hola.

Y disparaba.

Robin se estremeció. El productor le puso una mano en un brazo y volvió a preguntarle si se sentía bien. Sí, sí, dijo Robin, sí. El camarógrafo, que había cursado un año de teatro durante la Dictadura Militar, estaba seguro de que en ese momento lo que captaba con su cámara era ni más ni menos que la mejor actuación del chico en su breve carrera a las estrellas. «Un poco más», le pedía mentalmente. «Dale, un poco más, no te hagas el estúpido que te estoy viendo.»

Pero Robin presionó un botón sobre el apoyabrazos, bajó la ventanilla y giró la cara hacia afuera, con los ojos bien abiertos. Hacía años que no se asustaba tanto. Movié los hombros en círculos para relajarse un poco y aspiró el aire hirviente de la calle. Sintió un ligero resentimiento contra sí mismo, un resentimiento más que ligero, vaporoso, pero que abarcaba el arco completo de su vida hasta el comienzo del programa. Cerró los ojos y, más consciente que nunca de que en ese momento había millones de personas mirándolo, soltó una lágrima, sólo una, justo sobre la mejilla que mejor tomaba la cámara, y suspiró, tensando las aletas de la nariz. Después de todo, se dijo, ser serio es dejar que el mundo haga con uno lo que quiera.



SERGIO BIZZIO. Nació en Villa Ramallo, Buenos Aires, en 1956. Novelista, dramaturgo, poeta, guionista y director de cine, publicó las colecciones de poemas: *Gran salón con piano*, 1982; *Mínimo figurado*, 1990; *Paraguay*, 1995; *El abanico matamoscas*, 2002 y *Te desafío a correr como un idiota por el jardín*, 2008. Las novelas: *El divino convertible*, 1990; *Infierno albino*, 1992; *Son del África*, 1993; *Más allá del bien y lentamente*, 1995; *Planet*, 1998; *En esa época*, 2001; *Rabia*, 2004; *Era el cielo*, 2007; *Realidad*, 2009; *Aiwa*, 2009; *El escritor comido*, 2010 y el libro de relatos *Chicos*, 2004. Es autor de obras de teatro: *Gravedad*, 2000; *La China*, 1997, y *El amor*, 1997. Las dos últimas en colaboración con Daniel Guebel, con quien también escribió *El día feliz de Charlie Feiling*, 2006. Ha sido traducido al inglés, francés, italiano, portugués, hebreo, búlgaro, holandés y alemán.